



ANNA AJMÁTOVA

Réquiem
y otros escritos

Prólogo de Vladimir Leonóvich
Epílogo de Joseph Brodsky

Lectulandia

Exorcismo, homenaje a los difuntos, acto de fe: estos poemas de Anna Ajmátova son ya una obra central de la literatura contemporánea. Como un complemento inédito para el lector español, se han seleccionado para esta edición algunos escritos de carácter autobiográfico que ofrecen una visión más completa, tanto de la época como de la personalidad de la autora.

Lectulandia

Anna Ajmátova

Réquiem y otros escritos

ePub r1.0

Titivillus 1.11.17

Anna Ajmátova, 2000
Traducción: José Manuel Prieto González
Diseño de cubierta: Norbert Denkel

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

La tragedia de la cultura —de la cultura rusa, para ser más precisos— no es simplemente una expresión ampulosa o intencionadamente exagerada con la que se pretende una vez más sacudir la conciencia de la opinión pública.

El binomio «amo y criado», «siervo y señor», «dueño y esclavo» refleja una vieja enfermedad rusa nacida en la oscuridad de los tiempos y fraguada en la psicología de la sociedad.

El talento siempre aspira a pensar por sí mismo. Esta tendencia a pensar de manera independiente se ha castigado siempre en el Estado ruso, y los hombres de la cultura que han ignorado esta ley no escrita se han visto perseguidos. Así sucedió con el maravilloso Radíschev, que osó gritar amargas verdades y que pagó por ello con la cárcel. Así sucedió con el gran Pushkin, que se creyó un hombre libre, por lo cual se le impuso un duro censor en la persona del emperador Nicolás I.

Es cierto que a finales del siglo pasado esta enfermedad empezó a remitir y asomó la esperanza de que Rusia sanara por completo. Pero llegó el régimen soviético, que agravó en provecho propio la dolencia y la condujo a trágicas consecuencias.

El amo era implacable. La bala, la cárcel y el silencio eran sus armas. Expulsó del país a destacados hombres de la cultura. Asesinó a Gumiliov, Bábel, Pilniak, Mandelshtam... Enmudeció a Platónov, Ajmátova, Zóschenko... Se entregó a la tarea con verdadera pasión y privó de aire a Rusia hasta que él mismo empezó a ahogarse.

La enfermedad no está ni mucho menos curada, pero para vencer sus males conviene conocer sus causas, estudiarlas y mostrar a la sociedad el secreto de esta tragedia.

Para ello no se promulgó edicto gubernamental alguno. Pero sí se dio el entregado entusiasmo de un grupo de escritores rusos que crearon la comisión encargada de rescatar la herencia de los escritores represaliados, comisión que se propuso la tarea de sacar a la luz lo oculto.

No se trató de una labor sencilla ni mucho menos, pero de modo paulatino, a regañadientes, se empezaron a entreabrir los archivos secretos de la Seguridad del Estado, y la opinión pública abrió aturdida los ojos, obligada a reconocer las dimensiones de su propia tragedia.

El régimen aún no ha muerto. Se resiste a desaparecer. Y la enfermedad no se ha curado. Pero han aparecido los primeros síntomas de su curación, los primeros pasos tímidos para que ésta adquiriera un rostro humano.

Me alegra profundamente el hecho de que nuestro problema ruso haya llegado al corazón de la lejana Barcelona, y que la editorial Galaxia Gutenberg, en las personas de Hans Meinke y Ricardo San Vicente, tenga la intención de publicar estos trágicos materiales.

Y creo que esto no es casual. La cultura rusa siempre ha estado estrechamente

unida a la cultura universal. Se ha alimentado de ella, al tiempo que la ha enriquecido.

Bulat Okudzhava

PRÓLOGO

Anna de todas las Rusias

por Vladímir Leonóvich

Se pudre el oro, cede el metal,
el mármol. Todo la muerte alcanza.
Del mundo no muda sólo el pesar
y permanece, sublime, la palabra.

Anna Ajmátova

«Su sola mirada te cortaba el aliento. Alta, de pelo oscuro, morena, esbelta y ágil, con los ojos verdosos de un tigre polar, durante medio siglo la ha dibujado, pintado, esculpido en yeso y mármol, fotografiado un sinnúmero de personas, empezando por Modigliani. Los versos dedicados a ella formarían más volúmenes que su obra entera». Estas palabras pertenecen al poeta Joseph Brodsky, que conoció a Anna Ajmátova cuando ésta, ya rebasados los sesenta años, seguía dominando tanto el arte de la imaginación como la imagen de su propia edad.

Ya mayor, marcada por el peso de los años, sorprendía con sus gestos repentinos, fulgurantes y gráciles como lo era su verso y verbo poético: rauda, elegante, paradójico y preciso, que bien se podría llamar clásico.

Su amor por los clásicos (Pushkin, Dante, Shakespeare, Tolstói) era exigente y celoso. Y su relación con Pushkin se podría definir sin exagerar como una historia de amor.

La crítica soviética la remitía al siglo XIX, y la política la condenaba a la condición de «enemiga de clase». Y ciertamente contrastaba de manera poderosa con el ambiente literario general, pues incluso a mediados de nuestro siglo destacaba de modo tal que su entorno aparecía pálido, desleído, como un lejano segundo plano. No en vano la consideraban una emperatriz. Y las consecuencias trágicas de todo ello, su majestuosa presencia en los tiempos en que «reinaba» el tirano del Kremlin, se nos antojan obvias.

«Nací el 11 de junio de 1889, cerca de Odessa...», escribe Anna Ajmátova. Le pusieron el nombre de su abuela Anna, y de su bisabuela, «la princesa tártara Ajmátova», tomó su nombre poético. La familia pronto se trasladó a Tsárskoye Seló —la «aldea del zar», junto a la residencia de verano de los zares rusos desde Catalina II—, no lejos de Petersburgo, donde pasó sus años de adolescencia Anna Gorenko. Y ya en el apellido de Gorenko resuena la palabra rusa *gore*, ‘desdicha’... Dolor y

desdicha que la poeta compartirá con su pueblo, con su país, que no abandonará en sus horas difíciles.

De niña, como le contaría a su biógrafo Pável Luknitski, era una lunática. Anna se escapaba de casa siguiendo la luz de la luna; el padre salía en busca de su hija y la retornaba a casa en brazos.

Después de la separación de los padres, la madre regresa al sur; Anna ya había cumplido los quince. En Tsárskoye Seló había dejado a su amor Kolia (Nicolái) Gumiliov, el futuro marido de Anna Andréyevna y padre de su único hijo, Liova (Lev).

Sabemos de su conducta poco común a partir de los testimonios de sus compañeros y de ella misma. El mar era para ella un elemento dotado de razón. Impregnada de su «gran sentido de la libertad» —en palabras del venerado Nikolái Nekrásov—, el mar se convirtió en su hábitat natural, como lo llamamos ahora, en su elemento vital. Hasta el extremo de que hubiera preferido cambiar sus largas piernas por la cola de una sirena. Y nadaba como un pez, «como un pájaro», dirá otro de sus maridos, Nikolái Punin. Hablaba con el mar, con el mismo mar al que se dirigiera, aun sin saberlo ella, Pushkin. Y lo cantaba ora como «libre elemento», ora como «verdugo ancestral». A Pushkin llegaría bastante tarde: en casa no había más libros que de los poetas Nekrásov y Derzhavin. Y en las noches de luna, el mar se unía con el frío planeta y no había modo de apartar la mirada del plateado sendero, del «camino no diré hacia dónde»... Aquí, cerca del antiguo Quersoneso, se fundieron en la poeta las culturas llegadas de Asia, Rusia y Grecia.

Ajmátova es la poeta del sufrimiento, del sufrimiento dominado. «La pasión actúa con más fuerza cuando se ve dominada por una mano poderosa». Estas palabras de Beethoven pueden aplicarse plenamente a Ajmátova. Una mano blanca y hermosa que dominaba la explosión, a diferencia de Marina Tsvetáieva, que ignoraba toda medida o contención («en el mundo de las medidas»).

Ajmátova no tuvo necesidad de «irrumper» en la poesía rusa, como lo hizo Mayakovski con sus escandalosas innovaciones y sus «bofetadas al gusto público». No tuvo que «atentar contra los valores sagrados», como lo hiciera el atormentado Blok. Ni hubo de luchar con Dios, pues la iglesia también era su casa. Tampoco le hizo falta quebrar la forma clásica del verso, pues conservó con esmero todo lo que había heredado de sus maestros; muy pronto su verso adquirió el aura de lo eterno, mientras el tambor de los «insurrectos» se desgañitaba a los pies del Olimpo, como ocurre con la espuma que hierve fría en toda época de tránsito.

Junto con Mandelshtam, Gumiliov, Gorodetski, Narbut, Viacheslav, Ivánov y Kuzmín, Ajmátova pertenecía al grupo de los reformadores moderados del verso, a los llamados «acmeístas». La raíz de la palabra griega *acmé* esconde el florecimiento, la plenitud. Así, desde sus primeros pasos, dominio y plenitud se funden en Ajmátova, que, como todo verdadero poeta, aspira a lo sublime.

El genio que no se logra dominar resulta insoportable. Así por cierto, se refería

Ajmátova a los «purasangres» Yesenin y Mayakovski...

Pero hemos abandonado a la muchacha «salvaje» a orillas del Ponto o en una alejada roca en medio del mar tostándose al sol de Crimea. La muchacha se asilvestraba con rapidez y de buen grado, olvidando fácilmente las lecciones de sus maestros de Tsárskoye Seló. Olvidando incluso al estudiante enamorado Gumiliov, tres años mayor que Anna Gorenko. Él no le gustaba a ella, recuerda una amiga, «pero ya entonces Kolia se negaba a retroceder ante el fracaso», a pesar de las bromas sobre su apariencia y su mal francés.

En cuanto a Anna, ésta ya a los trece años recitaba de memoria poesías de Verlaine y Baudelaire. En casa de los Gorenko, los niños estaban al cuidado de una institutriz. Pero también tuvieron su aya, una muchacha del pueblo, de cuyos labios la joven «prometida de la luna» bebió el habla popular, que pronto se engarzó a sus versos...

Así, al admirado Nikolái Nekrásov, a los poetas franceses, se sumaron los simbolistas Briúsov, Bély, Blok..., sin olvidar el interés que despertaba en ella la cultura ucraniana. Es decir, en la joven se forma la conciencia clara de la riqueza y variedad de los modos de expresión poéticos...

En su relación con Nikolái Gumiliov se entrecruzan la compartida vocación poética y la también compleja rivalidad y cercanía amorosa. Pasarán seis años desde que se conocen en Tsárskoye Seló hasta que se casan en la primavera de 1910, y otros ocho hasta que se separan. Aunque su relación poética y humana se mantuvo hasta el fusilamiento de Nikolái.

A la boda le siguió un viaje por Europa: París, Roma, Venecia... Y la pintura y la arquitectura italianas le parecen un sueño. Entonces Nikolái aparece como el maestro; pero siempre entre ambos, también en el campo de batalla de los afectos, reinó el sentimiento de la igualdad. Equilibrio tormentoso en la fricción de los sentimientos, pero que en lo poético pronto inclinó la balanza del lado de la joven «promesa».

En 1912 aparece el primer libro de versos de Ajmátova, *La tarde*. Y al cabo de algo más de un año, *Cuentas*. Si nos detenemos en la genealogía de la nueva figura poética, en primer lugar hay que mencionar a Innokenti Ánnenski. «En seguida dejé de ver y oír, no podía despegarme de él, repetía sus versos día y noche...», escribirá Anna Ajmátova. El poderoso mundo de los sentimientos y de las ideas del modesto historiador y escritor que era Innokenti Fiódorovich Ánnenski irrumpió en el alma de Ajmátova: su dominio del mundo antiguo (tradujo a los trágicos griegos), su conocimiento de la Edad Media y del Renacimiento, así como de la literatura escandinava moderna, tan conocida en la Rusia de principios de siglo. Y finalmente, no podemos olvidar su conocimiento de los autores propios, los clásicos del siglo XIX Gógol y Dostoyevski, cuya problemática moral trasladaba Ánnenski a la cotidianidad del presente.

Uno de los héroes de Dostoyevski dice que la felicidad futura de toda la humanidad no vale ni una lágrima de un niño si ha de comprarse a tal precio. Así se

expresa esta máxima en Ánnenski:

Pero nadie podrá lavar
una lágrima de un niño inocente.
Porque en ella está Cristo.
Todo Él en su resplandor.
Pero ¿y aquellos que sufren dolor,
cuyos brazos asemejan un hilo?...
¡Gente! ¡Hermanos! ¿No por ello será
que nuestra paz sólo está en el tormento?

Éste podría ser un epígrafe a la obra de Ajmátova, sobre todo a su *Réquiem*. El *maestro* parece señalar el camino de la joven poeta: expresar el clamor de las lágrimas vertidas.

Julio de 1914. Hace calor, la sequía trae el incendio.

Un sol enorme y malva de color,
sin rayos, colgado en la neblina.
Sobre el marchito trigo callado cae el ardor...
La guerra se anunció aquel día.

Son versos de Jodasévich. Ajmátova, en el espíritu de Ánnenski, escribirá que está dispuesta a darlo todo, «el hijo, el amigo y el don secreto de mi canto...», con tal de que el Todopoderoso aleje la desdicha de su tierra. Gumiliov se marcha al frente, la esposa le manda breves cartas con sus versos. Entonces, en plena guerra de 1914, la musa de Ajmátova se muestra en toda su trágica sencillez:

Y a la Musa en roto pañuelo
canta y clama como en un duelo.
Y en su cruel y joven tristeza
se cobija su mágica fuerza.

Más aún, tras detenerse ante una tumba, le pregunta al poeta: «¿Cómo puedes aún respirar?». Mayakovski, en un artículo que escribe entonces, señala: «Se puede no escribir sobre la guerra, sino con la guerra. No con tinta, sino con sangre, con la sangre que los hombres vierten en los frentes».

Ya entonces aparece preciso el perfil trágico y popular de la voz que veinte años después resonará en su *Réquiem*:

Junto a mi pueblo permanecí estos años,

donde la gente padeció su desdicha.

Y se dibuja no sólo la íntima fusión del poeta con su pueblo, sino la idea del «alma del pueblo» a la que ella pertenece.

No podrás vivir,
la cabeza alzar,

bajo las balas y las bayonetas del enemigo. Parece una profecía de lo que le espera a su marido, fusilado en 1921.

Desdichado el país que mata a sus poetas. La muerte de Nikolái Gumiliov, asesinado por el poder soviético, abre una herida de la que Ajmátova nunca sanará. Aquel mismo año 1921, Aleksandr Blok fallece a los cuarenta y un años, ahogado en su propio silencio. Al año siguiente Lenin expulsa del país a la flor de la cultura rusa; en el «barco de los filósofos» son expulsados de la URSS N. Berdiáyev, S. Bulgákov, L. Karsavin, I. Ilin y muchos otros intelectuales. Algunos de los compañeros de Ajmátova del Taller de los Poetas, como Jodasévich y Gueorgui Ivánov, deciden abandonar el país. Pero «Anna de todas las Rusias», como la llamará Tsvetáieva, tiene otra vara de medir su alma, su unión al alma del pueblo, por alto que sea el sacrificio...

En su poesía Ajmátova conecta en seguida con el lector. Valga como ejemplo que sus *Cuentas* se reeditan nueve veces desde 1914. La mayoría de sus libros de versos, a pesar de la desconfianza de los bolcheviques, se reeditan repetidamente. Tras *Bandada blanca* (1918), aparecen *El llantén* (1921) y un año después *Anno Domini*. De modo que a mediados de los años veinte la popularidad de Ajmátova puede compararse con la de Mayakovski, Pasternak y Mandelshtam.

Cada uno, es cierto, tenía sus lectores. Y entre ellos también se podían contar los líderes de la revolución. Lo cual no dejaba de entrañar también un peligro. La tesis leninista de que la literatura debía ser de partido y obediente al partido se plasmaba del modo más intolerante en sus herederos, contrarios a todo aquello que no servía a los intereses de la ideología proletaria comunista, es decir, del poder, convirtiendo así una máxima evangélica en el eslogan político «Quien no está con nosotros está contra nosotros», y que Mayakovski convirtió en versos:

El canto y el verso son bomba y bandera.
La voz de su cantor la clase alzará.
Y aquel que con nosotros hoy no cante,
contra nosotros está.

La llegada de Stalin al poder ahondó aún más la radicalidad de este enfoque con el

término de «agudización de la lucha de clases», política que tuvo que producir y en definitiva dio lugar a una ruptura en el país, que quedó partido en dos, separado por un alambre de espinos. Ajmátova comprendió pronto el sinsentido de semejante política y «no cantó con ellos», de lo que muy pronto «ellos» se dieron cuenta.

En 1924 las autoridades incluyeron *todas* las obras de Ajmátova en el índice de libros que debían retirarse de las bibliotecas y de los estantes de las librerías. Se anatematizaron la Biblia, Dante, los filósofos no marxistas..., hasta los libros infantiles de aventuras, pues desarrollaban en ellos fantasías inútiles, en opinión de los nuevos censores. A los niños había que dirigirlos a luchar decididamente contra la «ideología pequeñoburguesa» de la familia... El ideal de los bolcheviques era, al parecer, los campamentos militares que en la época zarista ideara Arakchéyev, con sus reglamentos, declamaciones colectivas y juramentos a la bandera, como sucedía en los campamentos de los niños, «pioneros», o de los miembros de las juventudes comunistas, los «komsomoles».

Los medios para conseguir este adoctrinamiento era el terror, el hambre letal al que se sometió de manera planificada a millones de campesinos a principios de los años treinta, la destrucción de la familia, cuando se obligaba a los niños a rechazar a sus padres, arrestados como «enemigos del pueblo».

En esta atmósfera de terror y orden marcial se vio obligada a vivir la gente como Ajmátova. A vivir y, por pocos que fueran, a resistir. A salvaguardar la memoria de la cultura.

Once personas se sabían el *Réquiem* de memoria. El texto, como en el caso de otras muchas obras, no existía en el papel, pues cualquier escrito que se encontrara en un registro equivalía a la pena de muerte. Así, desde 1924 hasta 1939 Ajmátova «calla», pues el poder sabía cómo amordazar a los desleales y hacer cantar las mayores loas a los fieles.

Algunos con ánimo sincero, otros por pusilánimes o hipócritas, respondían a las exigencias del partido, firmaban declaraciones oficiales. Ajmátova nunca. Y esto era algo que las autoridades no ignoraban. Conviene subrayar cuán firme se mantuvo en su mudo juramento de no colaborar con el régimen, y el poder la premió con creces por su actitud.

En 1935 es arrestado su único hijo, Lev Gumiliov. Y tras ser liberado, es detenido de nuevo en 1938, para ir a parar a una de las grandes construcciones del estalinismo.

Aquí empieza la larga cola carcelaria de las esposas y madres, hermanas y hermanos con sus paquetes para los detenidos. Anna Andréyevna se pasó en ellas diecisiete meses. Y en ellas, entre la multitud dolida, citemos siquiera a la amiga y primera biógrafa de Ajmátova, Lidia Chukóvskaya, cuyo marido había sido detenido.

L. Chukóvskaya, la autora de las célebres *Conversaciones con Anna Ajmátova*, escribió, con el recuerdo aún reciente de su propia tragedia, un gran retrato de la época, el relato *Sofia Petrovna*, la historia de una madre a quien la maquinaria del poder había arrebatado a su hijo. La novela en muchos aspectos recuerda la historia

de Anna Andréyevna.

En 1936 la desdicha de su pueblo y el dolor íntimo rompen el silencio de diez años de Ajmátova.

En 1936 comencé a escribir de nuevo, pero mi estilo había cambiado, mi voz vibraba ya de otra manera. La vida traía por la brida a un Pegaso parecido en algo al Caballo Pálido del Apocalipsis o al Caballo Negro de mis versos en ciernes.

Fue entonces cuando visita en su deportación de Vorónezh a Ósip Mandelshtam. Un castigo más que leve para el poeta que había escrito su conocida poesía contra el Tirano. Los versos, que llenarían de horror a Pasternak, le producen a Ajmátova la calma del reconocimiento. Son los versos de un condenado a muerte. Versos alimentados con la sangre que empapa toda la época. Son los tiempos de la Gran Hambre en Ucrania, en Kubán, en el Volga, que se había llevado millones de vidas, mientras vagones cargados de trigo y petróleo viajaban hacia la Alemania nazi.

Aproximadamente por estos mismos años, Pasternak, al que se le encarga la tarea de ensalzar las granjas colectivas soviéticas, viaja a los Urales, donde las autoridades agasajan al poeta y a sus acompañantes con los mejores manjares, cuando tras la ventana del hotel, tras la ventanilla del vagón, se suceden los pobres, los pordioseros, los mendigos... El hecho sumió al poeta en una postración psíquica que lo acompañó durante año y medio, período tras el cual el entusiasta cantor empezó a ver claro.

Visitar al deportado Mandelshtam era peligroso, pero Anna Andréyevna se rige por otras normas, por la ley de la amistad.

En la habitación del poeta condenado,
de guardia, se turna el miedo con la musa.
Sigue la noche que no conoce el alba.

En la Rusia actual, en el amanecer del tercer milenio, no se puede decir en modo alguno que haya llegado el alba. Habrán de pasar años, largos años, decenios, hasta que se logre borrar, lavar el crimen de un genocidio nunca visto en la historia. Ciento cincuenta años atrás Aleksandr Herzen trazó el martirologio de los poetas caídos y abatidos por el poder: diez nombres. En los tiempos soviéticos cuesta nombrar un solo nombre del mundo de la cultura que no se haya visto de un modo u otro golpeado por el régimen.

La airada pluma de Pushkin ya escribió:

En todo el mundo, el hombre es
tirano, prisionero o traidor.

O no-hombre, añadiré Kafka. Entre estos no-hombres, o medio hombres, habría que incluir a todos los «derrotados»: los caídos en el alcohol, el miedo, la locura, los sometidos a la voluntad del poderoso, los traidores, los huidos... Y su número no tiene fin.

La autora del *Réquiem* era una persona en su sentido más pleno, y una persona de una rareza única, tanto en aquellos años como en nuestros tiempos. Por eso atrae con fuerza tan poderosa esta Gran Madre, citando a Klúyev en su «Canto a la Madre Tierra» (rescatado de entre los archivos del KGB). Pues de su obra fluye el consuelo y la fuerza necesaria para vivir.

Pero ¿qué esconde la misa funeral de Ajmátova?

La amiga de Ajmátova, la poeta Olga Bergolts, fue detenida cuando estaba embarazada; le expulsaron a golpes al hijo que llevaba en su vientre. A su marido, el poeta Borís Kornílov, lo fusilaron.

Mataron al genial Nikolái Klúyev, arrancando con él la raíz que se hunde en las creencias ancestrales del pueblo.

Su amigo Yesenin se ahorcó antes del alba roja de la «colectivización», sin haber concluido su poema sobre Pugachov, el cosaco vengador, la voz de la libertad campesina.

Mayakovski se pegó un tiro «por razones personales», traicionado por los amigos y el poder.

Pasternak se vio cubierto de oprobio y llevado a la tumba. En el otoño de 1958 Pasternak se vio lapidado por los escritores soviéticos, que se dedicaron, en grupo, con alegría y pasión, a la labor. Lidia Chukóvskaya contaría este auto de fe.

El georgiano Galaktión Tabidze se tiró por una ventana antes que verse obligado a firmar una carta de condena contra su compañero.

Mijaíl Zóschenko, que compartiera con Ajmátova la suerte de los perseguidos por el poder, después de 1946 se volvió loco.

Los poetas de Leningrado Jarms, Vedenski y Oléinikov fueron arrestados y fusilados.

Arrestado y condenado a campos de trabajo Nikolái Zabolotski.

En el campo de Valdivistok murió Mandelshtam, el gran amigo de Ajmátova.

Asesinado Bábel.

Asesinado Borís Pilniak, amigo y destinatario de versos de Ajmátova.

Asesinado Vladímir Narbut, con quien en su tiempo Nikolái Gumiliov ideó el grupo de los acmeístas.

Asesinada Anna Bárkova, muerta en la miseria, la soledad y el desprecio, después de tres condenas.

Se suicidó Marina Tsvetáieva, después del fusilamiento de su marido Serguéi Efrón, de la detención de su hija y de su hermana Anastasia...

Detuvieron y llevaron a la muerte al hijo de Andréi Platónov...

Pero basta; detengamos esta interminable lista. Como escribiera Anna Ajmátova

en su *Réquiem*:

Quisiera, una a una, llamarlas por sus nombres,
mas me han robado la lista, ya nunca podré hacerlo.

Como tampoco era posible albergar ilusión alguna, ni confianza ni esperanza de que el régimen pudiera cambiar. Ajmátova se enfurecía al oír que tal o cual «no sabía» nada de los campos, de las matanzas. «¿Que no sabía? ¡Pues estaba obligado a saberlo!» «Somos perezosos y carecemos de curiosidad», señalaba con amargura Pushkin sobre sus compatriotas más de un siglo antes.

Quién sabe qué vacío está el cielo,
en el lugar de la caída torre;
quién sabe qué silencio reina
en la casa en que no ha vuelto el hijo.

Nadie hasta Ajmátova había escrito sobre *este* silencio.

El insaciable poder prosiguió con los arrestos masivos incluso al iniciarse la Guerra Patria en 1941. Se exterminó a la cúpula del ejército: Ubórievich, Tujachevski, Yakir. Y se llamó a los escritores para que aplaudieran la condena a muerte de los «traidores». En los periódicos, hoy amarillentos por el tiempo y la mentira, podemos encontrar estos aplausos. Y en uno de ellos veremos la firma de Pasternak. Pero es una falsificación más: Borís Pasternak, tal vez al precio de su propia vida, se negó a poner su firma bajo los «vivas» a las condenas de muerte.

Los arrestos fueron menguando a medida que la invasión nazi avanzaba hacia el este. Y por extraño que parezca, en aquellos días se sintió cierto alivio, pues el enemigo dejó de ser un fantasma, se convirtió en algo real y no en una amenaza invisible. Había por qué morir: por la patria. Ajmátova colaboraba con Olga Bergolts en la radio cuando los alemanes llegaron a las puertas de Leningrado (véase Apéndice documental, iv) y la sometieron a lo que sería un inacabable asedio. Los almacenes de provisiones ardieron al iniciarse el bloqueo y los millones de habitantes se vieron condenados al hambre.

En 1941 Ajmátova, a la que casi a la fuerza obligaron a abandonar su ciudad, llevaba en los labios la misma plegaria que escribiera durante la guerra anterior, en 1914. Los versos adquirieron mayor concreción, se podían publicar en los periódicos que se mandaban al frente. Pero simultáneamente seguía la labor poética de Ajmátova, una obra que necesitó veinte años de gestación. En 1940 inicia su *Poema sin héroe*, una creación que planea sobre varios géneros, una obra de difícil encuadre. Un poema de la memoria. Un poema de la Conciencia. Un poema en que se vierte y halla eco toda la lírica de Ajmátova.

En 1946 el comité central del partido publicó una Resolución Especial dirigida contra las revistas *Zvezdá* y *Leningrado*, donde publicaban Ajmátova y Zóschenko, un duro golpe que durante más de cuarenta años pesaría sobre la vida cultural soviética. Cuarenta y tres años a lo largo de los cuales los estudiantes se vieron obligados a estudiar aquel inquisitorial discurso entonces anónimo, escrito tal vez por el propio Stalin, o bien Andréi Zhdánov, el entonces responsable de las cuestiones ideológicas del partido (véase Apéndice documental, v). A Zóschenko lo llamaron calumniador y sinvergüenza, a Ajmátova medio monja, medio mujer de la vida, y a ambos, elementos ajenos y enemigos de la vida soviética.

Acabada la guerra, la Gran Guerra Patria, entre la aliviada población civil y los combatientes victoriosos, tras la sangría de veinte millones de hombres y mujeres, pero, al fin, tras la victoria contra el nazismo, había nacido un rayo de esperanza. Los horrores de la «letra muerta», la pesadilla de la espera nocturna a que llegara el «cuervo negro», las desapariciones, la fantasmagórica represión de los años anteriores, todo eso parecía haber quedado atrás. ¿O no era cierto lo que las autoridades decían? ¿Que en el colosal duelo con el nazismo y el fascismo habían vencido las fuerzas de la libertad y la democracia? Las palabras pronunciadas por Zhdánov echaban por tierra todas las esperanzas nacidas durante la guerra.

La triste verdad es que la gente tiende a creer en los falsos infundios y rara vez hace el esfuerzo de descubrir la verdad. De modo que, en todos los rincones del enorme país se empezó a desenmascarar a sus «zóschenkos» y «ajmátovas». En agosto de 1946 se inauguró la campaña ideológica en favor de la pureza política, campaña que se vio en seguida solapada con otra marea de terror: la lucha contra los «cosmopolitas», que a duras penas ocultaba el pogromo antisemita. Campaña que con el tiempo fue adquiriendo el impulso y el vigor letal de los años treinta y que si no prosiguió fue por la muerte en marzo de 1953 de su gran artífice, Stalin.

Y de nuevo vuelven a sonar los inútiles y desesperados «¿Qué he hecho? ¿Qué delito he cometido?» del ya citado Pasternak. Como insensatos nos parecen, por mucho que no podamos evitar hacernos la misma pregunta, los gritos de los detenidos, de los torturados en los interrogatorios, de los condenados al fusilamiento: ¿por qué?

En el caso de Ajmátova, su calvario de madre y esposa tal vez se pudiera explicar algo más: porque en la primavera de 1946 las salas en las que se le permitía recitar su poesía la recibían de pie, entre ensordecedores aplausos. La recibían con inacabables ovaciones, con aplausos que se prolongaban hasta el agotamiento, cuando tales ovaciones sólo podían estar destinadas a un solo hombre, al Gran Caudillo.

En 1949 es detenido por tercera vez su hijo, Lev Gumiliov, y por segunda vez su último marido, Nikolái Punin, que ya no regresará de los campos de trabajo (véase Apéndice documental, vi).

Aquel mismo año se organiza una fastuosa celebración: ¡el gran Stalin ha cumplido setenta años! El coro de entusiastas saluciones en honor al caudillo no

cesó ni al año siguiente. Y en este ferviente coro sólo sonaba a falsa una voz, los versos de Ajmátova. Como en su tiempo sus amigos Mandelshtam y Pasternak, y como muchos otros llamados a corear al gran líder, Ajmátova puso su voz al servicio del tirano por una única razón: para salvar la vida de su hijo. Y pocos todavía hoy saben que aquellos versos, el «ciclo dedicado a Stalin», ocultaban un único grito: «¡Salva a mi hijo!». Lo más amargo de todo es que ni eso se le concedió.

Citemos en cambio unos versos de aquellos años, inspirados en la obra del poeta armenio Eguishe Sharents, asesinado en 1937. Son versos en los que no suena ni una nota falsa. Hasta su título, *Imitación al armenio*, nos habla del destino trágico de los pueblos, del genocidio sufrido por los armenios en 1915, la brutal matanza a manos de los turcos.

Me soñarás como negra oveja.
Sobre patas inseguras y secas
vendre, balaré, aullaré:
«¿Has cenado a gusto, mi Sha?
Tú que riges el mundo entero,
protegido del brazo de Alá.
¿Te ha gustado el sabor de mi hijo,
tanto a ti, como a tus niños?». »

Merece la pena detenerse en estas líneas. Unos pies inseguros y secos. Los pies de tal vez una condenada, de un alma sufriente, de una madre que carga con el dolor de todas las madres. Y aunque las ovejas no aúllen, no se trata de un error de Ajmátova; es una de las tantas muestras del peculiar oído musical de Ajmátova. Aúllan las madres cuando pierden a sus hijos, aúlla el dolor, incapaz de hallar cobijo en el silencio.

Anna Andréyevna murió a los setenta y siete años, tras haber llorado la pérdida de casi todos sus amigos, pero sin merecer ni siquiera el funeral civil reglamentario que la Unión de Escritores organiza a los suyos. No en vano Bulgákov llamaba a aquella organización «unión de asesinos profesionales». Su funeral se celebró en la iglesia de San Nicolás del Mar en Leningrado, y la enterraron junto al mar, en Komarovo, donde pasó tantos días en su «cabaña».

«Lo bello ha de ser majestuoso», dijo Pushkin como si pensara en ella, a quien hoy bien podemos considerar su heredera directa. Dotada del alma de un Cid y del don del «duende», su obra suscitó el odio del poder soviético. Anna Ajmátova sobrellevó los tormentos de la madre y la esposa que ve arrancados de su lado a sus seres más queridos, y se asomó al abismo de la locura de los años treinta, rodeada de un mar de muerte y dolor.

En este país, ocurriera lo que ocurriera, por terrible que fuera el desorden que

oscureciera la vida rusa, en palabras de Pushkin, siempre ha vivido y ayudado a vivir el poeta.

La autoridad moral de Ajmátova, que fue grande en vida, sigue viva hasta hoy. Las lecciones de Pushkin y Ánnenski llegan una vez más a nosotros a través de su obra. Y en cuanto a su misión primera en la vida, citemos las palabras del poeta Chichibabin, otro escritor superviviente de los campos, que en broma, pero muy en serio, escribía:

Ya ven, yo tengo esta manía:
que el mundo lo salvará la poesía.

Réquiem

Jamás busqué refugio bajo cielo extranjero,
ni amparo procuré bajo alas extrañas.
Junto a mi pueblo permanecí estos años,
donde la gente padeció su desdicha.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En los terribles años de la *yezhovzbina* pasé diecisiete meses en las filas frente a las cárceles de Leningrado. Un día, alguien me reconoció. Entonces, una mujer de labios morados que ocupaba su lugar detrás de mí y que, por supuesto, jamás había escuchado mi nombre, pareció despertar del letargo en el que permanecíamos sumidas y me preguntó al oído (porque allí todos hablaban en voz muy baja):

—¿Y usted podría describir esto?

Yo repuse:

—Sí, puedo.

Entonces una especie de sonrisa se deslizó por lo que alguna vez había sido su rostro.

Leningrado, 1 de abril de 1957

DEDICATORIA

Ante esta inmensa desgracia los montes se doblegan
y dejan de correr los grandes ríos,
pero más fuertes aún son los cerrojos de la cárcel,
que esconden los lechos de tablas
y la infinita tristeza.
Ya no sopla para ti la fresca brisa,
ni se enciende para ti el tierno ocaso.
Ya nada sabemos, somos siempre los mismos,
sólo escuchamos el odioso rechinar de los portones
y el retumbar de los soldados que marcan el paso.
Despertábamos temprano, como para la misa matutina,
y atravesábamos la capital totalmente salvaje.
Confluíamos en un punto, más inánimes que un muerto,
más opacos que el sol, más brumosos que el Neva,
pero la esperanza continuaba a lo lejos su canto.
¡La sentencia!... Y al instante saltaron las lágrimas,
y me hallé aislada del resto del mundo,
como si me arrancaran la vida que alberga el corazón,
o me hubieran lanzado de bruces contra el suelo.
Pero ella avanza... Solitaria... Vacila...
¿Dónde están hoy aquellas desconocidas con las
que compartí dos años de infortunio?
¿Qué formas adivinan en la ventisca siberiana?
¿Qué imaginan ver en el círculo blanco de la luna?
A todas ellas envió mi último adiós.

Marzo de 1940

INTRODUCCIÓN

Esto sucedió en tiempos en que sólo los muertos sonreían,
alegres por haber hallado al fin reposo,
y como un apéndice inútil, Leningrado colgaba
del portón de sus cárceles, mecido por el viento.
En tiempos en que, enloquecidos de dolor,
desfilaban al paso columnas de condenados
mientras las locomotoras lanzaban al aire
su breve canción de despedida...
Estrellas de muerte planeaban en lo alto,
y la inocente Rusia se retorció
bajo las botas ensangrentadas,
y bajo las ruedas de los furgones celulares.

1

Te llevaron al amanecer,
fui tras de ti como quien despide un cadáver.
Lloraban los niños en la estancia oscura
y humeaba la vela bajo el icono.
No podré olvidar el frío de tus labios
y el sudor mortal en tu frente.
Como la mujer de los *strelzi*
aullaré a los pies del Kremlin.

1935

2

Fluye sereno el apacible Don,
entra en la casa una luna amarilla.

Entra alegre, con la gorra ladeada,
la luna, y ve una sombra.

Esta mujer padece de tristeza,
esta mujer se siente sola.

Su esposo yace en la tumba,
y su hijo está en la prisión. Recen por ella.

3

No, no soy yo, es otra la que sufre,
yo no podría sufrir tanto. Dejen
que un negro manto cubra lo ocurrido,
y que retiren las linternas...
Cae la noche.

Si a ti, la joven frívola y sarcástica,
la niña mimada de todos sus amigos,
la alegre pecadora del Tsárskoye Seló,
te hubieran dicho cuánto
habrías de sufrir en esta vida:
cómo, la número trescientos, esperarías
con tu hatillo a los pies de Las Cruces;
y cómo tu lágrima ardiente quemaría
de parte a parte el hielo de año nuevo...
En el patio de la cárcel se mece un álamo,
nada se escucha, ni un solo murmullo. ¿Cuántas vidas
inocentes no se estarán consumiendo allí?

Hace diecisiete meses que grito
llamándote a casa.
Me he arrojado a los pies del verdugo,
por ti, hijo mío, horror mío.
Todo ha perdido sus contornos,
y ya soy incapaz de distinguir
a la fiera del hombre, al hombre de la fiera,
ni sé cuántos días faltan para la ejecución.
Me encuentro sola, rodeada de flores
polvorientas, del tintinear del incensario,
y de huellas que no conducen a ninguna parte.
Mientras me mira fijamente a los ojos
anunciándome la próxima muerte,
una estrella inmensa.

6

Ligeras vuelan las semanas,
y aún no sé cómo pudo ocurrir,
cómo, hijo mío, en la cárcel
las blancas noches te miraban,
como hoy vuelven a mirarte
con ojos de halcón afiebrado;
mientras te hablan de tu alta cruz
y de la muerte.

1939

LA SENTENCIA

Y cayó la palabra de piedra
sobre mi pecho, aún con vida.
No es nada, siempre supe que así sería,
sabré enfrentarlo de la mejor manera.

Son muchas las cosas que aún debo hacer:
acabar de matar la memoria,
procurar que mi alma se vuelva de piedra,
y aprender de nuevo a vivir.

Y si no... El cálido susurro del verano
semeja una fiesta bajo mi ventana.
Hace tiempo ya lo había sentido:
este diáfano día y esta casa vacía.

Verano de 1939

A LA MUERTE

Ya sé que vendrás, ¿por qué mejor no ahora?
Espero tu llegada mientras llora mi alma.
Apagué la luz y abrí de par en par la puerta
para que pudieras entrar, tú, tan simple y tan extraña.
Asume para esto el aspecto que quieras,
irrumpe como un proyectil envenenado,
o golpea silenciosa, como un bandido experto,
o márame con el veneno del delirante tifus.
O llega con ese cuento, que tú misma inventaste
y que ya todos conocemos hasta la náusea —
en ese que descubro la gorra azul del gendarme
y detrás al conserje, pálido de muerte.
Hoy ya me da igual. Sobre el Yenisei se arremolina
la niebla. Fulgura imponente la estrella polar.
Y el más cruel de los espantos nubla
el brillo azul de los ojos que amo.

Casa de la Fontanka, 19 de agosto de 1932.

Ya el ala de la locura
ha cubierto la mitad de mi alma,
me da a beber su vino de fuego,
y me llama a su valle tan negro.

Comprendí entonces que ella
había conseguido la victoria,
que debía escucharla como quien
presta oídos a un delirio ajeno.

Y que no me dejaría
llevarme nada conmigo
por más que le pidiera,
o la cansara con mis ruegos:

ni el espanto en los ojos de mi hijo:
su sufrimiento vuelto piedra;
ni el día en que estalló la tormenta,
ni nuestra corta entrevista en la prisión.

Ni el amable frescor de sus manos,
ni la sombra temblorosa de los tilos,
ni aquel distante y levísimo rumor
de las palabras, el último consuelo.

Casa de la Fontanka, 4 de mayo de 1940

CRUCIFIXIÓN

No llores por mí, Madre,
yo yazgo en la tumba.

I

Un coro de ángeles cantaba el gran advenimiento
y los cielos llameaban como fuego fundido.
Al Padre dijo: «¿Por qué me has abandonado?».
Y a la madre: «Oh, no llores por mí...».

II

Se debatía y lloraba Magdalena,
su discípulo predilecto se había vuelto de piedra.
Pero a donde la Madre sufría en silencio,
nadie osó levantar los ojos.

1940-1943

EPÍLOGO

I

Aprendí cómo puede deshojarse un rostro
cómo entre los párpados asoma el espanto,
y el sufrimiento va grabando las mejillas,
como tablillas de escritura cuneiforme.
Cómo bucles que fueron castaños o negros
se tornan plateados al paso de una noche,
y se marchita la risa en los labios sumisos
y en la seca sonrisa vemos temblar el miedo...
No sólo por mí elevo esta plegaria,
sino por todos aquellos que a mi lado
soportaron el frío atroz y el bochorno de julio,
a los pies de aquella pared roja y ciega.

II

Otra vez se avecina el Día de Muertos.
Ya las veo, ya las oigo, ya las siento.

Y aquélla, que no pudo soportar el sufrimiento,
y aquélla, que ya no pisa el suelo materno,

y a la que sacudiendo su hermosa cabellera
dijo: «Vengo aquí como quien va a su casa».

Quisiera, una a una, llamarlas por sus nombres,
mas me han robado la lista, ya nunca podré hacerlo.

Para ellas he tejido este amplísimo manto
con sus propias palabras, con su llanto inconsolable.

Las recuerdo siempre, dondequiera que me encuentre,
jamás las olvidaré, aunque me asalte una nueva desgracia.

Y si algún día silencian esta boca atormentada
por la que gritan cien millones de almas,

que también me recuerden como yo a ellas hoy
en vísperas del Día de Muertos.

Y si algún día en este país
deciden erigirme un monumento,

consiento en recibir tal homenaje
pero con esta condición:

no erigirlo junto al mar, en mi ciudad natal,
pues he roto el último lazo que me ataba a él,

ni en el jardín imperial, junto al tocón querido,
donde aún vaga y me busca sin consuelo una sombra.

Sino aquí, donde aguardé trescientas horas
y donde este portón jamás abrió sus hojas.

Porque hasta en la misma ventura de la muerte
temo olvidar el fragor de los negros furgones;

o el rechinar del odioso portón
y a la anciana que aullaba como una fiera herida.

Para que por mis párpados de bronce
la nieve del deshielo fluya como lágrimas.

Y la paloma de la cárcel arrulle en el cielo
y en silencio los barcos naveguen por el Neva.

Marzo de 1940

Selección de poemas

1

REY DE OJOS GRISES

¡Gloria a ti, dolor inconsolable!
Ayer murió el rey de ojos grises.

En la tarde otoñal sofocante y púrpura,
mi esposo regresó y dijo con voz calma:

«¿Sabes?, lo trajeron de la cacería...
Encontraron su cuerpo junto a un viejo roble.

¡Me da pena la reina, la pobre, tan joven...!
En una sola noche blanquearon sus cabellos».

Tomó su pipa de la chimenea
y salió a su trabajo nocturno.

Y yo fui y desperté a mi hija
y miré en sus ojos grises.

Bajo mi ventaja susurraba al álamo:
«Ya no pisa la tierra tu rey...».

Tsárskoye Seló, 11 de diciembre de 1910

2

Crispaba mis manos bajo el velo oscuro...
«¿Por qué estás tan pálida hoy?»
—Porque muy amarga fue la tristeza
que bebió sin medida de mis manos.

¿Cómo olvidarlo? Salió tambaleante,
el dolor torcía su boca.
Corriendo, sin tocar las barandas,
bajé tras él hasta la verja.

Sin aliento grité: «Fue una broma
lo que dije. Si te vas, moriré».
Me sonrió con aplomo espantoso
y dijo: «Regresa, que hay viento».

Kíev, 8 de enero de 1911

3

Como a sorbos me bebes el alma.
Sé que su sabor es amargo y embriagante.
Pero no te suplicaré poner fin a este tormento.
A salvo en esta paz que ya dura semanas.

Cuando hayas acabado, dímelo. No me apena
que nada de mi alma quede en este mundo.
Saldré a caminar, pasearé por los senderos,
y me detendré a ver jugar a los niños.

Florece el grosellero en los jardines,
alguien carga ladrillos tras la cerca.
Ya no recuerdo quién eres: mi enemigo o mi amante,
aunque tampoco necesite saberlo.

Qué claro es este lugar y qué desolado,
aquí descansa mi agotado cuerpo...
Los transeúntes me miran y piensan vagamente:
seguro que ayer mismo ha enviudado.

Tsárskoye Seló, primavera de 1911

CANCIÓN DEL ÚLTIMO ENCUENTRO

Mi pecho se enfriaba sin remedio,
pero seguía mi camino con paso ligero.
(Me puse en mi mano derecha
el guante de la mano izquierda).

Creí bajar muchos escalones
¡aunque sabía que sólo eran tres!
Bajo el susurro otoñal de los arces
me dijo: «¡Muere conmigo!

Me engañó mi melancólica
Veleidosa y perversa suerte».
Le dije: «Descuida, querido,
también yo moriré contigo...».

Esta es la canción del último encuentro.
Lancé una mirada hacia la casa a oscuras:
en el cuarto ardían
cansinas, amarillas, las velas.

Tsárskoye Seló, 29 de septiembre de 1911

EL AMOR

Días hay en que se aovilla como serpiente
y suelta su embrujo corazón adentro.
Otros hay en que como una paloma
gorjea en la blanca ventana.

A veces brilla en la blanca escarcha
o creo poder verlo en un alhelí dormido...
Pero seguro, como en secreto,
me aleja de la alegría y de mi paz interna.

Sabe sollozar con inusual dulzura
en la plegaria triste de un violín.
Oh, cuánto me asusta encontrarlo
en la sonrisa de un desconocido.

Tsárskoye Seló, 24 de noviembre de 1911

JARDÍN

Todo él brilla y cruje,
el jardín helado.
Alguien me ha dejado y muere de pena,
pero sé que no puedo retornar.

La faz apagada del pálido sol,
es sólo una ventana redonda;
sé secretamente quién es ese otro sol
que desde hace mucho brilla a tu lado.

Un presentimiento de desgracia
ha desterrado para siempre mi calma.
A través del fino hielo transparentan
unas huellas dejadas ayer.

Se escondió, apagándose, la faz de aquel sol
entre el sueño mudo de los campos.
Sólo el aire frío conserva el agudo graznido
de una cigüeña rezagada en su vuelo.

1911

Lloraba y lloraba arrepentida.
¡Si al menos un rayo cayera del cielo!
Mi oscuro corazón se retorció
en tu casa inhóspita.
Conozco un dolor insoportable,
la vergüenza de quien retorna rechazada a casa.
Me aterra, no sabes cuánto me aterra,
entrar a casa de alguien no querido.
En lujoso vestido me inclinaré sobre ti
haciendo entrechocar mis collares.
Tú sólo atinarás a preguntarme: «¿Luz de mis ojos,
dónde hasorado hoy por mí?».

1911

8

Veo la descolorida bandera ondear sobre la aduana
y una nube amarilla sobre la ciudad.
Mi corazón tímido se encoge
y me duele respirar.

Volver a ser aquella niña junto al mar,
meter los pies desnudos en los zapatos,
hacerme una corona con mis trenzas,
y cantar con voz emocionada.

Mirar y mirar desde el portal
las oscuras cúpulas del templo en Jersón
y no saber aún que la felicidad y la gloria
acaban por marchitar los corazones.

Febrero de 1913

9

Hola, ¿escuchas ese leve rumor
a la derecha de tu mesa?
No podrás terminar hoy esas líneas:
yo he venido a verte.
¿Llegarás acaso a ofenderme
como la vez pasada?
¿Dirás que no ves mis manos,
mis manos ni mis ojos?
¡Cuánta luz hay aquí y qué bien se está!
No me obligues a ir, te lo pido
allá, bajo el sofocante puente
donde se enfría la turbia agua del río.

Octubre de 1913

10

Es imposible confundir la auténtica ternura,
la que siempre trae sosiego.
En vano solícito arropas mis hombros
y mi pecho con pieles.
Y en vano con palabras dóciles
me hablas de tu primer amor.
¡Qué bien conozco esas tenaces
e insaciables miradas que lanzas!

Diciembre de 1913

No beberemos del mismo vaso
ni agua ni dulce vino,
no nos besaremos temprano en la mañana,
y al caer la noche contemplaremos la ventana...
Tú respiras sol, yo luna,
aunque vivimos un mismo amor.

Siempre está conmigo mi fiel y tierno amigo,
tu alegre amiga siempre te acompaña,
pero entiendo el temor de tus ojos grises
y eres el culpable del mal que me aqueja.
No hagamos más frecuentes nuestros breves encuentros.
Sólo así preservaremos nuestra paz.

Pero tu voz canta en mis versos,
y en los tuyos mi aliento sopla.
¡Oh, hay ciertos fuegos que el olvido
y el miedo no logran aplacar!
Si supieras cuánto anhelo ahora
besar esos labios tuyos, rosados y secos.

1913

Por última vez nos encontramos
en el malecón aquel donde nos dábamos cita.
Las aguas del Neva corrían muy altas,
y en la ciudad temían una inundación.

Él hablaba del verano y de cuán tonto
suena que una mujer sea poeta.
¡Con qué fuerza se grabó en mi memoria la alta casa real
y la fortaleza al otro lado del río!

Pero aquel aire no nos pertenecía,
sino que era un maravilloso regalo de Dios.
Y en esa hora me fue dada en recompensa
la última de mis locas canciones.

Enero de 1914

A SOLAS

Tantas piedras han arrojado en mi contra,
que ni una de ellas ya me infunde miedo.
Esta grácil torre se ha convertido en la trampa
más alta entre estas torres altas.
Agradezco a quienes para mí la construyeron,
los quiero a salvo del pesar y la tristeza.
Desde aquí veo antes el amanecer y
aquí brilla victorioso el último rayo del día.
Y a menudo por la ventana de mi cuarto
entran los vientos de los mares del norte,
y una paloma come de mis manos trigo...
Y la página todavía en blanco frente a mí,
divina, serena y grácilmente
le pone punto final la atezada mano de la Musa.

Slepniovo, 6 de junio de 1914

No pido tu amor.
Está ahora a buen resguardo...
Créeme que no le escribo
celosas cartas a tu novia.
Pero escucha este sabio consejo:
dale a leer mis versos,
dale a guardar mis retratos.
¡Con esa amabilidad tan usual en los novios!
Porque esas tontas más necesitan
tener conciencia de su total victoria
que votos de preclara amistad.
Y la memoria de los primeros días tiernos...
Cuando las migajas de felicidad
hayas gastado con tu querida amiga,
cuando para el alma ya saciada
todo resulte de pronto odioso,
a mi noche de victorioso regocijo
no vengas. Fingiré no conocerte.
¿Y cómo podría ayudarte
si no sé curar la felicidad?

Slepniovo, julio de 1914

A UN SER QUERIDO

No me envíes una paloma, te pido,
ni me escribas cartas que puedan perturbar mi calma.
No expongas mi rostro a los vientos de marzo.
Ayer entré, por fin, a un paraíso verde
donde hallé calma para mi cuerpo y alma
bajo un techo de álamos umbríos.

Y veo desde aquí la pequeña ciudad,
las casetas y el cuartel frente al palacio,
el puente chino color ocre sobre el hielo.
Hace ya tres horas que me esperas, y tienes frío,
pero no te decides a dejar el portal
y te asombras contando estrellas en el cielo.

Como una ardilla gris saltaré a las ramas del aliso,
correré como comadreja asustadiza,
te llamaré como un cisne
para que el novio ya no tema,
entre la nieve azul que gira en torbellino,
esperar por su novia muerta, que se ha ido.

Tsárskoye Seló, 27 de febrero de 1915

Hay en la proximidad un límite secreto
que no rebasan ni el amor ni la pasión
ni cuando en horrible silencio se unen los labios
y enamorado el corazón salta en pedazos.

La amistad nada puede hacer, ni años
de exaltada y chispeante felicidad,
cuando el alma es libre y desconoce
la lenta languidez de la voluptuosidad.

Quien lo procura es un loco; quien lo
alcanza termina derrotado por la pena...
¿Comprendes ahora por qué
mi corazón no late ya bajo tu mano?

Petersburgo, mayo de 1915

No sé si vives aún o has muerto.
Si debo buscarte en la tierra
o sólo en la mediatibunda tarde
llorar diáfánamente a los difuntos.

Todo te daré: y el rezo diurno
y el embotador delirio del insomnio,
y la bandada blanca de mis versos
y el fuego azulino de mis ojos.

Jamás a nadie quise tanto,
nadie me hizo languidecer así,
ni aquel que me entregó al martirio,
ni aquel que me acarició y relegó al olvido.

1915

¿Acaso cambió tanto mi suerte,
o estará por acabarse el juego?
¿Adonde fueron a dar aquellos inviernos
en que me acostaba a las seis de la mañana?

De nuevo, serena y adusta,
habito esta orilla salvaje.
Ni una palabra vacía, ni tampoco una tierna
me es ya dado pronunciar.

Cuesta creer que pronto será Pascua:
la estepa se extiende conmovedoramente verde,
el sol brilla. Una ola al parecer cálida
lame la tranquila orilla.

Feliz, lánguida, cansada,
atravesada por un temblor inexpresable,
soñaba yo con tal silencio.
Y así también me imaginaba
el vagar postumo del alma.

Sebastopol, diciembre de 1916

¡Oh, palabras hay que son irrepetibles!
Quien las usa termina por gastarlas.
Sólo es inagotable el azul
del cielo y el perdón de Dios.

Sebastopol, invierno de 1916

Llega la noche y en el oscuro cielo
 donde no hace tanto el templo de Jerusalén
 brillaba misterioso y magnífico,
 tan sólo dos estrellas brillan entre confusas ramas,
 y la nieve no parece caer, sino
 volar de todos lados despegándose del suelo,
 perezosa, cariñosa y con cautela.
 Aquella tarde fue extraño mi paseo:
 cuando salí, golpeó mi vista
 una luz transparente en los rostros, en las casas,
 como si por doquier yacieran pétalos
 de aquellas rosáceas-amarillas diminutas rosas
 cuyo nombre ahora he olvidado.
 El aire seco, quieto, de la helada
 tanto guardaba y mimaba cada sonido
 que pensé por un momento: no existe ya el silencio.
 Y sobre el puente, a través del oxidado barandal
 los niños metían sus manos enfundadas en guantes
 y daban de comer a hambrientos patos de variadas pintas
 que se bañaban en un agujero de hielo, negro como tinta.
 Y me dije: no puede ser que alguna
 vez llegue a olvidar esto.
 Y si me espera un camino difícil
 ésta es la carga, ligera, que se aviene a mis fuerzas,
 que podré llevar conmigo: y en la vejez, enferma,
 quizá en la indigencia, recordar
 este ocaso llameante, cuán plena era
 mi alma entonces, y cuánto encanto encerraba la vida.

1914-1916

Veintiuno. Noche. Es lunes.
La capital, sus contornos, en la bruma.
¿Qué necio imaginó que existe
el amor sobre la tierra?

Entregados a la pereza y al tedio
todos le han creído y así viven:
acuden a sus citas, temen las despedidas
y entonan canciones de amor.

Pero algunos llegan a descubrir el secreto
y cae sobre ellos el silencio.
El mío fue un descubrimiento fortuito
y desde entonces vivo como enferma.

Petersburgo, enero de 1917

Cuando en melancólico deseo de suicidio
el pueblo anhelaba la llegada del prusiano,
y cuando el severo espíritu de Bizancio
terminó por desprenderse de la Iglesia de Rusia,
escuché una voz consoladora
que decía: «Vente conmigo,
deja ese confín lejano y pecador,
deja Rusia para siempre.

Yo lavaré la sangre de tus manos
y purgaré la negra pena que aflige tu alma
y daré un nombre nuevo
al dolor de la derrota, a todas las ofensas».
Pero firme, impertérrita, serena,
cubrí mis oídos con las manos
para que esas palabras indignas
no osaran profanar mi espíritu afligido.

Petersburgo, otoño de 1917

No estoy con aquellos que abandonaron
su tierra al destrozo enemigo.
Prefiero no escuchar sus torpes lisonjas
ni darles a ellos mis canciones.

Igual me duele la suerte del desterrado
que la de un prisionero o la de un enfermo.
Cuán oscuro es tu camino, viajero,
por tierras donde el pan tiene ese regusto a ajeno.

Y aquí, entre el denso humo de este incendio
arruinamos nuestra menguante juventud.
Pero ni un solo golpe procuramos
desviar de los que iban dirigidos a nuestra frente.

Cuando hayan pasado los años, tardíamente,
hallarán su justificación todas estas horas...
No hay en este mundo gentes menos dadas al llanto,
más altivas y a la vez más simples que nosotros.

Petersburgo, julio de 1922

Caer bien enferma y en ardiente delirio
 volver a encontrarse con todos.
 En un jardín junto al mar lleno de sol y de viento
 pasear por sus amplios senderos.

Hasta los muertos hoy han accedido a venir,
 y los desterrados llegan a mi casa.
 Tráeme a mi niño, te pido, de la mano
 al que tanto y hace tanto extraño.

Comeré con mi amado uvas azules,
 tomaré con él vino helado
 y miraré caer la gris cascada
 al húmedo pedernal del fondo.

1922

LA MUJER DE LOT

Y el justo seguía al enviado de Dios,
inmenso y claro, por la negra montaña.
Pero la angustia le hablaba en voz alta a su esposa:
aún no es tarde, aún puedes mirar
las torres rojas de tu natal Sodoma,
la plaza donde cantabas en el patio, donde hilabas,
las vacías ventanas de la alta casa,
donde a tu querido esposo le pariste hijos.
Lanzó una mirada, y paralizada por un dolor mortal,
sus ojos ya no pudieron mirar más;
y se convirtió su cuerpo en sal transparente,
y sus veloces piernas se soldaron al suelo.

¿Quién llorará a esta mujer?
¿No parece ser la menor de las pérdidas?
Sólo mi corazón no olvidará jamás
la que cambió su vida por una sola mirada.

1922-1924

BORÍS PASTERNAK

Él, que se comparó a sí mismo con el ojo de un caballo,
bizquea, mira, ve, conoce,
y de pronto como un diamante fundido
brilla un charco, desfallece el hielo.

Una bruma lila envuelve los patios,
vagones, troncos, hojarasca, nubes.
Silba una locomotora, cruje una corteza de sandía,
la olorosa cabritilla cubre la tímida mano.

Resuena, retumba, rechina, se agita cual oleaje
y de pronto se calma. Quiere decir esto
que avanza cauteloso hollando la pinocha
para no perturbar el leve sueño del espacio.

Y quiere decir esto: que él cuenta los granos
en las vacías espigas; quiere decir esto que
a la losa del Darial, negra y maldita,
vuelve a regresar de algún entierro.

Y otra vez quema la languidez moscova,
repica a lo lejos la campanilla mortífera...
¿Quién ha extraviado el camino tan cerca de casa
donde la nieve llega a la cintura
y donde todo encuentra su fin?

Por haber comparado el humo con Laocoonte,
por haber cantado al cardo de los cementerios,
por haber llenado el mundo con un nuevo sonido
en el espacio nuevo de sus estrofas reflejadas,

recibió como premio vivir eterna infancia.
Con la largueza y la agudeza de los astros
recibió toda la tierra en herencia,
que compartió con todos por igual.

19 de enero de 1936

LA TIERRA NATAL

No hay en este mundo gentes menos dadas al llanto,
más altivas y a la vez más simples que nosotros.

1922

No la llevamos en escapularios sobre el pecho,
ni le componemos versos a lágrima viva.
Tampoco altera nuestro amargo sueño
ni la soñamos como un paraíso prometido.
En nuestra alma no la hacemos
objeto de compra y venta.
Enfermos, en la desgracia, viviendo en la indigencia
ni siquiera acude a nuestra mente.
Y sí, para nosotros es el lodo que nos cubre los chanclos,
sí, es también la arena que cruje en los dientes.
Y molemos, y aplastamos y hacemos pedazos
esa tierra en nada culpable.
Pero nos ponen a yacer en ella y también nosotros
nos volvemos tierra,
que por eso, con toda libertad, llamamos nuestra.

Leningrado, finales de 1961

Prosa

I

Prosa autobiográfica: ensayos, apuntes, fragmentos de diarios^[1]

Algunas palabras sobre mi persona

Nací el 11 (23) de junio de 1889 cerca de Odessa (en Bolshói Fontán)^[2]. Mi padre era un ingeniero mecánico retirado de la flota. Al año de nacer, me llevaron al norte, a Tsárskoye Seló, donde viví hasta los dieciséis años.

Mis primeros recuerdos son del Tsárskoye Seló: la magnificencia verde y húmeda de sus parques, el pastizal adonde me llevaba mi aya, el hipódromo, donde trotaban pequeños caballos de variopintos colores, la vieja estación de ferrocarril, y algo más, que posteriormente pasó a figurar en la «Oda al Tsárskoye Seló». Pasaba todos los veranos cerca de Sebastopol, a orillas de la bahía Strelétskaya, y allí trabé amistad con el mar. La impresión más fuerte de aquellos años la guardo del viejo Jersón, cerca del cual vivíamos.

Aprendí a leer con el *Abecedario* de León Tolstói. A los cinco años, oyendo como la maestra enseñaba a los niños mayores, aprendí el francés. Mi primer poema lo escribí a los once años. La poesía no empezó para mí con Pushkin y Lérmonov, sino con Derzhavin («Versos para el nacimiento del hijo de Su Majestad») y con Nekrasov («El hielo, nariz roja»). Mi mamá se sabía de memoria estos poemas. Yo estudié en la escuela femenina del Tsárskoye Seló. Al principio mal, luego mucho mejor, pero siempre sin ganas.

En 1905 mis padres se separaron, y mamá se fue al sur con los niños. Vivimos todo un año en Yevpatoria; allí, en casa, estudié el penúltimo año de la escuela; extrañaba el Tsárskoye Seló y escribía una enorme cantidad de malos versos. Los ecos de la revolución de 1905 llegaban apagados a Yevpatoria, aislada del mundo. El último curso del instituto lo estudié en Kíev y lo terminé en 1907.

Me matriculé en la facultad de jurisprudencia de los Cursos Superiores Femeninos, en Kíev. Mientras se trató de estudiar historia del derecho y, especialmente, latín, estuve contenta; cuando comenzamos las materias de jurisprudencia propiamente dicha mi entusiasmo se enfrió.

En 1910 (el 25 de abril en el viejo calendario) me casé con N. S. Gumiliov y nos fuimos un mes de viaje a París.

El empedrado de nuevos bulevares sobre la piel viva de París (descrito por Zola) todavía no había terminado (*boulevard* Raspail). Verner, un amigo de Thomas Edison, me mostró dos mesas en la Taverne de Panthéon y me dijo: «Aquí se sientan

vuestros socialdemócratas, aquí los bolcheviques y allí los mencheviques». Con fortuna variable, las mujeres intentaban vestir pantalones (*jupes-cullottes*), o bien casi se vendaban las piernas (*jupes-entravées*). La poesía se encontraba en un estado deplorable, yo sólo la compraba por las viñetas de pintores más o menos conocidos. Ya entonces comprendí que la pintura francesa había devorado la poesía de aquel país.

Cuando nos mudamos a Petersburgo, comencé a asistir a los Cursos Superiores de Historia y Literatura que impartía Ráyev. Por aquel entonces ya escribía versos, que luego pasaron a mi primer libro.

Cuando me mostraron las galeradas del *Cofre de ciprés* de Innokenti Ánnenski^[3], me impactó mucho, y lo leí olvidándome del resto del mundo.

Para 1910 hacía mucho que habían comenzado los primeros síntomas de la crisis del simbolismo, y los nuevos poetas ya habían dejado de sumarse a esa tendencia. Unos se unían al futurismo, otros al acmeísmo. Junto con mis compañeros del Primer Taller de Poetas, Mandelshtam, Zenkévich, Narbut, también me hice acmeísta.

La primavera de 1911 la pasé en París, donde fui testigo de los primeros triunfos del *ballet* ruso. En 1912 viajé por Italia del norte (Génova, Pisa, Florencia, Bolonia, Padua, Venecia). La impresión que me causaron la pintura y la arquitectura fue enorme: como uno de esos sueños que se recuerdan toda la vida.

En 1912 apareció mi primer libro de versos, *La tarde*. Sólo se imprimieron trescientos ejemplares. La crítica fue generosa con ellos.

El 1 de octubre de 1912 nació Lev, mi único hijo.

En marzo de 1914 salió mi segundo libro, *Cuentas*. Le tocó vivir aproximadamente seis semanas. A comienzos de mayo la temporada petersburguesa comenzaba a decaer, poco a poco todos dejaban la ciudad. En esa ocasión abandonamos Petersburgo para siempre. Cuando regresamos, ya no volvimos a Petersburgo, sino a Petrogrado^[4], pasamos de golpe del siglo XIX al siglo XX. Todo cambió, comenzando por el aspecto de la ciudad. Cualquiera hubiera pensado que el pequeño libro de un autor principiante terminaría por naufragar en los acontecimientos mundiales. El tiempo dispuso las cosas de otro modo.

Pasaba todos los veranos en la antigua provincia de Tver, a quince *verstas* de Bézhevka^[5]. No era un lugar pintoresco: campos roturados en cuadrados perfectos sobre las colinas, molinos, ciénagas, pantanos desecados, portones, trigales y trigales... Escribí allí muchos versos del *Cuentas* y *Bandada blanca*. Este último salió en septiembre de 1917.

Los lectores y la crítica no han sido justos con este libro. Por alguna razón se cree que tuvo menos éxito que *Cuentas*. Este libro apareció en circunstancias mucho más terribles. El transporte agonizaba, fue imposible enviarlo incluso a Moscú, sólo se vendió en Petrogrado. Las revistas se cerraban, también los diarios. Por eso, a diferencia de *Cuentas* y de *Bandada blanca*, no tuvo una prensa importante. El hambre y la destrucción aumentaban día a día. Por extraño que parezca, nada de eso

se tiene en cuenta hoy día.

Después de la Revolución de Octubre trabajé en la biblioteca del Instituto de Agronomía. En 1921 salió mi libro *El llantén*; en 1922 *Anno Domini*. Aproximadamente a partir de mediados de los años veinte comencé con mucho interés y ahínco a estudiar la arquitectura del viejo Petersburgo y también la vida y la obra de Pushkin. El resultado de mis estudios pushkinianos fueron tres trabajos: sobre *El gallo de oro*, sobre *Adolphe* de Benjamín Constant y sobre *El convidado de piedra*. Todos se publicaron en su momento.

Los textos «Aleksandrina», «Pushkin y el Neva» y «Pushkin en 1828», en los que he trabajado desde hace casi veinte años, tal vez entrarán a formar parte del libro *La muerte de Pushkin*^[6].

A partir de la mitad de los años veinte dejaron de publicarse mis nuevos poemas, y no se reimprimieron los viejos.

Al comenzar la Guerra Patria de 1941, yo me encontraba en Leningrado. Para finales de septiembre, ya durante el bloqueo, volé en avión a Moscú.

Hasta mayo de 1944 viví en Tashkent, donde esperaba con ansiedad noticias de Leningrado, del frente. Al igual que otros poetas, actué con frecuencia en hospitales, leí poemas a los combatientes heridos. En Tashkent supe por primera vez qué significa, en medio de un calor abrasador, la sombra de los árboles y el rumor del agua. Y también conocí qué es la bondad humana: en Tashkent estuve enferma mucho tiempo y de gravedad. En mayo de 1944 aterricé en un Moscú primaveral, ya colmado de jubilosa esperanza y a la espera de la pronta victoria. En junio regresé a Leningrado.

Tanto me asombró el terrible fantasma que se hacía pasar por mi ciudad, que describí aquel encuentro en prosa. Fue también por aquel entonces cuando aparecieron los artículos «Tres sirenas» y «Visitando la muerte», este último sobre la lectura de poesía en el frente, en Terioki. La prosa siempre me había parecido un misterio y una tentación. Desde un primer momento siempre supe todo sobre la poesía, pero jamás nada sobre la prosa. Todos elogiaron mucho mi primera experiencia, pero yo, claro está, no les creí demasiado. Llamé a Zóschenko^[7]. Me aconsejó quitar ciertas cosas y aprobó lo demás. Aquello me alegró mucho. Luego, cuando arrestaron a mi hijo, lo quemé todo junto con mi archivo.

Desde siempre me había interesado la traducción literaria. En los últimos años he traducido mucho. Es algo que sigo haciendo hasta hoy día.

En 1962 terminé el *Poema sin héroe*, que escribí por espacio de veintidós años. La primavera pasada, en vísperas del año de Dante, volví a escuchar el sonido de la lengua italiana, visité Roma y Sicilia. En la primavera de 1965 viajé a la patria de Shakespeare, vi el cielo británico y el Atlántico, encontré a viejos amigos y conocí nuevos; volví a visitar París.

Nunca he dejado de escribir poesía. Significa para mí un vínculo con el tiempo, con la nueva vida de mi pueblo. Escribirla me permitió vivir al compás de los mismos

ritmos que resonaban en la heroica historia de mi país. Me siento feliz de haber vivido estos años y haber sido testigo de acontecimientos sin parangón en la historia.

1965

*

La cabaña

Nací el mismo año que Charles Chaplin, la *Sonata Kreutzer* de Tolstói, la torre Eiffel y creo que Eliot. Aquel verano de 1889 París festejaba el centenario de la caída de la Bastilla. En la noche de mi cumpleaños, el 23 de junio, se celebraba (y todavía se celebra) la antigua fiesta de San Juan Bautista (*Midsummer Night*). Me llamaron Anna en honor a mi abuela Anna Yegórovna Motovílova, cuya madre pertenecía a la estirpe de los descendientes de Gengis Khan y era la princesa tártara Ajmátova, apellido que convertí en mi nombre literario sin darme cuenta de que me había propuesto ser una poeta rusa. Nací en la casa de campo que teníamos en Sarakini (Bolshói Fontán, estación número 11 del ferrocarril), cerca de Odessa. Dicha casa (más bien una cabaña) se hallaba en un terreno muy angosto que bajaba hacia el mar y colindaba con la oficina de correos. La costa era allí acantilada y los rieles del ferrocarril pasaban casi al borde.

Cuando yo tenía quince años y residíamos en una casa de campo en Lustdorf, un día que pasábamos por aquellos parajes mi mamá me propuso bajar del tren e ir hasta la casa de Sarakini, para que pudiera conocerla. A la entrada de la cabaña dije: «Algún día pondrán aquí una placa conmemorativa». No es que fuera vanidosa. Simplemente quise gastar una broma estúpida. Mi madre se disgustó: «Dios mío, qué mal te he educado».

1957

*

Que yo sepa, en mi familia nadie escribía versos, aparte de la primera poeta rusa Anna Búnina, que fue tía de mi abuelo Erasm Ivánovich Stógov. Los Stógov eran unos terratenientes pobres del distrito de Mozhaisk, en la provincia de Moscú, adonde fueron trasladados por haber participado en la rebelión que en Nóvgorod (donde su clan había sido más rico y más noble) encabezó María Borétskaya.

El khan Ajmat, mi antepasado, fue asesinado en su tienda una noche por un mercenario ruso, y con su muerte, según sostiene Karamzín^[8], en Rusia terminó el

yugo mongol. En conmemoración a tan feliz acontecimiento, ese día, en Moscú, salía una procesión del monasterio de la Presentación del Señor.

Una de las princesas Ajmátova, Praskovia Yegórovna, se casó en el siglo XVIII con un tal Motovílov, terrateniente rico y noble de Simbirsk. Este Yegor Motovílov fue mi bisabuelo. Su hija Anna Yegórovna, mi abuela, murió cuando mi madre tenía nueve años, y a mí, en su honor, me dieron su nombre. De una diadema que le pertenecía hicieron varias sortijas con diamantes y una con una esmeralda; su dedal no me entraba, y eso que tenía yo dedos muy finos.

*

La casa de Shujardiná

La casa tenía cien años. Era propiedad de Yevdokía Ivánovna Shujardiná, viuda de un mercader con aspecto de lince, cuyos extravagantes atavíos yo admiré en mi infancia. Estaba situada en la esquina de la calle Shirókaya y el callejón Bezimiány (el segundo viniendo de la estación). Decían que antaño, antes de que se tendiera el ferrocarril, había sido algo así como una taberna o una hostería a la entrada de la ciudad. Yo arranqué de mi habitación el empapelado, capa por capa, y la última era de un color rarísimo: rojo vivo. «Este es el empapelado que había en la taberna cien años atrás», pensé yo. En el sótano vivía el zapatero B. Nevolin; hoy su casa se vería como la secuencia de una película histórica.

Esta casa es para mí la más memorable de todas. En ella transcurrió mi infancia (en la planta baja) y mi adolescencia (en la primera planta). La mitad de mis sueños se ambientan allí. La abandonamos en la primavera de 1905. Precisamente en aquel período fue reconstruida y perdió su antiguo aspecto. Ahora hace tiempo que no existe, y en ese sitio hicieron un parque o algo por el estilo, adyacente a la estación ferroviaria. (La última vez que visité Tsárskoye Seló fue en junio de 1944). Tampoco existe la casa de campo de Tur (Consolación o Nuevo Quersoneso), a tres *verstas* de Sebastopol, donde viví todos los veranos de los siete a los trece años y me gané el mote de «niña salvaje»; tampoco existe el Slepniovo de 1911-1917, del cual sólo quedó su nombre en mis versos reunidos en *Bandada blanca* y *El llantén*; pero, por lo visto, es algo normal.

1957

*

A veces, por aquella calle, la Shirókaya, pasaba un cortejo fúnebre increíblemente

fastuoso: un coro (de niños) cantaba con voces angelicales, el ataúd no se veía por estar cubierto de verdes ramas y flores que se marchitaban al frío. La gente avanzaba con faroles encendidos, los sacerdotes quemaban incienso, los caballos, con gualdrapas negras, se desplazaban lenta y solemnemente. Tras el ataúd marchaban oficiales de la Guardia, siempre un tanto parecidos al hermano de Vronski^[9], es decir, «borrachos de rostros francos», y unos señores con chisteras. En las carrozas que seguían al coche fúnebre viajaban ancianas señoras acompañadas de sus doncellas; diríase que esperaban su turno, y todo se parecía al entierro de la condesa descrito en *La dama de pique*.

Siempre que recuerdo esos espectáculos se me antoja que eran parte de un inmenso entierro de todo el siglo XIX. Así enterraban, en los años noventa, a los últimos contemporáneos de Pushkin. Entre la nieve deslumbrante y el radiante sol de Tsárskoye Seló, este espectáculo se veía como algo maravilloso, pero ahora, bajo aquella luz amarilla en la densa oscuridad que se filtraba desde todos lados, era horrible y hasta parecía infernal.

*

Yo tenía diez años y nosotros residíamos (durante aquel invierno) en la casa de Daudel (esquina Srédniaya y Leóntievskaya, en Tsárskoye Seló). Un oficial de húsares que vivía en los alrededores salía en su automóvil rojo, de apariencia estrambótica, recorría una o dos manzanas, luego se le estropeaba el automóvil y un cochero lo llevaba a casa cubierto de oprobio. Por aquella época nadie creía en la posibilidad del transporte automovilístico y mucho menos del aéreo.

*

Comencé a escribir mi biografía a los once años en una libreta que mi madre había marcado con lápiz rojo para llevar las cuentas de los gastos domésticos (en el año 1900). Cuando enseñé mis apuntes a los adultos, me dijeron que recordaba cosas de cuando tenía poco más de dos años (el parque de Pávlovsk, el cachorro Ralph, etc.).

*

Estoy condenada a recordar toda mi vida los olores de Pávlovsk, como si fuera ciega y sordomuda. El primero es el olor a humo de una locomotora antiquísima, que me transportaba a Tiárlevo, al parque y al *salón de musique*; el segundo, a madera encerada y a algo que llegaba de una peluquería; el tercero, a fresas que vendían en una tienda de la estación (¡de Pávlovsk!); el cuarto, a reseda y a rosas de los frescos ramitos húmedos que vendían en el quiosco de flores (a la izquierda); luego, a los

cigarros y a la comida con mucha grasa del restaurante. Está, además, el fantasma de Nastasia Filípovna^[10]. Tsárskoye Seló representó siempre la vida *cotidiana*, porque allí se estaba *en casa*; Pávlovsk era siempre una fiesta, porque suponía un viaje y porque estaba lejos de casa.

*

Sobre las personas de mi generación no pende el peligro de un triste regreso: no tenemos adonde regresar... A veces pienso que se puede alquilar un coche y viajar a Pávlovsk para asistir a la inauguración de su sala de conciertos (regresar a aquellos días en que los parques de la villa estaban tan desiertos y despedían tanta fragancia), visitar los parajes en que me busca una sombra sin consuelo... Pero luego comienzo a comprender que es imposible, que no hay que irrumpir (además, en un artefacto de hojalata que funciona con gasolina) en los palacios de la memoria, porque no lograría ver nada y que, de hacerlo, sólo empañaría lo que veo ahora con tanta claridad.

*

Biografía imaginaria

Pasábamos el invierno en Tsárskoye Seló y el verano en Crimea (la casa de campo en Tur), pero no logro convencer de ello a nadie, porque todos me creen ucraniana. En primer lugar, porque el apellido de mi padre es Gorenko; en segundo lugar, porque nací en Odessa y terminé el colegio en Kíev; en tercer lugar, fundamentalmente porque Nikolái Gumiliov escribió: «De la ciudad de Kíev, de la morada de Orfeo, no he traído una esposa, sino una hechicera» (1910).

Lo cierto es que residí en Kíev menos que en Tashkent (de 1941 a 1944, evacuada): un invierno. Cuando terminaba los estudios en el colegio y dos inviernos mientras asistía a los Cursos Superiores Femeninos. Pero la falta de atención que demuestran las personas no tiene límites. Es horrible decirlo, pero la gente ve sólo lo que quiere ver y oye sólo lo que quiere oír. Habla «principalmente» consigo misma y casi siempre se contesta a sí misma sin atender al interlocutor. Esta propiedad de la naturaleza humana da pie al noventa por ciento de los monstruosos rumores, las falsas reputaciones y los chismes que se conservan religiosamente. (¡Todavía hoy soportamos el silbar viperino de Poletika sobre Pushkin!)^[11] Ruego a los que estén en desacuerdo conmigo que tan sólo recuerden lo que pudieron oír por sí mismos.

*

Niña salvaje

Tuve una infancia pagana. En los alrededores de aquella casa de campo (Consolación, bahía Strelétskaya, Quersoneso) me gané el mote de «niña salvaje» por andar descalza, sin sombrero, etcétera, por tirarme desde un bote en alta mar, bañarme durante las tormentas y tomar el sol hasta despellejarme, comportamiento que resultaba chocante a las señoritas provincianas de Sebastopol.

*

Mi infancia es tan única y extraordinaria como la infancia de todos los niños del mundo.

Hablar de la infancia es fácil y difícil a la vez. Por ser estática, es muy fácil describirla, pero con demasiada frecuencia esa descripción se torna empalagosa, lo cual es completamente incompatible con dicho período, tan importante y profundo, de la vida. Además, algunos quisieran hacernos creer que fueron muy infelices en su infancia; otros, muy dichosos. Tanto lo uno como lo otro es por lo general absurdo. Los niños no tienen con qué comparar, y simplemente no saben si son felices o infelices. Tan pronto como llega a tener conciencia, el hombre se ve en un mundo completamente hecho e inmóvil, y lo más natural sería no creer que antes este mundo fue distinto. Ese panorama primitivo queda grabado para siempre en el alma, y hay personas que sólo creen en él, ocultando a duras penas esta rareza. Otras, al contrario, no creen en absoluto en la veracidad de dicho panorama y repiten, también de modo bastante absurdo: «¿Acaso ése fui yo?».

*

Escribí mi primer poema a los once años (era pésimo), pero ya antes mi padre me había llamado, no sé por qué, «poeta decadente». Dado que mi familia se trasladó al sur, no pude terminar mis estudios en el colegio de Tsárskoye Seló; lo hice en el de Kíev, al que asistí sólo un año. Luego estudié dos años en los Cursos Superiores Femeninos de la misma ciudad... Durante todo aquel período (con intervalos bastante grandes) seguí escribiendo versos, numerándolos sin saber por qué. Puedo decir, por considerarlo una curiosidad, que, a juzgar por el original que conservo, «La canción de la última cita» llevaba el número 200.

*

Regresé al norte en junio de 1910. Después de París, Tsárskoye Seló me pareció completamente muerto. No era de extrañar. Pero ¿adónde habían ido a parar cinco años de mi vida en esa villa? No encontré allí a ninguna de mis compañeras de colegio, tampoco visité a nadie. Comenzó mi nueva vida en Petersburgo. En septiembre, Nikolái Gumiliov emprendió un viaje a África. En el invierno de 1910-1911 escribí los versos que reuní en el libro *La tarde*. El 25 de marzo Gumiliov regresó de África y le mostré esos versos.

*

De estos pobres versos escritos por una joven muy superficial se han hecho ya, no sé por qué, trece ediciones (sin contar las que se hicieron sin mi autorización). También han sido traducidos a algunos idiomas extranjeros. Aquella misma joven (que yo recuerde) no les había pronosticado semejante destino, y había ido escondiendo bajo los cojines del diván, «para no afligirse», los números de las revistas en que aparecían publicados por primera vez. La publicación de *La tarde* la disgustó tanto que se marchó de viaje a Italia (en la primavera de 1912); sentada en un tranvía, pensaba mirando a los viajeros: «¡Qué felices son: a ellos no les publican libros!».

*

Slepniovo^[12]

Yo usaba entonces un collar verde de malaquita y una cofia de finos encajes. En mi habitación (que daba al norte) colgaba un icono grande: Jesucristo cautivo grande. El estrecho diván era tan duro que me despertaba de noche y permanecía sentada largo rato descansando... Frente al diván tenía un pequeño retrato de Nicolás I; no era un tributo al esnobismo petersburgués, una especie de toque exótico, sino algo sencillo y serio, al estilo de Oneguín (*Retratos de zares en una pared*). No sé, no recuerdo si en la habitación había algún espejo. En un escaparate se guardaban los restos de una vieja biblioteca, que contenía desde los anuarios *Sévernnye Tsvety*, hasta libros del barón Brambeus y de Rousseau^[13]. Me encontraba en Slepniovo cuando comenzó la guerra de 1914; el de 1917 fue el último verano que pasé allí.

[...] En 1911 regresé a Slepniovo directamente de París, y la jorobada que atendía el lavabo de señoras en la estación ferroviaria de Bézhetsk y que desde antaño conocía a todos los residentes de aquella hacienda, se resistió a reconocermela señora y comentó: «Los señores de Slepniovo tienen a una francesa de visita». Durante un almuerzo tuve como vecino a Iván Yákovlevich Diorin, jefe de la administración

provincial, un personaje barbudo, muy torpe y con gafas. Se moría de confusión y no encontró nada mejor que preguntarme: «¿Sentirá mucho frío aquí después de haber vivido en Egipto?». La cuestión radicaba en que estaba al tanto de que la juventud local me llamaba, a causa de mi fantástica delgadez y mi aire sofisticado (según ellos), como a una famosa momia londinense que causaba la desgracia de todos.

Nikolái Stepánovich [Gumiliov] no soportaba Slepniovo. Bostezaba, se aburría, salía sin decir adonde. Escribió «la tan fastidiosa antigüedad deslucida» y llenó el álbum de las Kuzmín-Karavyáev con versos mediocres^[14]. Sin embargo, algo comprendió y aprendió allí.

Yo no paseaba a caballo ni jugaba al tenis; lo único que hacía era recoger setas en los dos parques de Slepniovo y rememorar París ardiendo en un último ocaso (1911).

[...] En cierta ocasión visité Slepniovo en invierno. Fue fascinante. Todo parecía haberse desplazado al siglo XIX, casi a la época de Pushkin. El trineo, las botas de fieltro, las pieles de oso con que nos cubríamos las piernas, las enormes chamarras, el vibrante silencio, los montones de nieve, los espacios nevados que brillaban como diamantes. Allí recibí el año 1917. Después de haber vivido en el lúgubre Sebastopol durante la guerra, donde me sofocaba el asma y padecía el frío en una habitación alquilada, creí haber llegado a la tierra prometida. Entretanto, en Petersburgo ya habían asesinado a Rasputín y todos esperaban la revolución, que había sido fijada para el 20 de enero. (Ese día comí en casa de Natán Altman^[15], quien me regaló un dibujo suyo con la inscripción: «El día de la Revolución Rusa». Conservo otro dibujo de él con la siguiente dedicatoria: «Para la mujer del soldado Gumiliov, del dibujante Altman»).

*

Slepniovo es para mí como un arco arquitectónico que primero nos parece pequeño, luego va agrandándose más y más y por fin ofrece la plena libertad (cuando salimos de él).

*

En rigor, nadie sabe en qué época vive. Así nosotros, a comienzos de los años diez, no sabíamos que estábamos en vísperas de la Primera Guerra europea y de la Revolución de Octubre.

(1957?)

*

La década de 1910

1910 fue el año de la crisis del simbolismo, de la muerte de León Tolstói y de Komissarzhévskaya^[16]. 1911 fue el año de la Revolución china, que cambió la faz de Asia, y el de los cuadernos de Blok, tan llenos de presentimientos [...] Alguien dijo hace poco en mi presencia: «La década de 1910 fue la más deslucida». Probablemente es lo que debe decirse ahora; sin embargo, yo repliqué: «Pero también fue la época de Stravinsky y de Blok, de Anna Pávlova y Skriahin, de Rostóvtsev y Shaliapin^[17], de Meyerhold y Diáguilev^[18]».

Desde luego, durante aquella época, como ocurre con cualquier otra, hubo muchas personas de mal gusto (pongamos por caso a Severianin^[19])... En comparación con la primera década, tan chapucera, la de los años diez fue concentrada e íntegra. El destino cortó su segunda mitad e hizo correr mucha sangre (la guerra de 1914)...

*

El siglo xx comenzó en el otoño de 1914 con la guerra; lo mismo que el siglo xix comenzó con el Tratado de Viena. Las fechas del calendario carecen de importancia. No cabe duda de que el simbolismo es un fenómeno del siglo xix. Nuestra rebelión contra el simbolismo fue completamente legítima, porque nos sentíamos personas del siglo xx y no queríamos quedarnos en el anterior...

*

La ciudad

Los primeros en registrar la «belleza» de Petersburgo fueron los pintores agrupados en torno a la revista *Mir Iskusstva*^[20], quienes, a propósito, descubrieron también los muebles de caoba.

Mis recuerdos de Petersburgo son muy tempranos: se remontan a 1890. De hecho, es el Petersburgo de Dostoyevski, un Petersburgo anterior al tranvía eléctrico, con carruajes y con ferrocarril urbano de tracción a caballo, lleno de ruidos y chirridos, con un sinnúmero de lanchas y cubierto de pies a cabeza de anuncios que impedían contemplar la arquitectura de los edificios. Me causaba una impresión singularmente viva e intensa después del silencioso y fragante Tsárskoye Seló. Dentro de los grandes almacenes podían verse nubes de palomas; en los nichos angulares de las galerías, grandes iconos con su revestimiento dorado y lámparas votivas siempre

ardiendo. Numerosos barcos surcaban el Neva. En las calles se oía hablar muchos idiomas. En las fachadas de las casas prevalecían el rosa y el rojo (como en el Palacio de Invierno), y casi no había esos colores *beige* y gris que ahora se confunden tan tristemente con el vapor condensado o con el crepúsculo leningradense.

En aquella época existían todavía muchas excelentes casas de madera (palacetes de la nobleza) situadas en la avenida Kámennoostrovski y alrededor de la estación de los trenes que partían a Tsáarskoye Seló. En 1919 todas esas edificaciones fueron desmontadas para leña. Más hermosos aún eran los palacetes de dos plantas construidos en el siglo XVIII, algunos por arquitectos célebres. Éstos también tuvieron mala suerte: les añadieron pisos en los años veinte. Lo que casi no había en el Petersburgo de los años noventa eran zonas verdes. Cuando mi mamá me visitó en 1927 —por última vez—, al evocar su actividad en Voluntad del Pueblo, recordó sin querer el Petersburgo no sólo de los años noventa, sino incluso el de los setenta (los de su juventud), y no pudo dejar de admirar la cantidad de vegetación que había ahora en Leningrado. ¡Y eso que aquello era tan sólo el comienzo! En el siglo XIX no había más que granito y agua.

*

Acabo de leer con asombro en Zvezdá (en un artículo de Lev Uspenski^[21]) que María Fiódorovna se paseaba en una carroza de oro^[22]. ¡Qué absurdo! Las carrozas de oro sí existieron, pero era de rigor utilizarlas sólo en los casos de mucha solemnidad: coronaciones, bodas, bautizos, primeras recepciones ofrecidas por un embajador. El coche que empleaba Maria Fiódorovna se diferenciaba de los demás sólo por las medallas que su cochero lucía en el pecho. Qué extraño es que al cabo de tan sólo cuarenta años sea posible inventar tales disparates. ¿Qué dirán cuando hayan pasado cien?

(1957)

*

Más sobre la ciudad

No doy crédito a mis ojos cuando leo que las escaleras de Petersburgo siempre olían a café quemado. En muchas había grandes espejos; en algunas, alfombras. En ninguna casa petersburguesa la escalera olía a nada, excepto a perfume de las señoras y a tabaco de los señores que pasaban. Probablemente, el camarada se refería a las así

llamadas escaleras excusadas, a las entradas de servicio (convertidas, hoy día sobre todo, en las únicas): allí, realmente, podía oler a cualquier cosa, puesto que era adonde daban las puertas de todas las cocinas. Así, en Carnaval olía a hojuelas; en la Cuaresma a setas y aceite; a eperlano del Neva en mayo. Al preparar algunos platos olorosos, las cocineras abrían las puertas —«para que saliera el tufo» (era como se decía entonces)— a las escaleras de servicio; sin embargo, en éstas, lamentablemente, olía más a menudo a gatos.

Los sonidos que se oían en los patios de Petersburgo: ante todo, el de la leña que se tiraba al sótano. Pasaban organilleros («Canta, golondrina, canta, consuela mi corazón...»), afiladores («Afilo cuchillos, tijeras...»), traperos («Batas, batas...») que siempre eran tártaros; estañadores, vendedores ambulantes («Traigo panecillos de Vyborg...»). En los patios, que parecían pozos, resonaban muchos ecos.

Humo sobre los tejados. Estufas holandesas de Petersburgo. Tener chimenea en Petersburgo significaba atentar contra la vida con medios impropios. Cuando hacía mucho frío, solían producirse incendios. El tañer de las campanas se amortiguaba con los ruidos de la ciudad. El redoble de tambores hacía pensar siempre en la pena capital. El trineo, a todo correr, podía chocar con fuerza contra un bordillo en los puentes encorvados, que ahora casi han perdido su curvatura. Los últimos árboles con hojas en las islas siempre me hacían recordar los grabados japoneses. El morro del caballo, helado y con carámbanos, casi tocaba mi hombro. Pero ¡qué delicioso era el olor a cuero mojado en las calesas de alquiler cuando durante la lluvia se le desplegaba la capota! Compuse casi todo *Cuentas* en ese ambiente, y en casa no hice sino apuntar los versos ya compuestos.

*

En los años veinte Tsárskoye Seló presentaba un aspecto inimaginable. Todas las vallas habían sido quemadas. Sobre las escotillas abiertas del alcantarillado podían verse camas herrumbrosas de los hospitales de los tiempos de la Primera Guerra Mundial; las calles se cubrieron de hierba, gallos de todos los colores se paseaban cantando y balaban cabras que sabe Dios por qué se llamaban todas Tamara. La puerta de la hasta hacía poco magnífica casa del conde Stenbock-Fermor lucía un rótulo inmenso: «Monta»; pero en la calle Shirókaya los robles —testigos de mi infancia— exhalaban en otoño el mismo olor acre; las cornejas, posadas en las cruces de la catedral, gritaban lo mismo que oyera camino del instituto a través del jardín de la catedral, y las estatuas de los parques tenían el mismo aspecto que durante el decenio anterior. En las figuritas harapientas y feas yo reconocía a veces a los viejos habitantes de aquella población. Los grandes almacenes estaban cerrados.

*

En 1936 comencé a escribir de nuevo, pero mi estilo había cambiado, mi voz vibraba ya de otra manera. La vida traía por la brida a un Pegaso parecido en algo al Caballo Pálido del Apocalipsis o al Caballo Negro de mis versos en ciernes [...] No podía regresar a mis inicios. No me corresponde a mí juzgar qué es mejor. 1940 es el año de mi apogeo. Los versos vibran en mí sin cesar, pisándose los talones, presurosos y jadeantes; algunos, seguramente, son malos.

*

Comencé varias veces a escribir mi biografía, pero, ciertamente, con poca perseverancia. La última vez fue en 1946... Que yo recuerde, no entré en detalles, pero resumí mis impresiones del año 1944 —*El Leningrado posterior al sitio y Tres lilas*—, así como del Tsánskoye Seló y de cómo a fines de julio viajé al frente, a Terioki, a recitar versos a los combatientes. Ahora me es difícil restablecer aquellos ensayos. Lo demás se ha petrificado en la memoria hasta tal punto que sólo desaparecerá conmigo.

(1957?)

*

¡Qué distante parece ya todo!... El primer día de la guerra, que hasta hace poco parecía tan reciente; el día de la Victoria, que se diría tan sólo ayer acabó de festejarse; el 14 de agosto de 1946... Eso ha pasado ya a la historia. También hace poco existían para mí las traducciones, las entregadas y las no entregadas; las visitas a Moscú y los pequeños pinos que se agitan ahora, furiosos, sobre el fondo de la noche blanca.

«Aquí se está muy al norte, y este año escogí la amistad con el otoño», escribí el año pasado; tanto tiempo ha pasado ya desde entonces, y yo me propongo ahora describir nada menos que los años noventa del siglo XIX.

1957

*

Sobre el libro que nunca escribiré, pero que de todos modos existe ya, y que los hombres han merecido tenerlo.

En un principio quise hacerlo íntegro; ahora he decidido tomar del mismo varios fragmentos para intercalarlos en la narración sobre mi vida y sobre los destinos de mi generación. Lo tengo pensado desde hace tiempo y mis amigos conocen algunos

pasajes sueltos.

*

Quién me hubiera dicho que habría de vivir tanto y para qué. Mi memoria se ha aguzado hasta lo increíble. El pasado me asedia y me exige algo. ¿Qué? Las amadas sombras del pasado casi me hablan. Quizá ésta sea para ellas la última oportunidad en que el deleite que los hombres llaman olvido pueda pasar de largo. No sé de dónde afloran palabras oídas medio siglo atrás que no he recordado ni una vez desde entonces. Sería raro atribuirlo todo a mi soledad en el verano y a mi proximidad a la naturaleza, que desde hace tiempo me incita a pensar sólo en la muerte.

*

Sería una dicha alcanzar a apuntar una centésima parte de lo que tengo en la mente...

*

No obstante, mi obra —prima hermana del *Salvoconducto* y de *El rumor del tiempo*^[23]— debe aparecer. Temo que en comparación con estos excelsos parientes suyos parezca una Cenicienta, inocentona, simplona, etcétera.

Tanto Borís como Ósip escribieron estos dos libros apenas alcanzada la madurez, cuando el período que recordaban todavía no era tan fantásticamente remoto. Pero es casi imposible ver sin sentir vértigo los años noventa del siglo XIX desde la altura de mediados del XX.

*

En lo que se refiere a las memorias en general, advierto al público lector que en un veinte por ciento son, en una u otra medida, falsificaciones. El que sus autores utilicen a su arbitrio el estilo directo debe calificarse como una acción punible, porque de las memorias se pasa con facilidad a los acreditados estudios literarios y biográficos. La continuidad es también un engaño. La memoria humana está constituida como un proyector que ilumina algunas facetas, dejando en derredor una impenetrable oscuridad; aunque la retentiva de uno sea excelente, puede y debe olvidarse de algo.

*

Da absolutamente igual por dónde se empiece: por la mitad, por el final o por el principio. Por ejemplo, quiero empezar ahora por esas casitas verdes con azoteas acristaladas (en una de las cuales estoy viviendo) que tenía constantemente ante mis ojos (cerrados) en 1951, cuando —internada en la clínica soviética número 5 (Moscú) después de haber tenido un infarto— me encontraba probablemente bajo los efectos de un sedante. Esas casas no existían todavía (fueron construidas en 1955), pero al verlas en realidad recordé inmediatamente dónde las había visto antes. Precisamente por eso escribí en el Epílogo:

Vivo como en una casa ajena soñada
en la que, quizá, ya morí...

*

Pro domo mea diré que jamás he abandonado la poesía, ni volando ni reptando, aunque mis rígidas manos, con las que me aferraba a la borda del bote, muchas veces recibieron golpes de remos capaces de enviarme al fondo. Debo confesar que de cuando en cuando el aire a mi alrededor perdía humedad y permeabilidad al sonido; que al bajar el cubo al pozo oía en vez del grato chapoteo del agua un golpe seco contra la piedra, y en general sobrevenía una asfixia que duraba años. «Placer conocer las palabras», «hacerlas chocar» se ha vuelto hoy día algo común y corriente. Lo que había sido osadía, al cabo de treinta años suena banal. Hay otro camino: es la precisión; e importa más aún que en un verso cada palabra esté en su sitio, como si se hallara allí desde hace mil años, pero que el lector la oiga como si fuera la primera vez en su vida. Es un camino hartamente difícil, pero cuando esto se logra, dicen: «Habla de mí, es como si lo hubiera escrito yo». También yo tengo (muy rara vez) esa sensación al leer o escuchar a otros poetas. Es algo así como envidia, pero un tanto más noble.

X. me preguntó si es difícil o fácil escribir versos. Contesté: «Cuando alguien los dicta, es muy fácil, pero cuando no, es simplemente imposible».

1959

*

Al poeta lo unen lazos secretos con todo lo que ha escrito alguna vez, y que a menudo contradicen lo que el lector piensa de ellos.

Por ejemplo, de mi primer libro, *La tarde* (1912), ahora sólo me gustan estas líneas:

Embriagándome con el sonido de una voz
parecida a la tuya.

Creo incluso que dieron origen a muchísimos elementos de mi poética.

Por otra parte, me gusta mucho el poema «He venido a sustituirte, hermana...», un poco oscuro, que quedó sin continuar en forma alguna y no es nada característico en mí. De él me complacen estos versos:

Hace tiempo que no se oye el sonido del pandero
y sé que ya temes el silencio.

Pero me deja indiferente del todo lo que hasta ahora alegan con frecuencia los críticos.

Además, los versos se clasifican (para su autor) en unos que recuerda cómo los escribió y en otros que brotaron solos. En unos el autor está condenado a oír un violín que antes le ayudó a componerlos; en otros, el traqueteo del vagón que le impedía escribirlos. Los versos pueden guardar relación con olores, perfumes y flores. En cierto momento, mientras escribía el ciclo *El escaramujo florece*, estas flores realmente exhalaban una fragancia embriagadora.

Desde luego, esto no es válido sólo para los versos de uno. Leyendo a Pushkin oigo el rumor de los saltos de agua en el Tsárskoye Seló («esas aguas vivas»), que alcancé a contemplar.

*

De un diario

24 de diciembre de 1959 (Nochebuena europea)

Sopla un viento suave y nieva. Es una noche tranquila, muy sosegada. T. se fue temprano, y yo estuve todo el tiempo sola; el teléfono callaba. Los versos fluyen sin cesar, y yo los espanto como siempre hasta que oigo vibrar uno que vale.

Los intentos de escribir memorias hacen evocar inesperadamente estratos profundos del pasado; la retentiva se agudiza casi morbosamente: afloran voces, sonidos, aromas, la cruz de bronce en un pino del parque de Pávlovsk y un sinfín de otras cosas. Por ejemplo, recordé lo que dijo Viacheslav Ivánov cuando por primera vez recité mis versos en su casa, y eso fue en 1910, es decir, cincuenta años atrás^[24].

De todo eso hay que proteger los versos.

Los últimos días, además, siento sin cesar que donde quiera que esté, algo me está

pasando. Todavía no está claro en qué sentido. Sea en Moscú o en algún otro lugar, algo me está arrastrando, como si fuera el aire caliente de un horno inmenso o la hélice de un barco de vapor.

[...] Todos saben que hay gente que intuye la primavera desde la Navidad. Hoy me parece haberla intuido, aunque todavía no hemos tenido invierno. Guardan relación con ella tantas cosas milagrosas y alegres que temo echarlo todo a perder diciéndoselo a alguien. También me parece que estoy de alguna manera ligada a mi rosa coreana, a mi demoníaca hortensia y a toda la silenciosa vida negra de las raíces. ¿Tendrán frío ahora? ¿Hay bastante nieve para protegerlas? ¿Las mira la luna? Todo esto me concierne de un modo vital, y yo no las olvido ni siquiera cuando duermo.

*

Abedules

En primer lugar, nadie ha visto jamás tales abedules. Me da miedo recordarlos. Es como una alucinación. Algo temible, trágico, como el altar de Pérgamo, maravilloso y peregrino. Además, me parece que allí debía de haber cuervos. No hay nada mejor en el mundo que esos abedules, inmensos, vigorosos, antiguos como las druidas o más aún. Han pasado tres meses, pero yo no puedo volver en mí, lo mismo que ayer; sin embargo, no quisiera que fuese un sueño. Me hace falta que esos abedules sean de verdad.

(1959-1961)

*

Es notorio que todo el que ha abandonado Rusia se ha llevado su último día. Hace poco pude comprobarlo cuando leí un artículo de Di Sarra sobre mí^[25].

Este estudioso escribe que mis versos se remontan todos a la poesía de M. Kuzmín^[26]. Hace ya unos cuarenta y cinco años que nadie piensa así. Pero Viacheslav Ivánov, que abandonó Petersburgo en 1912, se llevó de mí una idea ligada de algún modo con Kuzmín, y sólo porque este último había prologado mi libro *La tarde* (1912). Esto era lo último que Viacheslav Ivánov pudo recordar y, naturalmente, cuando en el extranjero le preguntaron por mí, me llamó discípula de Kuzmín. De modo que llegué a tener una doble o una bruja existiendo tranquilamente en ciertas mentes durante todas estas décadas sin entrar en contacto alguno conmigo, con mi destino real, etcétera.

Cae por su peso la pregunta: ¿cuántos dobles o brujos de esa laya andan por el

mundo y cuál será su papel definitivo?

*

De todos esos procedimientos (que no son de muy buena fe) llama la atención uno: el deseo de destacar de entre todo lo escrito el primer libro (*Cuentas*), declararlo *livre de chevet* y pisotear inmediatamente todo lo demás, es decir, hacer de mí algo entre Serguéi Gorodetski (*Furia*), poeta que no evolucionó, y Françoise Sagan, una niña «agradablemente sincera».

Pero *Cuentas* se publicó en marzo de 1914 y tuvo dos meses y medio de vida. En aquella época la temporada literaria concluía a fines de mayo. Cuando regresamos del campo, nos recibió la guerra. La segunda edición, solicitada al cabo de un año, fue de unos mil ejemplares.

Con *Bandada blanca* pasó más o menos lo mismo. Se publicó en septiembre de 1917 y por falta de transporte ni siquiera pudo hacerse llegar a Moscú. Pero la segunda edición se pidió un año después, igual que en el caso de *Cuentas*. Alianski hizo la tercera edición en 1922. Al mismo tiempo dicho libro salió en Berlín. Era la cuarta y última edición, porque después de que en 1924 viajé a Moscú y a Járkov [...] mis obras dejaron de publicarse hasta el año 1939.

Dos tomos impresos ya en la editorial de Guessen (Petrogrado) fueron destruidos; las blasfemias, que habían sido episódicas, se tornaron sistemáticas y premeditadas (Lelévích en la revista *Na postú*, Pertsov en la *Zhizn Iskusstva*, etc.), alcanzando a veces doce puntos, es decir, los de una borrasca mortífera. No se me confiaron traducciones (salvo la de las cartas de Rubens en 1930). Pero mi primer estudio sobre Pushkin («El último cuento de Pushkin») fue publicado en la revista *Zvezdá*. La prohibición funcionaba sólo para la poesía. Esa es, lisa y llanamente, la verdad. Y entonces me encuentro esto en la prensa extranjera. Después de la revolución dejé de escribir versos y no volví a hacerlo hasta 1940. Cabe preguntar: ¿por qué mis libros no se reeditaban y mi nombre se mencionaba sólo acompañado de palabrotas? Por lo visto, el deseo de empotrarme en la primera década del siglo tiene una fuerza irresistible y los vuelve víctimas de una tentación incomprensible para mí.

*

Y si la poesía estaba predestinada a florecer durante el siglo xx precisamente en mi patria, me atrevo a decir que yo siempre he sido una grata y veraz testigo de ello... Estoy segura de que tampoco ahora sabemos lo magnífico que es el coro de poetas que tenemos e ignoramos aún que el idioma ruso es fresco y flexible, que hace demasiado poco que escribimos versos y que los amamos y confiamos en ellos.

II

Recuerdos y reflexiones sobre amigos y contemporáneos

Amedeo Modigliani

Creo mucho a aquellos que no lo describen tal como yo lo conocí, y les diré por qué. En primer lugar, yo sólo podía conocer cierto lado de su yo (resplandeciente), simplemente era una ajena y, quizá, también una veintiañera incomprensible, extranjera; en segundo lugar, yo misma noté en él un gran cambio cuando nos volvimos a ver en 1911. Parecía haber oscurecido y adelgazado mucho.

En el año 1910 lo vi muy poco, sólo varias veces. Sin embargo, me escribió durante todo el invierno. Pero no me confesó que componía versos.

Ahora me doy cuenta de que nada lo asombraba tanto como mi capacidad de adivinar los pensamientos, ver los sueños ajenos y demás menudencias a las que mis amigos se habían acostumbrado hacía mucho. No dejaba de repetir: «On communique». Decía con frecuencia: «Il n'y a que vous pour réaliser cela». Posiblemente ninguno de los dos entendíamos algo fundamental: todo lo que nos ocurría era para ambos la prehistoria de nuestras vidas: de la suya, muy corta, y de la mía, muy larga. El aliento del arte todavía no nos había abrasado, no nos había transformado: vivíamos esa hora ligera, clara, antes de amanecer. Pero el futuro, el cual, como es sabido, suele lanzar su sombra mucho antes de hacer su aparición, llamaba a la ventana, se escondía tras los faroles, atravesaba los sueños e infundía miedo con aquel horrible París baudeleriano, que se ocultaba por los alrededores. Y todo lo divino en Modigliani resplandecía como a través de unas tinieblas. No se parecía a nadie en este mundo. De alguna manera su voz se me grabó en la memoria. Lo conocí cuando era un indigente, y no podía entender de qué vivía; como artista no gozaba ni de una sombra de reconocimiento.

Entonces (en 1911), él vivía en Impasse Falguière. Era tan pobre que en el jardín de Luxemburgo nos sentábamos en los bancos y no en las sillas de pago, como era lo usual. En general no se quejaba ni de su patente necesidad, ni de su igual y evidente falta de reconocimiento. Sólo una vez, en 1911, me dijo que el verano anterior se había sentido tan mal, que no había podido ni pensar en lo más querido.

Me pareció rodeado de un compacto anillo de soledad. No recuerdo que saludase a nadie en el jardín de Luxemburgo ni en el Barrio Latino, donde todos más o menos se conocían. Jamás le escuché el nombre de un solo conocido ni de un artista. Jamás lo vi borracho, y nunca olía a vino. Por lo visto, comenzó a beber más tarde, pero el

hachís ya figuraba de algún modo en lo que me contaba. Por lo visto, no tenía ninguna amiga íntima por aquel entonces. Jamás contaba historias sobre enamoramientos anteriores (algo que, lamentablemente, hacen todos). Conmigo nunca hablaba de nada terrenal. Era cortés, pero esto no era resultado de una educación casera, sino de un espíritu elevado.

Por aquella época hacía esculturas, trabajaba en un pequeño patio junto a su taller, en el desierto callejón se oía el golpetear del mazo. De las paredes de su taller colgaban retratos de un largo increíble (según creo recordar, del techo al suelo). Nunca los he visto en reproducciones. ¿Se habrán conservado? Llamaba a su escultura *la chose*, y fue expuesta, me parece, en los Indépendents de 1911. Me pidió que fuera a verla, pero no se me acercó en la exposición porque yo no estaba sola, me acompañaban unos amigos. En la época de mis grandes pérdidas también desapareció la fotografía que me regaló de aquella escultura.

Por aquellos años, Modigliani había perdido la cabeza con Egipto. Me llevaba al Louvre, a la salas egipcias, y afirmaba que todo lo demás, *tout le reste*, no merecía la pena verlo. Dibujaba mi cabeza ataviada como una reina o bailarina egipcia y estaba completamente cautivado por el gran arte de Egipto. Por lo visto, Egipto fue su última pasión. Muy pronto se haría tan original, que a uno no le viene nada a la mente cuando mira sus telas. Ahora, este período de Modigliani lo llaman *période nègre*.

Él decía «Les bijoux doivent être sauvages» (en alusión a mis collares africanos), y me pintaba ataviada con ellos.

Me llevaba a ver *le vieux Paris derrière le Panthéon*, por la noche, con luna. Conocía bien la ciudad, pero de todos modos una vez nos perdimos. Me dijo: «J'ai oublié qu'il y a une île au milieu^[27]». Fue él quien me enseñó el *verdadero* París.

Con relación a la Venus de Milo, decía que las mujeres bien proporcionadas, las que vale la pena esculpir y pintar, siempre parecen torpes cuando están vestidas.

Cuando llovía (en París llueve a menudo), Modigliani salía con un enorme paraguas negro, muy viejo. A veces nos sentábamos bajo ese paraguas en el banco del jardín de Luxemburgo; caía una lluvia cálida de verano, cerca dormitaba *le vieux palais à l'italienne*, y nosotros recitábamos a dos voces Verlaine, que yo me sabía de memoria, alegres porque recordábamos los mismos poemas.

En cierta monografía americana leí que posiblemente Beatrice X. fue la mayor influencia de Modigliani, aquella misma que lo llama *perle et pourceau*^[28]. Puedo y estimo indispensable testificar que Amedeo ya era alguien igual de ilustrado muchos años antes de conocer a Beatrice X., es decir, en el año 1910. Y es poco probable que una dama que llama cerdo a un gran pintor sea capaz de ilustrar a alguien.

El primer extranjero que vio en mi casa de la Fontanka mi retrato obra de Modigliani en noviembre de 1945, me dijo sobre él algo que «no puedo ni recordar ni olvidar», como dijo un célebre poeta, aunque refiriéndose a algo bien distinto. Las personas mayores nos mostraban por qué sendero del jardín de Luxemburgo paseaba Verlaine rodeado de una turba de seguidores desde «su café», donde a diario hacía

gala de su amaneramiento, hasta «su restaurante» a almorzar. Pero en 1911 por aquel sendero no paseaba Verlaine, sino un caballero alto con una impecable levita, tocado con un cilindro, con una cinta de la Legión de Honor, y los transeúntes murmuraban: ¡Henri de Régnier^[29]!

A nosotros este nombre no nos decía nada. De Anatole France, Modigliani (al igual, a propósito, que otros parisinos ilustrados) no quería ni oír hablar. Le alegraba ver que a mí tampoco me gustaba. Y Verlaine, en el jardín de Luxemburgo, sólo existía en forma de un monumento que fue desvelado ese mismo año. Sobre Hugo Modigliani simplemente me dijo: «Mais Hugo c'est déclamatoire».

*

En cierta ocasión, por lo visto no nos entendimos bien, y, al llegar al taller de Modigliani, no lo encontré y decidí esperarlo. Llevaba conmigo un ramo de rosas rojas. Sobre la puerta cerrada del taller, una ventana estaba abierta. Y sin nada que hacer, me puse a lanzar flores por aquella ventana hacia el interior del taller. Sin aguardar el regreso de Modigliani, me fui.

Cuando nos encontramos quiso saber, asombrado, cómo yo había podido entrar en la habitación si la llave la tenía él. Yo le expliqué lo que había ocurrido. «No puede ser, estaban tan preciosamente dispuestas...»

A Modigliani le gustaba pasear por París de madrugada, y con frecuencia, al oír sus pasos en el soñoliento silencio de la calle, yo me acercaba a la ventana y seguía con la vista su sombra a través de las persianas, pasando lentamente bajo mi ventana [...]

*

[...] Modigliani lamentaba mucho no poder entender mis versos, y sospechaba que escondían cierta maravilla, aunque eran sólo mis primeros tímidos intentos (por ejemplo, en *Apollón*, en 1911). De la pintura «apolínea» (como la que aparecía en la revista *El Mundo del Arte*)^[30] Modigliani se reía abiertamente.

A mí me asombró que Modigliani encontrara bella a una persona francamente fea e hiciera mucho hincapié en ello. Entonces pensé: «Seguramente él no ve las cosas como los demás».

En cualquier caso, eso que en París llaman moda, adornando esta palabra con bellos epítetos, Modigliani no solía notarlo.

Él me pintó no del natural, sino en su propia casa, y luego me regaló esos dibujos. Eran dieciséis. Me pidió que los enmarcara y los colgara en mi casa del Tsárskoye Seló. Se perdieron en esa misma casa en los primeros años de la revolución. Se salvó aquel en el cual, en menor grado, se presentían sus futuros «desnudos»... De lo que

más hablaba con él era de poesía. Ambos conocíamos mucho la francesa: Verlaine, Laforgue, Mallarmé, Baudelaire.

Luego conocí a un pintor, Aleksandr Tishler, a quien, como a Modigliani, le gustaba y entendía la poesía. ¡Algo muy raro entre los pintores!

Nunca me leyó a Dante. Quizá porque en aquel entonces todavía yo no sabía italiano.

En cierta ocasión dijo: «J'ai oublié de vous dire que je suis juif». Que había nacido cerca de Livorno, me lo dijo al momento, y también que tenía veinticuatro años, aunque tenía veintiséis [...]

*

En los años siguientes, cuando yo, segura de que una persona así no podía pasar inadvertida, les preguntaba a los recién llegados de París sobre Modigliani, la respuesta era la misma: «No lo conocemos, no hemos oído hablar de él».

Sólo una vez, N.S. Gumiliov, cuando por última vez viajamos a ver a nuestro hijo a Bezhetsk (en mayo de 1918), y mencioné el nombre de Modigliani, lo llamó «un monstruo ebrio» o algo por el estilo, y añadió que en París habían tenido un altercado porque Gumiliov, en cierta reunión, hablaba en ruso, y Modigliani protestó. Y pensar que a los dos les quedaban aproximadamente tres años de vida...

Modigliani despreciaba a los viajeros. Creía que los viajes son un sucedáneo de la verdadera acción. Constantemente llevaba en el bolsillo *Les chants de Maldoror*, un libro que entonces era una rareza bibliográfica. Contaba cómo había entrado en una iglesia rusa, durante el servicio matutino de Pascua, para ver una procesión, porque le gustaban las ceremonias fastuosas. Y cómo cierto señor, «por lo visto alguien muy importante (seguramente de la embajada)», le besó y le dijo: «¡Cristo ha resucitado!», Modigliani, al parecer, no entendió bien el significado de aquello...

Durante mucho tiempo pensé que nunca oiría hablar de él... Y sin embargo llegué a oír mucho...

*

A comienzos de la NEP^[31], cuando yo era miembro de la dirección de la Unión de Escritores, casi siempre nos reuníamos en el gabinete de Aleksandr Nikoláyevich Tíjonov^[32] (en Leningrado, en la calle Mojovaya 36, editorial Literatura Universal). Entonces se había restablecido el servicio postal con el extranjero, y Tíjonov recibía muchos libros y revistas extranjeras. Alguien (durante la sesión) me pasó un ejemplar de una revista francesa de arte. La abrí y vi una fotografía de Modigliani... Una crucecita... Un largo artículo, como una nota necrológica. Por él supe que era un gran artista del siglo xx (creo recordar que lo comparaban con Boticelli), que sobre él ya

había monografías en inglés y en italiano. Luego, en los años treinta, me habló mucho de él Ehrenburg, que le dedicó unos poemas en el libro *Versos sobre las vísperas*, y lo conoció en París años después que yo. También leí sobre Modigliani en Karko, en el libro *De Montmartre al Barrio Latino*, y una novela lamentable donde el autor lo asociaba con Utrillo. Puedo asegurar con toda certeza que ese híbrido en nada se parece al Modigliani de los años 1910 y 1911, y que lo que hizo ese autor pertenece a los métodos prohibidos.

Recientemente, convirtieron a Modigliani en protagonista de un filme francés bastante vulgar, *Montparnasse 19*. ¡Es algo muy amargo! ¡Me duele ver esas cosas!

Bólsbevo, 1958 - Moscú, 1964

Recuerdos sobre Aleksandr Blok

En Petersburgo, durante el otoño de 1913, el día en que en cierto restaurante homenajeaban a Verhaeren^[33], recién llegado a Rusia, en los cursos Bestuzhevski se celebró una gran velada privada (es decir, sólo para las asistentes a los cursos)^[34]. Unos de los organizadores tuvo la idea de invitarme. Yo debía estar en el homenaje a Verhaeren, a quien amaba tiernamente no por su célebre urbanidad, sino por su pequeño poema «Sobre un pequeño puente de madera en el fin del mundo». Pero imaginé el pomposo homenaje petersburgués en el restaurante, que por alguna razón siempre recordaban una comida de exequias, los fracs, el champán de buena calidad, y las frases en mal francés, y los brindis, y preferí a las alumnas de aquellos cursos.

A esa velada asistieron también damas patrañas, que habían dedicado su vida a la lucha por la igualdad de las mujeres. Una de ellas, la escritora Ariadna Vladímirovna Tyrkova-Berguézhskaya, que me conocía desde mi niñez, me dijo después de mi intervención: «Ánnuchka también alcanzó la igualdad para sí».

En el saloncito de los artistas me encontré a Blok.

Le pregunté por qué no estaba en el homenaje a Verhaeren. El poeta me respondió con una franqueza admirable: «Porque me habrían pedido que dijera unas palabras, y yo no sé hablar en francés».

Se nos acercó una alumna con una lista y me dijo que mi actuación sería después de la de Blok. Yo le imploré: «Aleksandr Aleksándrovich, yo no puedo leer después de usted». Me respondió con un reproche: «Anna Andréyevna, no somos un par de tenores». Por aquel entonces ya era el más conocido poeta de Rusia. Desde hacía dos años yo leía mis poesías en el Taller de los Poetas, y en la Sociedad de los Defensores de la Palabra Artística, y en la Torre de Viacheslav Ivánov, pero aquí todo era de otro modo.

En la misma medida en que la escena teatral oculta a la persona, el estrado la expone. El estrado tiene algo del cadalso. Quizá experimenté eso allí por primera vez. A quien actúa el público presente comienza a parecerle una hidra de mil cabezas. Es muy difícil dominar la sala. Zóschenko era un genio en este arte. También era bueno en el estrado Pasternak.

A mí nadie me conocía, y cuando salí se oyó una voz: «¿Quién es?». Blok me aconsejó leer «Aquí todos somos buenos bebedores». Me negué al principio: «Cuando leo “me puse una falda estrecha”, la gente se ríe». Él me respondió: «Cuando yo leo “y ebrios con ojos de conejos”, también se ríen».

Creo que fue no en esa velada, pero sí en alguna otra, cuando Blok, después de escuchar a Igor Severianin, volvió al saloncito de los artistas y me dijo: «Tiene una voz grasienta, de abogado». En uno de los últimos domingos del año 1913 fui a visitar a Blok con ejemplares de sus libros para que me los firmara. En cada uno escribió simplemente «A Ajmátova de Blok» [...] Y en el tercer tomo escribió un madrigal que me dedicó: «Le dirán, la belleza es horrible...». Yo nunca había tenido

un chal español, como el que describe él, pero por aquel entonces Blok había perdido la cabeza con Carmen y me hispanizó. Ni, lógicamente, jamás usé una rosa roja en el cabello. No por casualidad escribió este poema con la métrica hispana del romancero. Y durante nuestro último encuentro, tras las bambalinas del Gran Teatro Dramático, en la primavera de 1921, Blok se me acercó y me preguntó: «¿Dónde se ha dejado el chal español?». Ésas fueron las últimas palabras que le escuché.

*

Por cierto, en la única ocasión en que visité a Blok, le recordé que el poeta Benedikt Livshits se quejaba de que Blok, con su sola existencia, le impedía escribir poesía. Blok no se rió, sino que respondió absolutamente serio: «Lo entiendo. A mí me molesta para escribir Lev Tolstói».

En el verano de 1914 visité a mi madre en Dárnitsa, cerca de Kíev. A principios de julio volví a mi casa, a la aldea Slepniovo, pasando por Moscú. Subo en Moscú, me subo al primer tren postal que encuentro; fumo en la plataforma. En cierto momento, junto a un andén desierto, la locomotora frena, lanzan una saca con cartas. Ante mis ojos asombrados aparece Blok. Yo grito: «¡Aleksandr Aleksándrovich!». Él se vuelve, y como no era sólo un gran poeta, sino un maestro en el arte de preguntar con mucho tacto, inquiere: «¿Con quién viaja usted?». Yo alcanzo a decirle: «Sola». El tren arranca.

Hoy, cincuenta y un años después, abro el *Cuaderno de apuntes* de Blok y con fecha del 9 de julio de 1914, leo: «Fuimos con mamá a ver el sanatorio junto a Podsólnechnaya. El diablo se burla de mí: Anna Ajmátova en el tren postal».

(...) El *Cuaderno de apuntes* de Blok me hace pequeños regalos, sacando del abismo del olvido y devolviéndome fechas de sucesos ya casi olvidados: y otra vez el puente de madera Isákevskiy arde y navega hacia la desembocadura del Neva, y mi acompañante y yo miramos con horror este espectáculo nunca visto, y este día tiene una fecha: 11 de julio de 1916, anotada por Blok.

Otra vez, ahora después de la Revolución (21 de enero de 1919), me encontré en el comedor del teatro a un Blok enflaquecido con ojos de loco, que me dice: «Aquí todos nos encontramos como si estuviéramos en el más allá».

O bien nosotros tres (Blok, Gumiliov y yo) almorzamos (5 de agosto de 1914) en la estación ferroviaria del Tsárskoye Seló durante los primeros días de la guerra (Gumiliov ya vestía su uniforme de soldado). Blok estaba visitando a las familias de los movilizadas para ofrecerles ayuda. Cuando nos quedamos solos, Kolia me dijo: «¿Crees que también lo mandarán al frente? Porque sería lo mismo que freír ruiseñores».

Un cuarto de siglo después, en ese mismo Teatro Dramático, en la velada en memoria de Blok (1946), leí mis versos recién escritos:

Tiene razón: otra vez el farol, la farmacia^[35],
el Nevá, silencio, granito,
como un monumento a los comienzos del siglo,
se yergue allí su persona.
Cuando agitó su mano en un adiós
y acogió la languidez de la muerte
como un descanso inmerecido.

Octubre de 1965

Mandelshtam

(Hojas del diario)

[...] Mandelshtam era uno de los más brillantes conversadores que he conocido; no se escuchaba a sí mismo, como ahora hacen casi todos. En la conversación era considerado, ocurrente e infinitamente variado. Nunca escuché que se repitiera o «tocara discos rayados». Ósip Emílievich aprendía idiomas con una facilidad poco frecuente. Recitaba de memoria páginas enteras de la *Divina Comedia* en italiano. Poco antes de morir le pidió a Nadia que le enseñara inglés^[36], que desconocía por completo. Hablaba sobre poesía con brillantez cegadora, sin ser imparcial, y a veces hasta horriblemente injusto, por ejemplo, con Blok. Sobre Pasternak decía: «He pensado tanto en él que hasta me he cansado» y «Estoy seguro de que no se ha leído ni una estrofa mía».

Su mayor disgusto eran los lectores. Constantemente le parecía que los amantes de su poesía no eran quienes debían serlo. Conocía bien y recordaba los versos ajenos, a menudo se enamoraba de algunas estrofas, recordaba con facilidad lo que le leían. Le gustaba hablar de algo que llamaba su «estado idolátrico». A veces, con la intención de divertirme, contaba amables naderías. Nos hacíamos reír dejándonos caer sobre un diván que cantaba con todos sus muelles [...] y nos reíamos hasta el desmayo, como esas niñas en el *Ulises* de Joyce.

Conocí a Ósip Mandelshtam en la torre de Viacheslav Ivánov, en la primavera de 1911. Entonces era un jovencito delgado, con un lirio en el ojal, con la cabeza muy erguida y pestañas muy largas. Por segunda vez lo vi en casa de los Tolstói^[37], en el Staro Nevski, y no me reconoció. Alekséi Nikoláyevich comenzó a preguntarle cómo era la esposa de Gumiliov y Ósip señaló el gran sombrero que yo llevaba puesto. Temí que pudiera pasar algo irremediable, así que me presenté.

Ése es mi primer «Mandelshtam», el autor de *La piedra*, el libro de color verde (editorial Acme) que me regaló con la siguiente inscripción: «A Anna Ajmátova, una chispa de conciencia en el olvido de los días. Respetuosamente, el autor».

Con la encantadora ironía que le era propia, a Ósip le gustaba contar cómo el viejo judío dueño de la tipografía donde se imprimió *La piedra*, al felicitarlo por la aparición del libro, le apretó la mano y le dijo: «Joven, usted escribirá cada vez mejor y mejor».

Lo veo como a través de la rala niebla-humo de la isla Vasilievski y en el restaurante del ex Kinshi [...] donde, según la leyenda, Lomonósov pagó su bebida con la venta de un reloj que era propiedad del Estado^[38], y adonde nosotros (Gumiliov y yo) a veces íbamos a desayunar [...]

En los años diez nosotros, naturalmente, nos encontrábamos por todas partes: en las redacciones, en casa de conocidos, en los viernes del Hiperbóreo, en lo de

Lozinski, es decir, en El Perro Vagabundo, donde él, por cierto, me presentó a Mayakovski. En cierta ocasión, en El Perro, cuando todos comían y hacían sonar la vajilla, a Mayakovski se le ocurrió leer sus versos. Ósip Emílievich se le acercó y le dijo: «Mayakovski, deje de leer sus versos. Usted no es una orquesta rumana». Esto ocurrió ante mis ojos. Mayakovski, tan ingenioso, no supo qué responder, lo que luego contó divertidamente a Jardzhiev. En la Academia del Verso (en la Sociedad de los Defensores de la Palabra Artística, donde reinaba Viacheslav Ivánov) y en las reuniones hostiles a la Academia del Taller de los Poetas, donde Mandelshtam prontamente se convirtió en primer violín. Entonces escribió el misterioso (y no muy feliz) poema sobre el «Ángel negro en la nieve». Nadia afirma que se refiere a mí [...] Pero Ósip todavía «no sabía» (según su propia expresión) escribir versos «a las mujeres y sobre las mujeres». El «Ángel negro», probablemente, era su primera experiencia en este campo, y esto explica su semejanza con mis propias estrofas:

Afiladas las alas de los ángeles negros,
ya se avecina el juicio final,
y las hogueras color frambuesa
como rosas crecen en la nieve.
(De mi libro *Cuentas*)

Mandelshtam nunca me leyó esos versos [...]

*

Gumiliov valoró temprana y positivamente a Mandelshtam. Se conocieron en París. Véase el final del poema de Ósip sobre Gumiliov. Allí se dice que Nikolái Stepánovich tenía la cara empolvada y usaba cilindro [...]

Los simbolistas nunca lo aceptaron.

*

[...] Con bastante asiduidad Mandelshtam asistía a las reuniones del Taller, pero durante el invierno de 1913-1914 (después de que se disolviera el acmeísmo) el Taller comenzó a aburrirnos e incluso entregamos a Gorodetski una petición, escrita por mí y por Ósip, pidiendo su clausura. Serguéi Gorodetski escribió al margen de nuestra petición: «Colgarlos a todos y encarcelar a Ajmátova». Esto ocurrió en la redacción de *Apuntes del Norte*.

Como recuerdo de la estancia de Ósip en Petersburgo de 1920 [...] sobreviven, descoloridos como estandartes napoleónicos, carteles de aquel pasado, que anuncian veladas de poesía, y donde el nombre de Mandelshtam aparece junto al de Gumiliov

y Blok. En los años veinte los viejos anuncios de Petersburgo todavía colgaban en sus sitios, pero detrás de ellos, aparte de polvo, oscuridad y un cegador vacío, ya no quedaba nada. El tifus, el hambre, los fusilamientos, los apartamentos a oscuras, la leña mojada, la hinchazón de los rostros que hacían irreconocibles a las personas. En el Gostíný Dvor era posible recoger un gran ramo de flores de campo. Se podría el célebre entarimado de madera petersburgués. Junto a las ventanas que daban al sótano de Kraft todavía olía a chocolate. Todos los cementerios habían sido arrasados. La ciudad no sólo había cambiado, sino que se había convertido en su absoluto contrario. Y sin embargo se seguía amando los versos (sobre todo entre los jóvenes), casi igual que ahora (es decir, en 1964) [...]

*

Esbozo del natural

Con relación al poema «En escorzo», su historia es la que sigue: en enero de 1914, Pronin organizó una gran velada del Perro Vagabundo, pero no en su sótano, sino en una gran sala en la Koniúshnaya. Los habituales de siempre se perdían entre una enorme cantidad de personas «ajenas» (es decir, ajenos a cualquier arte). Hacía calor, había mucha gente, mucho ruido y nada tenía mucho sentido. Esto terminó por cansarnos, incluso a nosotros y (unas veinte o treinta personas) nos fuimos al Perro, en la plaza Mijáiloskaya. Allí estaba oscuro y fresco. De pie en el escenario, yo conversaba con alguien. Algunos de los presentes comenzaron a pedirme que leyera algo. Entonces, sin cambiar mi pose, leí algo. Se me acercó Ósip: «Qué bien estaba usted, y cómo recitaba», y algo más sobre mi chal.

Otro esbozo del natural fue el poema «Alterados los rasgos de su rostro». Yo me encontraba con Ósip Mandelshtam en la estación ferroviaria del Tsárskoye Seló (en los años diez). Él me observaba hablar por teléfono a través del cristal de la cabina. Cuando salí, me leyó cuatro estrofas.

*

Mandelshtam recibió la Revolución ya formado del todo y siendo, aunque en un círculo estrecho, un poeta famoso.

Fue uno de los primeros que comenzó a escribir versos sobre temas cívicos. Para él la Revolución fue un grandioso acontecimiento, y no es casual que la palabra pueblo figure en su poesía.

[...] Mandelshtam pasaba a verme con frecuencia. Tomábamos un coche y

paseábamos por los increíbles baches del invierno revolucionario, por entre las célebres fogatas, que ardieron casi hasta el mismo mayo, escuchando a veces el tabletear de los fusiles. Así viajamos a los espectáculos en la Academia de Artes, donde se celebraban veladas en favor de los heridos y donde ambos actuamos varias veces. Ósip Emílievich también me acompañó en el concierto de Butomo-Nazbanovaya, en el conservatorio, donde la cantante interpretó a Schubert (véase «Nos cantaron a Schubert...»). A ese período pertenecen todos los poemas dirigidos a mí [...] y esta predicción, que en parte se cumplió:

Alguna vez en la alegre capital
en una salvaje fiesta a orillas del Nevá
al son de un abominable baile
arrancarán un pañuelo de una hermosa cabeza.

Tras algunas vacilaciones, me decido a mencionar en estos apuntes cómo tuve que explicarle a Ósip que no debíamos vernos con tanta frecuencia, que esto podía dar a las gentes pie para malinterpretar nuestra relación. Después de esto, más o menos en marzo, Mandelshtam desapareció. Por aquel entonces la gente desaparecía y reaparecía, y esto no asombraba a nadie.

*

En Moscú, Mandelshtam se convirtió en colaborador permanente de *La Bandera del Trabajo*. Posiblemente, el misterioso poema «El teléfono» fue escrito por esa época [...]

Otra vez y absolutamente de pasada volví a ver a Mandelshtam en 1918. En 1920 una o dos veces me vino a ver a Serguéyevka (en Petersburgo), cuando yo trabajaba en la biblioteca del Instituto de Agronomía y también vivía allí. Fue entonces cuando supe que había sido arrestado en Crimea por los blancos y en Tbilisi por los mencheviques.

En el verano de 1924 Ósip Mandelshtam llevó a mi casa (en la Fontanka 2) a su joven esposa. Nadiusha era lo que los franceses llaman *laide, mais charmante*. A partir de ese día comenzó la amistad entre nosotras, que continúa hasta hoy día.

El amor de Ósip por Nadia era increíble, difícil de creer. Cuando la operaron de apendicitis en Kíev, no abandonó el hospital y todo el tiempo se alojó en el cuartucho del portero del hospital. No dejaba que Nadia se alejara ni un paso de él, no la dejaba trabajar, la vigilaba furiosamente, le pedía consejo sobre cada palabra que ponía en sus versos. Jamás he visto nada igual en toda mi vida. Las cartas de Mandelshtam dirigidas a ella que se conservan confirman completamente esta impresión mía.

En 1925 viví con los Mandelshtam en un mismo pasillo de la pensión de Zaitsev,

en el Tsárskoye Seló. Y tanto Nadia como yo estábamos muy enfermas, en cama, nos tomaban la temperatura, que siempre resultaba alta y, me parece, no salimos ni una vez a pasear por el parque aledaño. Ósip Emílievich viajaba cada día a Leningrado, donde intentaba conseguir un trabajo, dinero. Allí [...] me dictó sus recuerdos sobre Gumiliov. Durante un invierno la pareja (debido a la salud de Nadia) vivió en el Tsárskoye Seló, en el Liceo. Los visité allí varias veces. Solíamos salir a esquiar. Ellos querían vivir en el pabellón en semicírculo del Gran Palacio, pero allí tiraba mal la chimenea y goteaba del techo. Fue por eso por lo que se fueron al Liceo, que no le gustaba a Ósip [...]

La relación de Mandelshtam hacia Pushkin era algo nunca visto, casi amenazante; veo en ella como el punto máximo de una castidad sobrehumana. Todo pushkinista le era antipático. Nadie, incluida yo, ni Nadia, sabía que sus versos «El sol de ayer lo llevan en una camilla negra» provienen de Pushkin. Es algo que se esclareció al leer sus borradores (en los años cincuenta). «El último cuento», el artículo sobre *El gallo de oro* lo cogió él mismo de mi mesa, lo leyó y me dijo: «Toda una partida de ajedrez».

«Brillaba el sol de Aleksandr / cien años atrás brillaba para todos» (diciembre de 1917) es también una influencia, claro está, de Pushkin.

Visité a los Mandelshtam un verano, en la Aldea China, donde vivían con los Livshit. En la habitación no había absolutamente ningún mueble, y negreaban los huecos del entarimado podrido. A Ósip Emílievich no le interesaba nada que allí hubieran vivido Zhukovski y Karamzín^[39]. Estoy convencida de que al invitarme a comprar cigarrillos o azúcar, me decía a propósito: «Vamos a la parte europea de la ciudad», como si estuviéramos en Bajchisarái o en algún otro lugar exótico. La misma falta de atención se manifiesta en «allí sonreían los hulanos». En el Tsárskoye Seló jamás hubo hulanos; lo que si hubo fueron húsares, cipreses amarillos y escoltas.

*

En 1928 los Mandelshtam viajaron a Crimea. El 25 de agosto (día de la muerte de Nikolái Stepánovich [Gumiliov]), Ósip me envió una carta:

Querida Anna Andréyevna:

Le escribimos junto con P. N. Luzhnitski desde Yalta, donde los tres llevamos una espartana vida laboral. Ya queremos irnos a casa, verla a usted. Sepa usted que con sólo dos personas poseo la capacidad de sostener una conversación imaginada: con Nikolái Stepánovich y con usted. El diálogo con Kolia no se ha interrumpido y nunca lo hará. Volveremos a Petersburgo por un corto tiempo, en octubre. A Nadia le han desaconsejado pasar allí el invierno. Por puro egoísmo convencimos a P. N. de que se quedara en Yalta con

El sur y el mar le eran tan indispensables casi como Nadia.

De mar azul sólo quiero un palmo
pequeño como un ojo de aguja.

Sus intentos de establecerse en Leningrado no fructificaron. A Nadia no le gustaba nada que tuviera que ver con esta ciudad, donde vivía su querido hermano, Yevgueni Yákovlevich Jazin. A Ósip le parecía que en Moscú se le conocía, se le tenía estima, pero era absolutamente todo lo contrario [...]

En Moscú nadie quería saber de Mandelshtam, y aparte de dos o tres científicos naturalistas, Ósip Emílievich no mantenía amistad con nadie [...] Pasternak se las arreglaba a su manera, vivía angustiado, evitaba a los demás, sólo amaba a los georgianos y a sus «bellas esposas». La jefatura de la Unión de Escritores se comportaba de una manera sospechosa y taimada.

En otoño de 1933 Mandelshtam por fin recibió el apartamento (que cantó en sus versos). Tenía dos habitaciones, en un quinto piso sin ascensor, sin hornillo de gas ni bañera. Estaba situado en el callejón Naschókinski («un apartamento blanco como el papel») y parecía que su vida de vagabundo tocaba a su fin. Ósip compró libros, viejas ediciones de poetas italianos (Dante, Petrarca). Pero en realidad nada había terminado: todo el tiempo debía hacer llamadas, esperar cosas, confiar esperanzado en algo. Y siempre sin resultado alguno. Ósip Emílievich era enemigo de las traducciones de poesía. En ese mismo apartamento en la Naschókinski, en mi presencia, le dijo a Pasternak: «La colección de su obra completa estará compuesta por doce tomos de traducciones y un solo tomo de sus propios poemas». Mandelshtam sabía que en las traducciones se va la energía creativa, y era casi imposible obligarlo a traducir. En torno suyo aparecieron muchas personas turbias y casi siempre inútiles. A pesar de que aquéllos eran tiempos casi «vegetarianos», una sombra de infortunio yacía sobre aquella casa. Una vez (febrero de 1934) íbamos por la calle Preshístenka conversando no recuerdo sobre qué. Cuando doblamos al bulevar de Gógol, Ósip dijo: «Estoy preparado para morir». Hace veintiocho años que siempre recuerdo ese minuto cuando paso por allí.

Dejé de ver a Ósip y a Nadia por bastante tiempo. En 1933 alguien invitó a los Mandelshtam a Leningrado. Se alojaron en el hotel Europeo. Ósip tenía planeadas dos veladas. Acababa de aprender italiano y andaba loco con Dante, leía en voz alta páginas enteras. La conversación giró sobre el «Purgatorio». Leí un fragmento del canto xxx (la aparición de Beatrice):

Sopra candido ve cinta d'uliva
donna m'apparve sotto verde manto
vestita di coiordi fiamme viva

e lo spirito mi che gie contando
tempo era floto che alia sua preferenza
no era di stupor, tramando affracto.

Ósip rompió a llorar. Yo me asusté. «¿Qué le pasa?» «No, nada, sólo que esas palabras, y dichas con su voz». No me toca a mí recordar esto. Si Nadia quiere, que lo recuerde. Ósip me recitó de memoria fragmentos del poema de N. Kliúyev «Los detractores del arte», causa de la muerte del pobre Nicolái Alekséyevich [...] cuando yo decía algo negativo de Yesenin, Ósip me respondía que a Yesenin se le podía perdonar cualquier cosa por una única estrofa, en la que dice: «No fusilen a los infelices en las mazmorras».

En general no tenía de qué vivir: algunas traducciones a medias, reseñas a medias, promesas. A pesar de la censura, Ósip publicó en la revista *La Estrella* el final de su *Viaje a Armenia* (escrito imitando la vieja lengua armenia). La pensión casi no le alcanzaba para pagar el apartamento y comprar su cuota de racionamiento. Por entonces Mandelshtam cambió mucho su aspecto físico: ganó peso, encaneció, comenzó a oír mal, causaba la impresión de ser un viejo (cuando sólo tenía cuarenta y dos años), pero sus ojos brillaban igual que antes. Su poesía era cada vez mejor, la prosa también. Esa prosa tan mal escuchada, olvidada, sólo ahora ha comenzado a llegar a los lectores. Yo escucho constantemente, principalmente entre la juventud, que se vuelve loca por ella, que en todo el siglo xx nadie ha escrito así. Es la así llamada «cuarta prosa».

Recuerdo muy bien una conversación que mantuvimos entonces sobre poesía. Ósip Emílievich, a quien le resultaba insufrible lo que ahora llamamos culto a la personalidad, me dijo: «Los versos deben ser cívicos», y me leyó «Vivimos sin sentir el país a nuestros pies». Más o menos por aquella época surgió su teoría sobre «el conocimiento de las palabras». Mucho después afirmaba que los versos se escriben como resultado de fuertes conmociones, tanto placenteras como trágicas. Sobre sus versos en los que alaba a Stalin: «Yo quisiera decir no Stalin, Dzrugashvili» (1935?), me dijo: «Ahora comprendo que estaba como enfermo». Cuando le leí a Ósip mi poema «Te llevaron al amanecer» (1935), me dijo: «Le estoy muy agradecido». Estos versos pertenecen al *Réquiem* y hablan del arresto de N.N. Punin en 1935. Mandelshtam entendió (con toda razón) que los últimos versos del poema «Un poco de geografía» («Sobre la capital europea...») tenían que ver con él.

Es el primer poeta glorificado
por nosotros los pecadores y por ti.

El 13 de mayo de 1934 lo arrestaron. Ese mismo día, después de recibir un aluvión de telegramas y llamadas telefónicas, salí a casa de los Mandelshtam, en Moscú, desde Leningrado, donde poco antes había tenido lugar su altercado con Tolstói. Todos éramos tan pobres entonces que, para comprar el billete de regreso, me llevé mi orden de la Cámara de los Simios para venderla, la última entregada por Rémizov en Rusia (alguien me la entregó después de la huida de Rémizov, en 1921)^[40], y una estatuilla (obra de Danko, mi retrato, de 1924). Me las compró S. Tolstaya para el museo de la Unión de Escritores.

La orden de arresto había sido firmada por Yagoda en persona. El registro duró toda la noche. Buscaban poemas, pisaban los manuscritos sacados del baúl. Todos permanecimos sentados en una misma habitación, en medio de un gran silencio. En otro apartamento, el de Kirsánov, se oía el sonido de una guitarra hawaiana. Ante mis ojos, el juez de instrucción halló el poema «El lobo» y se lo mostró a Ósip Emílievich, que asintió en silencio^[41]. Al despedirse, me besó fraternalmente. Se lo llevaron a las siete de la mañana. Ya había amanecido. Nadia fue a ver su hermano y a los Chulkov, en el bulevar Smolenski: acordamos que nos encontraríamos por allí después. Volvimos a casa juntas, recogimos el apartamento y nos sentamos a desayunar. Otra vez llamaron a la puerta. Otra vez eran ellos, que regresaban; un nuevo registro. Yevgueni Yakóvlevich Jazin dijo: «Si vuelven al apartamento, también las arrestarán a ustedes». Pasternak, a quien yo había visitado ese día, fue a interceder por Mandelshtam al *Izvestia*, con Bujarin; yo fui al Kremlin con Enukidze. Entonces era casi un milagro poder entrar al Kremlin. Fue el actor Ruslanov quien me ayudó, a través del secretario de Enukidze. Éste estuvo bastante cortés, pero al momento me preguntó: «¿Quizá ha escrito algunos versos?». Nuestras gestiones aceleraron y, quizá, suavizaron el desenlace. Lo condenaron a tres años en Cherdin, donde Ósip se lanzó desde la ventana de un hospital, porque le pareció que habían llegado a arrestarlo (véanse las *Estancias*) y se rompió una mano. Nadia mandó un telegrama al Comité Central. Stalin ordenó reconsiderar el caso y permitió que escogieran otro lugar; luego llamó a Pasternak. Todo lo relacionado con esa conversación telefónica exige un análisis detallado.

[...] Nadia y yo consideramos que Pasternak, con su comportamiento, había sacado un notable alto. Lo demás se conoce demasiado bien [...] Y por esas mismas fechas [...] Serguéi Gorodetski dijo en una intervención esta frase inmortal: «Son estrofas de aquella Ajmátova que se pasó a la contrarrevolución», de modo que hasta en la *Gaceta Literaria*, debieron suavizar las palabras que en realidad había dicho el orador (véase la *Gaceta Literaria* de mayo de 1934). Al final de su carta a Stalin, Bujarin escribió: «Y Pasternak también está preocupado». Stalin comunicó que había

dado orden de que nada le sucediera a Mandelshtam. Le preguntó a Pasternak por qué había intercedido por Mandelshtam. «Si a mi amigo poeta le aconteciera una desgracia, haría todo lo posible por salvarle». Pasternak añadió que si no hubiera intercedido, Stalin no se habría enterado. «¿Por qué no se dirigió a las organizaciones de escritores?» «Las organizaciones de escritores no se ocupan de estos asuntos desde 1927». «Pero es amigo suyo, ¿no es así?» Pasternak no supo qué decir, y tras una breve pausa Stalin continuó su pregunta: «Pero ¿se trata de un maestro, de un maestro?». Pasternak respondió: «Eso no tiene importancia». Borís Leonídovich [Pasternak] pensó que Stalin lo estaba poniendo a prueba para saber si conocía el poema, y esto explica sus endebles respuestas. «No hacemos más que hablar de Mandelshtam. Hace tanto tiempo que quiero hablar con usted». «¿Sobre qué?» «Sobre la vida y la muerte». Stalin colgó el teléfono.

[...] Quince días después llamaron a Nadia y le dijeron que si quería reunirse con su esposo debía estar en la estación ferroviaria Kazanskaya. Todo había terminado. Nina Olshévskaya y yo salimos a reunir dinero para el viaje. Nos dieron mucho. Yelena Serguéyevna Bulgákova rompió a llorar y me puso en la mano todo el contenido de su monedero^[42]. A la estación fuimos Nadia y yo solas. Pasamos por la Lubianka a recoger los documentos. Hacía un día claro y luminoso. Desde cada ventana nos miraban los «bigotes de cucaracha» del «homenajeado^[43]». Tardaron mucho en traer a Ósip. Estaba en tan mal estado que no podía subir al coche celular. Mi tren a Leningrado estaba a punto de partir [...] Qué mal que no lo esperé y él no pudo verme, porque en Cherdyn comenzó a pensar que yo había muerto. Durante el viaje fueron custodiados por soldados, «aquellos aguerridos muchachos del GPU», que leían a Pushkin.

Por entonces se llevaban a cabo los preparativos para el Primer Congreso de los Escritores (año 1934), y a mí también me enviaron un formulario para que lo rellenara. El arresto de Ósip me había causado tal impresión que no atinaba a llenar aquel formulario. En el congreso Bujarin proclamó a Pasternak como el primer poeta (para horror de Demián Bédny)^[44], habló mal de mí y, lo más seguro, nada dijo sobre Ósip.

En febrero de 1936 visité a los Mandelshtam en Vorónezh y conocí todos los detalles de su «caso». Me contó cómo en un arranque de locura corrió por Cherdyn buscando mi cadáver fusilado, lo que iba anunciando en voz alta al primero que encontraba, y que pensaba que los arcos que habían levantado en honor a los héroes del *Cheliuskin* en realidad habían sido levantados en su honor^[45].

Pasternak y yo fuimos a ver al fiscal supremo de turno para interceder por Mandelshtam, pero entonces ya había comenzado el terror y todo fue en vano. Es asombroso que el espacio, la amplitud, la respiración profunda aparecieran en la poesía de Mandelshtam justamente en Vorónezh cuando estaba absolutamente privado de libertad.

Y en mi voz, después de la asfixia
resuena la tierra, mi última arma.

Al regresar de mi visita a los Mandelshtam, escribí el poema «Vorónezh». Éstos son los últimos versos:

Y en la habitación del poeta en desgracia
se turnan el miedo y la musa
mientras avanza una noche
que no conoce amanecer.

En Vorónezh, Ósip decía de sí: «Soy por naturaleza alguien que siempre espera. Por eso me siento todavía peor aquí».

A comienzos de los años veinte (en 1922), Mandelshtam atacó duramente mis versos en la prensa en dos ocasiones [...] Nunca toqué este asunto con él. Pero tampoco nunca me habló de cuánto elogió mis versos; sólo ahora lo he leído [...]

En Vorónezh, con no muy buenas intenciones, lo obligaron a dar una conferencia sobre el acmeísmo. No hay que olvidar qué dijo en 1937: «No reniego ni de los muertos ni de los vivos». Cuando le preguntaron: «¿Qué es el acmeísmo?», Mandelshtam respondió: «Nostalgia por la cultura mundial» [...] Todo lo que escribe en sus memorias *Inviernos petersburgueses* Georgui Ivánov, quien dejó Rusia al comienzo mismo de los años veinte y no conoció al Mandelshtam ya adulto, es mezquino, vacío e insignificante. No es nada difícil escribir memorias así. No se necesita ni memoria propiamente dicha, ni atención, ni amor, ni sentido de la época. Todo vale y todo lo acepta con gratitud el consumidor poco exigente. Lo peor es, claro está, que a veces esto pasa a trabajos serios de investigación literaria [...] Y en lugar de la figura trágica de un poeta inusual, el cual en su exilio en Vorónezh continuó escribiendo poemas de belleza y fuerza indescriptible, tenemos a un «loco de la ciudad», a un timador, a un ser caído bajo. Y todo esto en un libro publicado bajo la égida de Harvard, la mejor y más venerable, etc., universidad de Estados Unidos, por lo que felicito de todo corazón a la mejor y más venerable universidad de Estados Unidos.

¿Era un extravagante? Sin duda. Por ejemplo, llegó a expulsar a un joven poeta que fue a quejarse de que no lo publicaban. Cuando el confundido joven bajaba las escaleras, Ósip, desde el rellano, le gritaba: «¿Y a Andre Chenier, lo publicaban? ¿Y a Safo la publicaban? ¿Y a Jesucristo lo publicaban?».

Artur Serguéyevich Lurié, un amigo cercano de Mandelshtam, y quien de manera muy digna escribió sobre la relación de Mandelshtam con la música, me contó (en los años diez) que en cierta ocasión iba con Mandelshtam por la avenida Nevski y vieron a una dama de extraordinaria belleza. Ósip, muy ocurrente, le propuso a su acompañante: «Quitémosle todo a esta dama y démoselo a Anna Andréyevna...» [...]

Páginas inéditas de los «Recuerdos sobre Mandelshtam»

¿Por qué ciertos escritores de memorias, de una especie particular, recogen y conservan con tanto cuidado y amor cualquier chisme, cualquier historia inventada que resulta atractiva, principalmente, desde el punto de vista de un hombre ordinario, y no inclinan su cabeza ante un acontecimiento tan inmenso y sin causa aparente como es la aparición de un poeta cuyos primeros versos asombran por su perfección y parecen no tener continuidad alguna?

Mandelshtam no tiene maestro. Sobre esto valdría la pena reflexionar. En la poesía mundial no conozco un hecho semejante. Conocemos las fuentes de Pushkin y de Blok, pero ¿quién nos podría decir de dónde proviene esa divina armonía que llamamos la poesía de Mandelshtam?

*

En mayo de 1937 Mandelshtam regresó a Moscú, a «su casa», en la calle Naschokin. Por aquel entonces yo estaba de visita en el apartamento de los Árdov, en ese mismo edificio de apartamentos. Ósip ya estaba enfermo, pasaba mucho tiempo acostado. Me recitó todos sus versos, pero no dejó que nadie los pusiera por escrito.

Ya hacía un año que el terror se iba intensificando. Una de las dos habitaciones de los Mandelshtam había sido ocupada por una persona que escribía falsas delaciones contra ellos, y pronto se les hizo imposible aparecer hasta en su propio apartamento. A Ósip no le permitieron quedarse en la capital. J. le dijo: «Usted es demasiado nervioso». No había trabajo para él. Cuando venían de Kalinin se sentaban en el bulevar. Posiblemente fue entonces cuando Ósip le dijo a Nadia: «Es necesario saber cambiar de profesión. Ahora somos pordioseros» y «a los pordioseros el verano les resulta más llevadero».

Aún no has muerto, aún no estás solo
mientras con tu amiga pordiosera
disfrutas tú, semejante en grandeza,
de la niebla, del frío y la ventisca.

Vi a Mandelshtam por última vez durante el otoño de 1937. Los dos —él y Nadia— llegaron a Leningrado y se quedaron dos días. Era un tiempo apocalíptico. La desgracia nos mordía los talones. Los Mandelshtam no tenían dinero. Ya no tenían absolutamente donde vivir. Ósip respiraba con dificultad, parecía pescar aire con los labios. Yo fui a verlos no recuerdo adonde. Todo parecía pasar como en un sueño horrible. Alguien que los visitó después de mí comentó que el padre de Ósip Emílievich (el «abuelo») no tenía ropa de invierno. Ósip se quitó el suéter que llevaba

bajo el abrigo y se lo dio para que se lo hicieran llegar a su padre. Mi hijo me cuenta que durante la instrucción a él le leyeron las declaraciones de O.E. sobre él y sobre mí, y que eran intachables. ¿Cuántos de nuestros contemporáneos podrían decir lo mismo? No muchos, lamentablemente. Por segunda vez lo arrestaron el 2 de mayo de 1938, en un sanatorio para enfermos de los nervios cerca de la estación ferroviaria de Charusti (en el auge del terror). Para aquel entonces mi hijo ya llevaba dos meses preso en la Shpalérnaya (desde el 10 de marzo). Todo el mundo hablaba en voz alta de las torturas. Nadia viajó a Leningrado. Sus ojos tenían una expresión horrible. Me dijo: «Sólo me calmaré cuando me digan que ha muerto».

*

Ahora Ósip Mandélshtam es un gran poeta, reconocido por todos. Se escriben libros sobre él, se defienden tesis doctorales. Es un honor ser su amigo y una vergüenza su enemigo. Para mí no es sólo un gran poeta, sino una persona que al saber (posiblemente por Nadia) lo mal que me encontraba yo en la casa de la Fontanka, me dijo al despedirse (en la estación ferroviaria de Leningrado): «Ánnuchka (jamás me había llamado así), no olvide nunca que mi casa es su casa». Esto sólo pudo haber ocurrido inmediatamente antes de su muerte, es decir, en 1938.

Komarovo, 8 de julio de 1963

Sobre Pushkin

Mi antecesor, P. E. Shógolev, pone punto final a su obra sobre el duelo y la muerte de Pushkin con una serie de consideraciones sobre por qué la alta sociedad, sus representantes, odiaban al poeta y lo excluyeron como un cuerpo extraño de su propio medio. Hoy ha llegado el momento de darle vuelta a este tema y hablar en voz alta no de lo que ellos hicieron con él, sino de lo que él les hizo a ellos.

Después de tal océano de suciedades, traiciones, mentiras, indiferencia de los amigos y simples tonterías de las poletikas y las no poletikas^[46], de los parientes de los Stróganov, de los idiotas oficiales de caballería que convirtieron la historia de D'Anthés en *une affaire de régiment* (un asunto de honor de su regimiento), de los mojigatos salones de Nesselrode y demás, de la excelentísima corte, que espiaba por todas las cerraduras, de los grandes consejeros secretos miembros del consejo estatal, a quienes no les avergonzó organizar una vigilancia policial secreta del genial poeta, después de todo esto, qué ceremonioso y sublime es ver cómo este estirado, desalmado («cerdo», como decía el mismo Aleksandr Serguéyevich) y, lógicamente, analfabeto Petersburgo fue testigo del hecho de que, al escuchar la fatal noticia, miles de personas se lanzaron a la casa del poeta y allí se quedaron para siempre junto con toda Rusia.

«Il faut que j'arrange ma maison», dijo Pushkin agonizante.

Dos días después su casa se convirtió en un santuario para todo el país, y la alta sociedad jamás presenció victoria más completa y brillante que aquella.

Toda la época (a regañadientes, claro está), poco a poco, comenzó a llamarse pushkiniana. Todas las bellezas, las baronesas, las anfitrionas de los salones, las damas de los oficiales de caballería, los miembros del palacio imperial, los ministros, los generales *en chef* y no *en chef*, poco a poco comenzaron a ser llamados contemporáneos de Pushkin y luego simplemente quedaron enterrados en los ficheros y en los índices onomásticos (con sus falsas fechas de nacimiento y muerte consignadas) de las ediciones de los libros de Pushkin.

Pushkin triunfó sobre el tiempo y el espacio.

Se dice: «La época de Pushkin», «El Petersburgo de Pushkin». Y esto es algo que no tiene una relación directa con la literatura, es algo completamente distinto. En las salas de los palacios, donde ellos bailaban y chismorreaban sobre el poeta, cuelgan sus retratos y se guardan sus libros, mientras que sus pálidas sombras han sido expulsadas de allí para siempre. Al hablar de sus magníficos palacios y villas, se dice: «Aquí estuvo Pushkin», o: «Aquí no estuvo Pushkin». Todo lo demás no interesa a nadie. El emperador Nikolái Pávlovich con sus pantalones blancos, posa muy augustamente frente a la fachada del museo Pushkin; manuscritos, diarios y cartas adquieren valor si en ellos aparece la palabra mágica «Pushkin» y, lo que es más horrible para ellos, pudieron escuchar de labios del poeta:

No deberéis responder de mí,
podéis por ahora dormir tranquilamente.
La fuerza da derecho, sólo vuestros hijos
por mí os maldecirán.

Y en vano la gente piensa que decenas de monumentos hechos por los hombres
pueden sustituir aquel único *aere perennius* que ningún humano ha podido crear.

EPÍLOGO

Recordando a Anna Ajmátova

Conversaciones de Joseph Brodsky con Salomón Vólkov^[47]

VÓLKOV: La memoria humana es algo bastante frágil. Hablas con las personas y ves cómo los acontecimientos de un pasado aún reciente se diluyen y sus contornos se vuelven cada vez más imprecisos. Quisiera reconstruir en nuestra conversación ciertos detalles y rasgos relacionados con Ajmátova e intentar hacerlos volver de la nada, del olvido.

BRODSKY: Con mucho gusto, si es que no han desaparecido sin dejar huella. No creo que pueda responder a todas las preguntas, pues todo lo que se refiere a Ajmátova es parte de la vida, y hablar de ésta es sumamente difícil, como querer que un gato se agarre la cola.

Algo sí le diré: cada encuentro con Ajmátova resultó para mí una vivencia fundamental. Percibías físicamente que estabas en presencia de alguien mejor que tú, alguien mucho mejor, y más aún, de alguien que con sólo hablar te transformaba. Sólo el tono de su voz o un giro de su cabeza bastaban para convertirlo a uno en *homo sapiens*. Nada igual me había ocurrido antes ni creo que me haya ocurrido después. Tal vez porque yo entonces era joven y las etapas de un desarrollo no se repiten.

Conversando con ella, tomando té o vodka con ella, te convertías más rápidamente en cristiano —en persona, en el sentido cristiano de esta palabra— que leyendo los textos sagrados correspondientes o yendo a la iglesia. Y el papel del poeta en la sociedad, en gran medida, se reduce precisamente a esto.

*

VÓLKOV: ¿Cuándo y en qué circunstancias conoció a Ajmátova?

BRODSKY: Fue, si mal no recuerdo, en 1961; o sea, yo tenía veintiún años, más o menos. Yevgueni Rein me llevó a su dacha. Lo más interesante es que no recuerdo con precisión el comienzo de estos encuentros. Yo era incapaz de darme cuenta con quién estaba tratando; para colmo, Ajmátova había elogiado algunos de mis versos, pero esos elogios en particular nunca me interesaron. Fue así que en dos o tres ocasiones visité su dacha con Rein y Naiman. Y sólo un buen día, volviendo de visitarla, mientras viajaba en un tren totalmente lleno,

comprendí de pronto —como si un fino velo cayese de mis ojos— quién era aquella mujer, y más exactamente, lo que ella representaba. Me vinieron a la mente algunas de sus frases, recordé el giro de su cabeza, y de pronto todo ocupó su lugar.

Desde entonces, aunque no puede decirse que fuese un *habitué* de Ajmátova, nos veíamos con frecuencia. Incluso durante un invierno alquilé una dacha en Komarovo. Nos veíamos entonces todos los días. No se trataba de una afinidad literaria, sino más bien humana, y —me atrevería a decir— de un afecto mutuo.

Una vez ocurrió algo maravilloso. Estábamos sentados en la veranda donde tenían lugar todas las conversaciones y también los desayunos, las cenas y todo lo demás, cuando Ajmátova dijo de pronto: «En general, Joseph, no lo entiendo; a usted no pueden gustarle mis versos». Yo, desde luego, protesté vivamente, le dije que sucedía todo lo contrario. Pero ahora, en cierto modo, me doy cuenta, en retrospectiva, de que no se equivocaba. O sea, aquellas primeras veces que fui a verla no me interesaban mucho sus versos. Incluso apenas los había leído. A fin de cuentas, yo era un joven soviético normal. Su «Rey de ojos grises» no me decía nada, como tampoco «La mano derecha» ni «El guante de la mano izquierda» representaban, a mi entender, grandes logros poéticos. Así pensaba hasta que tropecé con sus poemas posteriores.

*

VÓLKOV: A Ajmátova le gustaba leer sus versos, no en el escenario, sino a personas allegadas. ¿Después les preguntaba su impresión?

BRODSKY: Sí, ella leía, mostraba lo que había escrito y siempre se interesaba mucho por nuestra opinión. Nos reuníamos y hacíamos correcciones Tolia [Naiman], Zhenia [Rein], Dima [Bóbyshev] y yo. Hablábamos de lo que a nuestro entender no había salido bien. Sí, esto ocurría, aunque no con frecuencia.

VÓLKOV: ¿Y Ajmátova estaba de acuerdo?

BRODSKY: Sin lugar a dudas. Ella escuchaba con mucha atención nuestras consideraciones.

VÓLKOV: ¿Podría señalar un caso concreto?

BRODSKY: Recuerdo una observación hecha por Naiman a la «Oda a Tsárskoye Seló». En un verso decía lo siguiente: «Tomaban agua regia (*tsarskaya vodka*)». Al oír esto, Naiman le dijo: «Anna Andréyevna, se equivoca, el agua regia es un óxido». No recuerdo bien de qué, pero sé que se refería sin darse cuenta a una combinación química cáustica, lo cual era claro para Naiman, que era técnico químico. Como Ajmátova no había querido decir esto, sino hablar de otro tipo de vodka, lo corrigió de esta manera: «Bebieron vodka hasta altas horas de la noche». Y así, se hacían correcciones, incluso en los versos más importantes.

VÓLKOV: ¿También les leyó el *Poema sin héroe*?

BRODSKY: Sí, muchas veces. Sobre todo, los nuevos fragmentos que añadía. Y todo el tiempo preguntaba si servían o no. Constantemente estaba retocando y reescribiendo ese poema.

Recuerdo cuando leí el *Poema sin héroe* en su primera versión. Me emocioné mucho. Luego, a medida que el poema aumentaba, se me empezó a hacer demasiado aparatoso. Puedo formular mi impresión de forma bastante exacta con ayuda de una sentencia que no es mía: «Lo mejor del *Poema sin héroe* es que no ha sido escrito para alguien, sino para ella misma».

VÓLKOV: Tengo la impresión de que a Ajmátova le preocupaba mucho esta obra, y cómo los demás la percibirían.

BRODSKY: Puede ser. Pero en realidad uno siempre escribe, en primer lugar, precisamente para uno mismo. Desde luego, Ajmátova estaba muy interesada en saber cómo reaccionarían los demás ante su *Poema* y hasta qué punto lo comprenderían. Pero todo este proceso de adiciones y correcciones tenía más que ver con ella misma que con las reacciones externas.

Ante todo, Ajmátova estaba poseída por su propio metro. Yo recuerdo que me aconsejaba: «Si quiere escribir un gran poema, ante todo invente su metro, como hacen los ingleses». Y, en efecto, los ingleses saben hacerlo: casi cada poeta tiene su propio metro, Byron, Spencer, etc.

Ajmátova solía decir: «¿Qué fue lo que echó a perder a Blok en “Retribución”? El poema puede ser magnífico, pero el metro no es suyo. Y este metro ajeno engendra un eco inapropiado que lo oscurece todo».

Este principio es muy saludable. Por una parte, desde luego, Ajmátova estaba dominada por su propio invento. Pero el poeta no escribe versos todos los días. Y cuando no se escriben versos, vivir —según palabras de la propia Ajmátova— se vuelve «muy incómodo». Es natural que Ajmátova volviera constantemente a su propio metro, a su propio ritmo. O mejor, su metro volvía a ella como un sueño o como la respiración. Y entonces comenzaban todos esos arreglos e inserciones.

En segundo lugar, la corrección, la redacción, la composición, el juego con los últimos fragmentos pueden llegar a convertirse en un fin en sí mismo. Es algo que te puede embrujar hasta hacerte enloquecer. Y, por supuesto, a ella le interesaba muchísimo cómo veían todo esto los lectores.

Poco a poco se creó una situación en la que nosotros, los lectores más cercanos del *Poema sin héroe*, y la propia Ajmátova estábamos más o menos al mismo nivel. O sea, ya no estábamos en condiciones de juzgar si cada fragmento del *Poema* estaba o no en su lugar. Te ves envuelto en una dependencia tal de esta música que ya no comprendes las proporciones del conjunto. Pierdes la capacidad de enfocar ese conjunto de forma crítica. Creo que si Ajmátova todavía viviera, continuaría añadiendo líneas a su *Poema sin héroe*.

VÓLKOV: ¿No le parece que con el *Poema sin héroe* ocurrió algo paradójico? Ajmátova lo concibió en realidad «para ella misma». Para el lector ajeno o extraño, su argumento y sus alusiones resultan bastante enigmáticos...

BRODSKY: ¡Pero todo eso es bastante fácil de descifrar!

VÓLKOV: Sin embargo, el *Poema* exige, más que cualquier otro poema ruso, de un lector con cierta preparación...

BRODSKY: En la poesía rusa existe la tendencia, dictada por las dimensiones del país, por la cantidad de población, etc., a considerar que el poeta trabaja para un amplio auditorio. De esta ilusión hemos participado todos sin excepción, de una u otra manera, por lo menos en determinada etapa de nuestro desarrollo. En mayor o menor grado, todos hemos pensado alguna vez: «Tengo un gran auditorio». Con frecuencia, el movimiento en el espacio nos libera, entre otras cosas, de esta ilusión.

Voluntaria o involuntariamente, cualquier autor ruso experimenta esta presión: escribir para un amplio auditorio. Pero, por otra parte, cualquier poeta más o menos formado reconoce, en lo más profundo de su alma, que no trabaja para el público, que escribe porque se lo dicta el lenguaje o eso que el pueblo llama «la musa». Y que lo hace en beneficio de su lenguaje, por la musicalidad de las palabras, de los sufijos, para lograr una armonía. No para un auditorio.

Así que, en el caso del *Poema sin héroe*, no veo ninguna contradicción. Desde luego, a Ajmátova le interesaba conocer la reacción de quienes la escuchaban. Pero si ella se hubiera preocupado ante todo por el alcance de la interpretación del *Poema*, no habría añadido tantos pequeños detalles. Por supuesto que Ajmátova cifraba conscientemente algunas cosas en el *Poema*. En este juego, jugar era interesante y, en determinada situación histórica, simplemente necesario.

*

VÓLKOV: Usted ha mencionado que Tsvietáieva llamaba a Ajmátova «la Dama». Parece que usted, con sus experiencias —la fábrica, el trabajo en la morgue, las expediciones geológicas—, era más bien una excepción en aquel medio. Porque, en general, la vida que llevó no es la que suele llevar el poeta ruso en su tierra natal, donde le espera la cárcel, la miseria o el trabajo de jornalero...

BRODSKY: En realidad, yo vivía como todo el mundo. La sociedad rusa, con todos sus defectos, era un poco más democrática en cuanto a clase social.

VÓLKOV: Con frecuencia, el poeta ruso resulta ser más democrático en sus versos que en la vida real. En uno de sus primeros poemas, Ajmátova dice: «De rodillas en el huerto / riego el armuelle». Lidia Guinzburg recordaba que, como se hizo evidente más tarde, Ajmátova no sabía ni siquiera qué aspecto tenía esa planta.

Siempre estaba rodeada de intelectuales.

BRODSKY: Eso está lejos de ser cierto. El escritor ruso nunca se ha apartado realmente del pueblo. En el medio literario hay un montón de gentuza, pero en el caso de Ajmátova, ¿qué hace usted con su experiencia de los años treinta y también después: «Cómo, la número trescientos, esperarías^[48]»? ¿Y todas esas personas que se le acercaban? No eran necesariamente poetas ni ingenieros ni técnicos ni dentistas quienes coleccionaban sus versos. Y en general, ¿qué es el pueblo? Las mecanógrafas, las niñeras, las enfermeras y todas esas viejecitas que se le acercaban. ¿Qué más pueblo quiere usted? No, se trata de una categoría falsa. El escritor es en sí mismo el pueblo. Tomemos, por ejemplo, a Tsvietáieva, su miseria, sus viajes cargando los bultos durante la guerra civil... En realidad, ningún poeta ha logrado apartarse del pueblo en ningún lado, mucho menos en nuestro querido país natal.

VÓLKOV: En los últimos años de su vida, Ajmátova se volvió más asequible...

BRODSKY: Sí, en Komarovo y en Leningrado mucha gente la visitaba casi a diario. Sin hablar de lo que sucedió en Moscú, donde a toda esta Babel se le llamó «la ajmátovka». En Moscú, Ajmátova paraba en casa de distintas personas: en Sokólniki, en casa de Liubov Davídovna Bolshintsova, viuda de Sténich, destacado traductor, y dama por sí misma bastante notable; en Bolshaya Meschánskaya, en casa de la viuda y la hija del poeta Shengueli; en casa del profesor Západoy, especialista en el clasicismo ruso —Lomonósov, Derzhavin, Suvórov—, y en casa de Lidia Kornéyevna Chukóvskaya. Pero sobre todo en casa de los Árdov, en Ordinka.

VÓLKOV: ¿Podría describirme en detalle qué era la «ajmátovka»?

BRODSKY: Era, en primer lugar, un continuo ir y venir de personas, sobre todo en casa de los Árdov. Y por la tarde había una mesa, detrás de la cual se sentaban el zar y su hijo, el rey y el príncipe. El propio Árdov, con todos sus defectos, era un hombre de gran ingenio. También toda su familia, la esposa Nina Antónovna y los niños Borís y Mijaíl. También sus amistades, muchachos moscovitas de buenas familias. Por lo general, se trataba de periodistas que trabajaban en importantes agencias de noticias, como la Nóvosti. Gente bien vestida, experimentada, un poco cínica y muy alegre. Gente sorprendentemente aguda, a mi entender. En toda mi vida nunca me he encontrado con personas más ingeniosas. No recuerdo haber reído más que entonces, en la mesa de los Árdov. Éste es, por cierto, uno de mis recuerdos más felices. Con frecuencia, tenía la impresión de que la gracia y el ingenio eran el único contenido de la vida de estas personas. Creo que nunca los envolvió la melancolía ni la tristeza, pero puede que esté siendo injusto en este caso. Lo cierto es que adoraban a Ajmátova.

También venían otras personas: Koma Ivánov, el genial Shimon Markish, redactores, críticos de teatro, ingenieros, traductores, críticos literarios, viudas...

es imposible mencionarlos a todos. Y a eso de las siete o las ocho, aparecían las botellas sobre la mesa.

VÓLKOV: A Ajmátova le gustaba beber. No mucho, aunque...

BRODSKY: Sí, unos doscientos gramos de vodka por la noche. No tomaba vino por la misma razón por la que yo tampoco suelo hacerlo: la resina de la uva estrecha los vasos sanguíneos, mientras que el vodka los ensancha y mejora la circulación de la sangre. Ajmátova tenía problemas cardíacos. Ya para entonces había sufrido dos infartos. Luego vino el tercero...

Ajmátova era una excelente bebedora. Si alguien sabía beber, eran ella y Auden. Recuerdo un invierno que pasé en Komarovo. Cada tarde me enviaba a mí o a cualquiera de los otros a buscar una botella de vodka. Desde luego, en ese círculo había personas que no toleraban esto. Lidia Chukóvskaya, por ejemplo. En cuanto ella anunciaba su aparición, se escondía el vodka y en todos los rostros se advertía una expresión singular. La tarde continuaba en un ambiente de suma corrección y decencia, de manera puramente intelectual. Después que se marchaba la abstemia, sacábamos nuevamente el vodka de debajo de la mesa. Por lo general, la botella se ponía cerca de la estufa. Y Ajmátova pronunciaba siempre la misma frase: «Ya se ha calentado».

Recuerdo nuestras interminables discusiones a propósito de las botellas que se terminaban o no. De vez en cuando, surgían dolorosas pausas en nuestras conversaciones: usted está sentado frente a una gran persona y no sabe qué decir. Comprende que le está haciendo perder el tiempo. Y entonces pregunta algo sólo para llenar ese silencio. Recuerdo muy bien una vez que le pregunté algo sobre Sologub, en qué año había sucedido determinado hecho. Ajmátova ya se había acercado la copita a los labios. Al escuchar mi pregunta dio un sorbo y respondió: «El 17 de agosto de 1921», o algo por el estilo. Y se bebió el resto.

VÓLKOV: Cuando le servían a Ajmátova, siempre le preguntaban cuánto. Y ella con la mano mostraba hasta donde. Y como su gesto siempre era lento y majestuoso —como todo lo que ella hacía—, daba tiempo a llenarle la copa hasta los bordes. Pero Ajmátova no se oponía... Usted ha dicho que visitaban a Ajmátova las personas más diversas. Probablemente muchas de ellas, según la costumbre rusa, no buscaran sólo sus consejos poéticos, sino también su experiencia de la vida. ¿Lo cree así? BRODSKY: Recuerdo un episodio muy típico. Tuvo lugar un invierno en que yo había ido a ver a Ajmátova a Komarovo. Estábamos bebiendo y charlando cuando, de pronto, entra una poeta con todo el aire de una dama y exclama: «¡Oh! ¡No aguanto más!». En seguida Anna Andréyevna la condujo hasta un pequeño cuarto. Durante algunos instantes se escucharon sollozos. Era evidente que esta poeta no había venido a leer sus versos. Transcurrió media hora... Por fin, Ajmátova y la dama salieron de detrás de una cortina. Cuando la última se fue, le pregunté a Ajmátova: «¿Qué pasa?». Y ella respondió: «Lo de siempre. Yo prestando los primeros auxilios».

Muchas personas se acercaban a Ajmátova con sus penas, sobre todo mujeres. Y ella las consolaba, las calmaba, les daba consejos prácticos. No sé cuáles eran esos consejos, pero sí sé que tenerla para contarle sus problemas les servía de terapia.

*

VÓLKOV: ¿Cuándo vivió usted en Komarovo?

BRODSKY: Creo que fue durante el otoño y el invierno del 62 al 63. Alquilé la casa de campo del difunto académico Berg, con quien había estudiado mi padre.

VÓLKOV: ¿Existe alguna «mística» acerca de Komarovo? ¿O es que el lugar no era tan atractivo en sí mismo y sólo se hizo célebre gracias a Ajmátova?

BRODSKY: En Komarovo estaba simplemente la Casa de los Escritores. Allí vivía Víktor Zhirmunski, con quien nos reuníamos a menudo. Cerca de Ajmátova se instaló un hombre muy querido y, a mi entender, bastante buen traductor, sobre todo de lenguas orientales: el poeta Aleksandr Guitóvich. En verano llegaba también mucha gente y se organizaban grandes comidas en la dacha de Ajmátova, en su «barraca». En las labores de la casa ayudaba una magnífica mujer que solía pasar los veranos con Ajmátova: Hanna Gorenko. Durante muchos años, se la consideró la esposa de un hombre siempre ausente, el hermano de Ajmátova, quien en realidad vivió y murió aquí, en los Estados Unidos. Una vez Ajmátova me mostró una fotografía de aquel hombre: hombros anchísimos, pajarita... Y me dijo: «Apuesto... —y después de una pausa—, americano al fin...». Era increíble su parecido con Ajmátova: aquellos mismos cabellos grises, aquella misma nariz, la misma frente. A propósito, Lev Gumiliov, su hijo, también se parecía más a la madre que al padre.

VÓLKOV: ¿Y cómo el hermano de Ajmátova fue a parar a América?

BRODSKY: Era marinero, guardiamarina de la última promoción prerrevolucionaria. A finales de la guerra civil, él y Hanna, con quien estaba casado entonces, se fueron al Lejano Oriente. Su apellido, como el de Anna Andréyevna de soltera, era Gorenko. Él era como un Joseph Conrad, pero sin ambiciones literarias. Cuando se separó de Hanna, viajó mucho tiempo por China y Japón. Más tarde se refirió a estos lugares como *undesirable places*. Navegó en la marina mercante y cuando después de la guerra se trasladó a Estados Unidos, comenzó a trabajar como *security guard*. Desde aquí envió la primera señal de vida a Ajmátova, nada menos que con Shostakóvich, porque Gorenko iba como escolta suyo cuando aquél viajó a Estados Unidos. Y así Ajmátova supo que su hermano vivía, porque antes de esos contactos, creo, no había habido ninguno en absoluto. Ya se podrá imaginar lo que representaron.

Sólo al final de su vida, cuando la época, por así decirlo, volvió a ser la de

antes del terror, Ajmátova pudo pensar en mantener correspondencia, aunque ésta fuese totalmente irregular. Gorenko les envió algunas cosas: chales, vestidos, de las que Hanna se enorgullecía. Cuando Ajmátova sufrió el tercer infarto a él le enviaron un telegrama. Pero ¿qué podía hacer? ¿Ir a verla? Estaba casado con una americana y vivía en Brooklyn.

Cuando Hanna volvió a Rusia desde el Lejano Oriente era una *kavechdinka* más, y estuvo encarcelada^[49]. O puede que no fuera así. Lástima que no me acuerde. Nos estimábamos, nos teníamos un gran aprecio. Le dediqué incluso algunos poemas. Pero eso es lo que pasa con la memoria... O tal vez no se trate tanto de la memoria como de la aglomeración de los acontecimientos...

VÓLKOV: ¿Qué le contó Ajmátova sobre su padre?

BRODSKY: Andréi Antónovich Gorenko fue oficial de la marina, enseñaba matemáticas en el cuerpo de marina. A propósito, conoció a Dostoyevski. Esto no lo sabía nadie, por cierto. Pero en 1964 se publicaron dos tomos de memorias sobre Dostoyevski. Y allí estaban los recuerdos de la hija de Anna Filósofova acerca de cómo Gorenko y Dostoyevski la ayudaron a resolver el problema aritmético de la liebre y la tortuga. Yo entonces vivía en el campo, y al leer estas memorias deduje que se trataba del padre de Ajmátova y le escribí contándoselo. Ella me lo agradeció mucho. Luego, cuando nos encontramos después de mi liberación, lo primero que me dijo fue algo así como: «Joseph, antes sólo teníamos una leyenda familiar con relación a Dostoyevski. La hermana de mi madre, que estudiaba en el instituto Smólny y había releído muchas veces los *Diarios de un escritor* se presentó en casa de Dostoyevski. Subió la escalera y llamó a la puerta. Abre la cocinera y ella le dice: “Quisiera ver al señor”. “Enseguida le aviso”, responde, y se aleja. Mi tía esperaba en la penumbra, de pie en el recibidor. Al rato vio cómo se acercaba lentamente una luz. Y apareció el señor con una vela en la mano y vestido con una bata, una figura bastante lúgubre, como sacado del sueño o interrumpido en mitad de sus trabajos de justicia. “¿Qué se le ofrece?”, la interpeló bruscamente. Entonces ella giró sobre sus talones y salió corriendo».

Y recuerdo que Ajmátova añadió: «Hasta este momento ésta era nuestra única leyenda familiar sobre Dostoyevski. Ahora le cuento a todo el mundo que mi madre se sintió celosa a causa de aquella misma dama a la que Dostoyevski cortejó».

VÓLKOV: En ese comentario hay cierta dosis de autoironía. Porque Ajmátova era dada a crear leyendas. ¿O me equivoco?

BRODSKY: Al contrario, a ella le gustaba dejarlo todo claro. Aunque hay leyendas y leyendas. No todas le molestaban. Pero de todos modos a Ajmátova no le gustaba hacer las cosas más oscuras de lo que ya eran.

VÓLKOV: Toda su vida protestó contra una leyenda en cuya creación —me parece ahora— ella tuvo algo que ver...

BRODSKY: Sí, la leyenda de sus amores con Blok. Ajmátova decía que ésas eran «expectativas populares». Según ella, nunca hubo nada cierto en esas expectativas. Y Ajmátova era ese tipo de persona a la que yo le creo todo sin excepción.

*

VÓLKOV: A los versos de Ajmátova, cada vez con mayor frecuencia, se les pone música. Una de las composiciones más importantes de este género es el *Réquiem* del compositor inglés John Tavener; la interpretaron en Londres y después en el festival de Edimburgo.

BRODSKY: Sí, tengo noticia de eso. Verá usted, el poeta es la última persona que se alegra de que le ponga música a sus versos. Porque, en primer lugar, está preocupado por el significado lingüístico. Y éste, por lo general, no es asimilado por el lector completamente ni de golpe. Incluso cuando la poesía ya está impresa no hay ninguna garantía de ello. Cuando a los versos se les pone música, desde el punto de vista del poeta todo se vuelve un poco más oscuro, más confuso. Si eres un cualquiera, te halaga que un compositor le ponga música a tus versos. Pero si realmente estás preocupado por la reacción del público ante tu texto (y es aquí de donde parte tu creación y a lo que finalmente se reduce), no hay nada que celebrar. Aunque sea el mejor compositor del mundo. La música, en general, lleva los versos a una dimensión completamente distinta.

VÓLKOV: Desde luego, en contacto con la música, los versos pierden algo de su valor, en cierto sentido. Pero esa nueva dimensión que usted menciona es lo que le concede a esta interacción un interés especial. Tomemos de nuevo el *Réquiem*. Es un texto notable pero monocorde. La música es capaz de profundizar en esta monotonía y puede, inesperadamente, iluminar algún nuevo estrato, algún nuevo significado de los versos.

BRODSKY: En realidad el texto del *Réquiem* está lejos de ser monocorde.

VÓLKOV: Desde luego, en él hay dos planos: el real autobiográfico —Ajmátova y la suerte de su hijo arrestado— y el simbólico: María y su hijo Jesús.

BRODSKY: Para mí lo más importante del *Réquiem* es el tema del desdoblamiento, el tema de la incapacidad del poeta para reaccionar de manera adecuada. Ajmátova describe en el *Réquiem* todos los horrores del «gran terror» estalinista. Pero, además, habla todo el tiempo de su proximidad con la locura. ¿Recuerda?:

Ya el ala de la locura
ha cubierto la mitad de mi alma,
me da a beber su vino de fuego,
y me llama a su valle tan negro.

Comprendí entonces que ella
había conseguido la victoria,
que debía escucharla como quien
presta oídos a un delirio ajeno.

Puede que esta segunda estrofa sea la mejor de todo el *Réquiem*. Hay una gran verdad en estas dos últimas líneas. Ajmátova describe la situación del poeta que ve todo lo que le ocurre como desde fuera. Porque cuando el poeta escribe, la escritura no constituye un acontecimiento menos importante que el hecho descrito. De ahí los reproches que se hace a sí mismo, especialmente cuando se habla de cosas como el encierro en la cárcel del hijo o, en general, de cualquier pena o aflicción. Comienza el terrible encubrimiento de sí mismo: qué clase de monstruo eres si ves como algo ajeno todo este horror y esta pesadilla.

Semejantes situaciones, el arresto, la muerte (y en el *Réquiem* todo el tiempo está presente la muerte, las personas están todo el tiempo al borde de la muerte) excluyen, por lo general, toda posibilidad de reacción adecuada. Cuando alguien llora, su llanto es algo personal. Pero cuando alguien que escribe llora o sufre, puede incluso sacar cierta ventaja de ello. El escritor puede soportar su pena de manera real. Pero la descripción de esta aflicción no son lágrimas auténticas, ni genuinos cabellos grises. Se trata sólo de la aproximación a una reacción verdadera. Y la toma de conciencia de esta enajenación crea una situación realmente esquizoide. El *Réquiem* está rozando constantemente los límites de la locura, que se introduce, no por la propia catástrofe, no por la pérdida del hijo, sino por esa esquizofrenia moral, por esa escisión, no de la conciencia, sino de la conciencia moral. La escisión entre el que sufre y el que escribe. Eso es lo que hace grande esta obra.

Desde luego, el *Réquiem* de Ajmátova se desarrolla como un verdadero drama: como una verdadera polifonía. Todo el tiempo escuchamos diferentes voces: a la mujer sencilla, de pronto a la poeta, o también de pronto se nos aparece María. Todo está hecho como debe ser, en correspondencia con las leyes del género «réquiem». Pero, en realidad, Ajmátova no trató de crear una tragedia popular. El *Réquiem* es una autobiografía, porque todo lo que describe le sucedió a la poeta. La racionalidad del proceso creativo presupone cierta racionalidad de las emociones. O si prefiere: la tan traída y llevada frialdad de las reacciones. Y esto es lo que enloquece al autor.

VÓLKOV: En ese sentido, ¿el *Réquiem* no refleja una situación real? ¿Acaso Ajmátova no manifestó cierta indiferencia con respecto al destino de su hijo?

BRODSKY: No, no hubo ninguna indiferencia por su parte. La indiferencia, si es que esta palabra puede ser aplicada aquí, llegó con la creación, con el arte. Ajmátova se atormentaba y sufría increíblemente a causa de la suerte que corría su hijo. Pero cuando la poetisa Ajmátova comenzaba a escribir... Cuando escribes, tratas

de hacerlo lo mejor posible, o sea, te subordinas a las exigencias de la musa, del lenguaje, de la literatura. Y lo mejor, esto no es siempre lo verdadero. O mejor, esta verdad es mayor que la verdad de la experiencia. Es decir, tratas de crear un efecto trágico de una u otra forma, con una u otra línea, e involuntariamente pecas contra la verdad ordinaria, contra el propio dolor.

VÓLKOV: Lev Nikoláyevich Gumiliov, el hijo de Ajmátova, le reprochó más de una vez a su madre que no se preocupara lo suficiente por él, ni en su infancia, ni durante los años que pasó en el campo de trabajo. Recuerdo que hablé con un viejo pintor letón que había estado en el gulag junto con Lev Gumiliov. Cuando le mencioné a Ajmátova su rostro pareció petrificarse y dijo: «De ella llegaron los envíos más pequeños». Me parecía escuchar la voz de reproche del propio Gumiliov.

BRODSKY: Todo esto, desde luego, son asuntos de familia, pero lo cierto es que él se lo reprochaba. Y una vez le dijo algo que a Ajmátova la atormentó. Creo que esa frase fue casi la causa de su infarto, o en todo caso, una de las causas. No es una cita exacta, pero el sentido de las palabras de Gumiliov era éste: “Para ti habría sido mejor que yo hubiera muerto en el campo”. O sea, se sobreentendía, «para ti como poeta».

Aunque esto hubiera sido cierto y aun si lo hubiera dicho un viejo amigo, mi primer pensamiento habría sido: «¡Qué clase de canalla eres!». ¡Pero era su hijo quien lo decía! Lev Nikoláyevich estuvo encerrado dieciocho años y ese tiempo lo desfiguró. Decidió que después que había padecido tanto todo le estaba permitido, todo se le perdonaba de antemano. Así ocurre a veces con los que han estado en el campo. Pero tanto los que han estado en prisión alguna vez como los que nunca pisaron un campo deben someterse al mismo mandamiento: «No harás daño a tu prójimo».

Tal vez otros matices psicológicos se superpongan en este caso. Él fue, en ausencia del padre, el hombre de la familia. Y ella, aunque madre, poeta y Ajmátova, era ante todo mujer. Y por eso él podía decirle todo lo que se le antojaba. Todo esto es, claro, el Freud de los pobres, Freud simplificado; pero así el hijo manifestaba su principio masculino. Yo pensé bastante sobre esto en su momento, sobre toda esta historia y sobre el *Réquiem*. Me incomoda un poco este asunto, y Ajmátova nunca me habría perdonado que mezclara estas cosas, que me inmiscuyera. Pero la verdad es que, con este reproche, su hijo no estuvo a la altura de ella. Con esa frase, «para ti habría sido mejor», mostró hasta qué punto había permitido que el campo lo desfigurara. El sistema, al fin y al cabo, había logrado su propósito.

VÓLKOV: Creo que los intentos de poner música al *Réquiem* continuarán.

BRODSKY: La música, me temo, sólo puede comunicar a ese texto una apariencia de melodrama. Pero el dramatismo del *Réquiem* no está en los acontecimientos horribles que describe, sino en cómo estos hechos transforman tu conciencia

individual, la idea que tienes de ti mismo. El carácter trágico del *Réquiem* no está en la muerte de las personas, sino en la imposibilidad de que el sobreviviente tome conciencia de esta muerte. Estamos acostumbrados a la idea de que el arte reacciona de cierta forma ante los acontecimientos de la vida real, pero en realidad la reacción está totalmente excluida, no sólo ante Hiroshima, sino también ante sucesos menores. A veces se logra crear cierta fórmula que expresa el estado de *shock* ante el horror de la realidad, pero esto es una feliz coincidencia, sobre todo para la reputación del autor. Cualquier *Guernica* por ejemplo.

VÓLKOV: En 1910, en París, la joven Anna Ajmátova conoció a Amedeo Modigliani. Ella se iniciaba como poeta y él era ya un artista maduro. Pero por los recuerdos de Ajmátova sobre el romance que vivieron se deduce que ella entendió la importancia de lo que hacía Modigliani sólo mucho después.

BRODSKY: Es posible. Pero es que así debe ser el amor. Así es mucho mejor, mucho más natural que a la inversa. En los recuerdos de Ajmátova sobre Modigliani no se habla de pintura, sino de la relación entre dos personas.

VÓLKOV: Existe un dibujo de Modigliani (probablemente de 1911) que representa a Ajmátova. Según la propia Ajmátova, él le hizo dieciséis dibujos. En sus memorias, Ajmátova dice que estos dibujos «se perdieron en Tsarskoye Seló, en los primeros años de la revolución». ¿Le habló en detalle sobre esto?

BRODSKY: Desde luego. Unos guardias rojos se acuartelaron allí y se fumaron esos dibujos de Modigliani. Los usaron para liar sus pitillos.

VÓLKOV: Sin embargo, cuando Ajmátova describe este episodio se advierten ciertas evasivas, no habituales en ella. ¿Comprendieron los soldados el valor de aquellos dibujos? ¿No podría ella misma haberlos esfumado?

BRODSKY: Es absurdo. ¿Por qué iba a hacerlo? Siempre tenía suficiente papel en casa. Escribía versos, después de todo. No, al parecer esto sucedió en su ausencia.

VÓLKOV: ¿Le parece que la relación de Ajmátova con Modigliani era importante para ella?

BRODSKY: Como un recuerdo feliz, sin duda. Luego de darme a leer sus notas sobre Modigliani, Ajmátova me preguntó: «¿Qué piensa de todo esto?». Yo le respondí: «Bueno, es *Romeo y Julieta* interpretada por la realeza». Esa respuesta le hizo mucha gracia.

Valorar ahora las relaciones de aquel entonces entre Ajmátova y Modigliani es una tarea compleja y, más bien, innecesaria. Ajmátova era joven, vivía en el extranjero y en aquel tiempo tenía sobre sí misma ideas muy vagas. Uno simplemente vive y le importa poco lo que depara el futuro. Durante su estancia en París, Ajmátova no fue cortejada sólo por Modigliani. La otra persona fue nada menos que el famoso piloto Blériot... ¿Conoce usted esta historia? Ya no recuerdo exactamente dónde, pero en París almorzaron los tres juntos: Nikolái

Gumiliov, Ajmátova y Blériot. Ajmátova acostumbraba a contar la historia: «Aquel día me compré unos zapatos nuevos que me apretaban un poco. Así que me los quité, por debajo de la mesa. Después del almuerzo regresé con Gumiliov a la casa, me quité los zapatos y en uno de ellos me encontré una nota con la dirección de Blériot».

VÓLKOV: ¡O sea, que Blériot no perdió la compostura!

BRODSKY: Era francés. Y además, piloto.

VÓLKOV: ¿No le parece que en la vida de Ajmátova los extranjeros han ocupado un lugar bastante importante: Modigliani, Josef Chapski, Isaiah Berlin? Resulta poco común, tratándose de una poeta rusa.

BRODSKY: ¡Cómo que extranjeros! *Sir* Isaiah había nacido en Riga (que, a propósito, ha dado al mundo muchos hombres célebres). Chapski era polaco, un eslavo. ¡Cómo podía él ser extranjero para una poeta rusa! En general, las relaciones de Ajmátova con Chapski sólo pudieron haber sido muy cautelosas. Después de todo, por lo que sé, él se dedicaba al contraespionaje a las órdenes del general Anders. ¡De qué podrían hablar en aquellos tiempos tormentosos y, a la vez, maravillosos! Imagino que en Tashkent cada paso que daban era seguido por toda una horda. La mayoría de las conversaciones de Ajmátova con *sir* Isaiah se reducían, por lo que me han dicho, a las preguntas «quién, qué, dónde y cómo». Ella trató —veinte años después— de saber sobre Borís Anrep, Artur Lurié, Sudéikina y otros amigos de su juventud. Todos los que habían estado en Occidente. En casi veinte años, Berlin era el primer hombre que llegaba de allá... Además, seis de estos veinte años se fueron en la Segunda Guerra Mundial.

VÓLKOV: *Sir* Isaiah publicó sus recuerdos sobre los encuentros con Ajmátova entre 1943 y 1946. Esos mismos encuentros se mencionan en muchos de los versos de Ajmátova. Si comparamos estas dos versiones, da la impresión de que se habla de dos acontecimientos diferentes. En la interpretación de Ajmátova, aquel encuentro fue una de las causas de la «guerra fría». Y en el plano puramente emocional, juzgue usted mismo: «No habrá sido conmigo un hombre cariñoso / pero nos merecemos alterar el siglo xx». No leerá nada parecido en *sir* Isaiah.

BRODSKY: Creo que al valorar las consecuencias de su encuentro en 1945 con *sir* Isaiah, Ajmátova no estaba tan lejos de la verdad. En todo caso, más cerca de la verdad de lo que a muchos les parece. En cuanto a las memorias de Berlin, hay que decir que eran muy elocuentes, pero no se puede escribir en inglés y andar regando emociones por ahí. Aunque, desde luego, tiene usted razón al decir que él no le atribuyó esa importancia global a su encuentro con Ajmátova.

VÓLKOV: En sus memorias, Berlin insiste en que él nunca fue espía, acusación que siempre le hizo Stalin. Pero sus informes desde la Embajada Británica en Moscú —y antes, desde la Embajada Británica en Washington— corresponden

completamente con las nociones soviéticas sobre la actividad de espionaje.

BRODSKY: Con las soviéticas, pero no con las de Ajmátova. Aunque la relación con un diplomático siempre era peligrosa, y creo que Ajmátova sospechaba sobre las funciones de Berlin. Otra razón de su escepticismo con relación a Ajmátova es que como diplomático al servicio del Imperio Británico, Berlin tenía que ver con personas cuya actividad estatal no estaba sujeta a caprichos, mientras que la conducta de Stalin estaba dictada a veces por consideraciones absolutamente extrañas.

VÓLKOV: Aquella explosión de furia con la cual Stalin recibió la noticia sobre el encuentro entre Ajmátova y Berlín nos parece ahora totalmente irracional. Según las informaciones de Ajmátova, él había usado las peores palabras. Daba la impresión de que ella lo había ofendido de manera muy personal. ¡Parecía como si Stalin tuviera celos de Ajmátova!

BRODSKY: ¿Por qué no? Pero no tanto por Berlín, creo, como por Randolph Churchill, el periodista, hijo de Winston, que acompañó a Berlin en ese viaje. Es muy posible que Stalin considerara que Randolph debía verse con él y sólo con él, que en Rusia él era el principal *show*.

VÓLKOV: Toda esta historia recuerda bastante las novelas de Dumas padre, en las que los imperios comienzan a derrumbarse por el coqueteo imprudente de una reina, o a causa de un guante que se ha dejado caer.

BRODSKY: Tiene toda la razón, así mismo era. ¿Qué era Rusia en 1945? Un imperio clásico. En general, la situación «poeta y zar» era una situación imperial. Ahora todo esto ha cambiado un poco. Sin embargo, los aires imperiales son todavía muy fuertes.

VÓLKOV: Ajmátova describió el desarrollo de los acontecimientos más o menos así: su encuentro con Berlin, que se extendió hasta la mañana siguiente, enfureció a Stalin. Éste se vengó de ella con la resolución especial del Comité Central del Partido Comunista que, según la firme convicción de Ajmátova, fue escrita por el propio Stalin (como señala Lidia Chukóvskaya, «en cada párrafo sobresalen los augustos mostachos»). Cuando esta resolución se publicó, en 1946, produjo un *shock* entre los intelectuales de Occidente, muchos de los cuales antes de esto miraban con complacencia a la Unión Soviética. Aquella atmósfera se había contaminado para siempre, comenzaba la «guerra fría». ¿Está usted de acuerdo con esta interpretación de los hechos?

BRODSKY: Ocurrió algo muy parecido. Desde luego, no creo que la «guerra fría» surgiera sólo a causa del encuentro entre Ajmátova y Berlín. Pero no me cabe la menor duda de que la persecución de Ajmátova y Zóschenko envenenó mucho la atmósfera.

*

VÓLKOV: Existe una historia curiosa acerca de cómo Ajmátova se enteró de la resolución de 1946 dirigida contra ella y Zóschenko. Aquel día no había leído los periódicos, pero se encontró en la calle a Zóschenko, que le preguntó: «¿Qué vamos a hacer ahora, Anna Andréyevna?». Ajmátova, sin comprender a qué se refería Zóschenko en concreto y suponiendo que él sólo le hacía una pregunta abstracta, le respondió: «Aguantar». Acto seguido se separaron. Así de pequeña era Leningrado.

BRODSKY: Ella quería mucho a Zóschenko. Contaba bastantes historias de él. En sus últimos años, Zóschenko casi no comía, pues tenía miedo de que lo envenenaran. Ajmátova creía que se había vuelto loco. Explicaba la destrucción de Zóschenko atribuyéndola a su propia imprudencia. A ambos les habían organizado un encuentro con un grupo de estudiantes ingleses que estaban de visita en Leningrado. Uno de ellos hizo una pregunta absurda acerca de cómo Ajmátova y Zóschenko se habían tomado la resolución de 1946. Ajmátova se levantó y explicó brevemente que ella estaba de acuerdo con esta resolución, pero Zóschenko comenzó a explicar: «Al principio no entendí esta resolución, pero luego estuve de acuerdo con algunas partes y con otras no». Como resultado, a Ajmátova le dieron la posibilidad de hacer algún trabajo literario — traducciones, etc.—, mientras que a Zóschenko se lo quitaron todo de golpe y para siempre.

VÓLKOV: A Ajmátova le gustaba repetir que estaba preparada para la resolución de 1946 porque ésta no era la primera resolución del Partido que se refería a ella: la primera había sido en 1935. Y en efecto, así era, sólo que todos lo habían olvidado. También decía que Stalin se había ofendido con su poema «Calumnia» sin reparar en la fecha: 1921. Él se lo había tomado como un insulto personal. Sobrado testimonio de hasta qué punto Stalin interpretaba «personalmente» sus relaciones con los poetas.

BRODSKY: Pienso que Mandelshtam, por ejemplo, también lo desilusionó mucho con su «Oda». Digan lo que digan, yo insisto en que el poema sobre Stalin es genial. Puede ser que esta «Oda a Stalin» sean los versos más conmovedores que Mandelshtam haya escrito. Creo que Stalin comprendió enseguida lo que pasaba, se dio cuenta de que éste no era Mandelshtam, su homólogo, sino que él, Stalin, era un homólogo de Mandelshtam.

VÓLKOV: Comprendió quién era contemporáneo de quién.

BRODSKY: Sí, creo que eso fue lo que Stalin entendió de golpe. Y creo que le afectó. Ésa fue la causa de la muerte de Mandelshtam. Por lo visto, Stalin sintió que alguien se le había acercado demasiado.

*

VÓLKOV: ¿Habló usted con Ajmátova sobre el fusilamiento de Gumiliov?

BRODSKY: No, sobre esto en concreto no hablamos.

VÓLKOV: ¿Y sobre Gumiliov en general?

BRODSKY: Hablamos de él como poeta. Recuerdo que nuestra última conversación sobre Gumiliov estuvo relacionada con unos poemas que alguien le había traído a Ajmátova, y que al parecer habían sido escritos por Gumiliov en su celda. Hacíamos conjeturas acerca de si serían o no auténticos estos versos.

VÓLKOV: Ajmátova siempre dijo que el material contra Gumiliov había sido fabricado, que él no había participado en ninguna conspiración antibolchevique. Ella lo incluía dentro de los grandes poetas rusos del siglo xx. ¿Está usted de acuerdo?

BRODSKY: Gumiliov no me gusta, ni me gustó nunca. Pero cuando conversaba con Ajmátova sobre él, yo no le expresaba —sólo para no afligirla— mi verdadera opinión. Su sentimiento en relación con Gumiliov se puede definir con una palabra: amor. Aunque yo no ocultaba que, desde mi punto de vista, los versos de Gumiliov no eran nada del otro mundo. Recuerdo una conversación bastante larga que tuve con Ajmátova acerca del microcosmos de Gumiliov, que en el momento de su arresto y fusilamiento empezaba a estabilizarse, a convertirse en su propia mitología. Era muy evidente que si alguien había sido asesinado en un mal momento, ése era Gumiliov. Algo por el estilo le dije a Ajmátova.

*

VÓLKOV: ¿Cuáles fueron las relaciones de Ajmátova y Pasternak?

BRODSKY: Muy cercanas, extraordinariamente amistosas. Entre paréntesis, él le propuso matrimonio a Ajmátova en dos ocasiones.

VÓLKOV: ¿Y cómo Ajmátova comentó este hecho?

BRODSKY: Bueno, ante todo, que esa proposición era ofensiva estando la esposa viva. Y, en segundo lugar... Pasternak era de una estatura inferior a la de Ajmátova. Y más joven. Así que no hubo nada. En general, creo que Ajmátova nunca se tomó muy en serio el lado lírico de sus relaciones con Pasternak. Ella sabía, desde luego, que Zinaída Nikoláyevna, la esposa de Pasternak, la odiaba profundamente.

Ajmátova quiso mucho a Pasternak. Aunque, como ya he dicho, desaprobaba su ferviente deseo de obtener el Premio Nobel. Tampoco aprobaba sus relaciones con Olga Ivínskaya. Usted tal vez haya leído las memorias de Ivínskaya...

VÓLKOV: Chukóvskaya cuenta en sus apuntes una historia curiosa. Ajmátova se encontró en 1956 con Pasternak. Éste acababa de escribir quince poemas nuevos para una recopilación que se imprimiría en Goslit^[50]. Refiriéndose a esos nuevos poemas, él le comentó a Ajmátova: «Le he dicho a Goslit que necesitaba dinero

extra». A lo que Ajmátova respondió: «¡Qué felicidad para la cultura rusa, Borís Leonídovich, que usted necesite dinero extra!». En realidad, se refería a dinero para Ivínskaya.

BRODSKY: Hay que decir que ninguno de ellos tuvo suerte en su vida personal. Ajmátova no tuvo suerte con sus esposos. Tsvietáieva tampoco. A Pasternak le fue fatal con sus esposas y amantes. El único que tuvo suerte con su esposa fue Mandelshtam, aunque con otras mujeres de su vida tampoco tuvo suerte.

VÓLKOV: En sus memorias, Nadezhda Mandelshtam escribe sobre el «fantástico patrimonio» dejado por Ajmátova y sobre las discordias alrededor del mismo. A éste aspiraron su hijo Gumiliov, por una parte, y la familia Punin, con la cual ella vivía, por la otra.

BRODSKY: Bueno, no sé cuál habrá sido, según las ideas de Nadezhda Mandelshtam, el «patrimonio fantástico». Quedaron algunas cosas, cuadros. Bienes, como tal, simplemente no había. Ajmátova no era de esas personas que tuviera bienes. Toda su fortuna cabía en una habitación de dieciséis metros cuadrados y sobraba espacio. Lo principal que dejó fue su archivo literario, que los Punin vendieron luego, sacando enormes sumas de dinero.

*

VÓLKOV: Como en el caso de Pasternak, las cuestiones de la herencia de Ajmátova y sus funerales se convirtieron en un acontecimiento político...

BRODSKY: Los Punin no quisieron ocuparse de los funerales de Ajmátova. Me dieron su certificado de defunción y me dijeron: «Joseph, busque un cementerio». Al final, encontré lugar en Komarovo. Debo decir que todo esto me ocasionó muchísimos problemas. Las autoridades de Leningrado se opusieron a conceder un lugar en alguno de los cementerios municipales; las autoridades de la región a la que pertenece Komarovo también se opusieron rotundamente. Nadie quiso dar el permiso, se obstinaron en no darlo. Comenzaron interminables negociaciones. Me ayudó mucho Zoya Tomashévskaya. Ella conocía a personas que podían contribuir a esa tarea: arquitectos, etc.

El cuerpo de Ajmátova estaba ya en la catedral de San Nicolás. Ya habían empezado los servicios funerarios y yo aún estaba en el cementerio de Komarovo, sin saber a ciencia cierta si la enterrarían allí o no. Tan sólo el recordarlo me resulta penoso.

En cuanto oímos que se había concedido el permiso y cada uno de los enterradores recibió su botella, respiramos aliviados y nos metimos en el coche a toda prisa, hacia Leningrado. Llegamos casi al final del funeral. Alrededor había cordones policiales, y en la catedral, Lev iba de un lado a otro quitándoles la película de las cámaras a quienes tomaban fotos. Después llevaron a Ajmátova a

la Unión de Escritores, al funeral civil, y de ahí a Komarovo. Debo decir que he oído rumores sobre Komarovo: al parecer, no es una tierra rusa, sino finlandesa. Pero, en primer lugar, no creo que la Unión Soviética entregue nunca Komarovo a Finlandia, y en segundo lugar, Ajmátova *anduvo* por esa tierra... El funeral y todos los acontecimientos posteriores fueron en todo sentido una historia sombría. Y aunque es un pecado poner en duda la voluntad de Dios, yo creo que no fue ésta la que causó la muerte de Ajmátova, sino que simplemente no la cuidamos lo suficiente.

VÓLKOV: ¿Quiénes?

BRODSKY: Sus conocidos, sus amigos. En Moscú, después de salir del hospital, la instalaron en un estrecho desván, con un calor sofocante, al lado de la cocina. Después vino el traslado inesperado a Domodédovo. Imagínese que después del tercer infarto cae sobre usted la primavera.

Ajmátova era, dicho brevemente, una persona sin hogar y —utilizando su propia expresión— sin pastor. Los conocidos cercanos la llamaban «la reina errante», y realmente en su cara —sobre todo cuando se levantaba e iba a nuestro encuentro en el apartamento de alguien— había algo de reina ambulante y sin abrigo. Aproximadamente cuatro veces al año cambiaba su lugar de residencia: Moscú, Leningrado, Komarovo, de nuevo a Leningrado, otra vez a Moscú, etc. El vacío creado por una familia inexistente se llenaba con amigos y conocidos que se preocupaban de ella y la cuidaban lo mejor que podían. No era exigente en absoluto y más de una vez que fui a visitarla, sobre todo en casa de los Punin, la encontré hambrienta, aunque en aquella casa era ella quien lo pagaba todo siempre.

Esta existencia no fue demasiado confortable. Pero se sintió feliz porque todos la amaban mucho y ella amaba a muchos. De manera espontánea siempre surgía a su alrededor un campo al que no tenía acceso la basura. Y pertenecer a este campo, a este círculo durante muchos años, determinó el carácter, la conducta, la actitud ante la vida de muchos —de casi todos— sus integrantes. A todos nos producía una suave quemadura espiritual el destello de este corazón, de esta inteligencia, de esta fuerza moral que ella irradiaba.

No íbamos a verla buscando su elogio, ni el reconocimiento literario, ni la aprobación de nuestras obras. Al menos, no todos nosotros. Si nos dirigíamos a ella era porque ponía en movimiento nuestras almas, porque en su presencia parecía como si renunciáramos a nosotros mismos, a aquel nivel espiritual, moral —no sé ni cómo llamarlo— en que nos encontrábamos. Renunciábamos al lenguaje que hablábamos a diario para cambiarlo gustosos por el lenguaje que ella usaba. Claro está, hablábamos de literatura, chismorreábamos, tomábamos vodka, escuchábamos a Mozart y nos burlábamos del gobierno. Pero al mirar atrás, no es esto lo que veo ni lo que escucho; en mi conciencia surge un verso de su poema «Escaramujo»: «Tú no sabes que has sido perdonado». Y esta línea

no se distingue, ni salta del contexto, sino que está dicha con la voz del alma. El que perdona está siempre por encima de la ofensa y del que ofende. Este verso, escrito para una persona, en realidad estaba dirigido a todo el mundo. Era la respuesta del alma a la existencia.

Era esto sobre todo, y no las normas de versificación, lo que aprendíamos con ella. «Joseph, usted y yo conocemos todas las rimas del idioma ruso», me decía. Por otra parte, la versificación implica apartarse del contexto. Los que la conocimos tuvimos una suerte inmensa, más que si hubiéramos conocido a otros, como Pasternak. Si algo aprendimos de ella fue a perdonar. Tal vez deba ser cuidadoso al usar el pronombre «nosotros»... Recuerdo que Arseni Tarkovski comenzó su discurso fúnebre diciendo: «Con la pérdida de Ajmátova terminó...». Todo dentro de mí se resistió: nada ha terminado, nada pudo ni podrá terminar mientras existamos, seamos o no un «coro mágico». Y no porque recordemos sus versos o escribamos los nuestros, sino porque ella llegó a ser parte de nosotros, parte de nuestras almas. Podría añadir también que, a pesar de no ser tan firme mi creencia en la existencia de otro mundo y de la vida eterna, a menudo tengo la sensación de que ella nos sigue desde el exterior o nos observa desde arriba, justo como hacía en vida. Y no sólo nos observa, sino que nos protege.

Traducción de Ernesto Hernández Busto

APÉNDICE DOCUMENTAL



Nicolái Gumiliov y Anna Ajmátova con su hijo Lev, 1915



Anna Ajmátova, mediados los años veinte



Anna Ajmátova y Ósip Mandelshtam, 1934



Anna Ajmátova, 1946



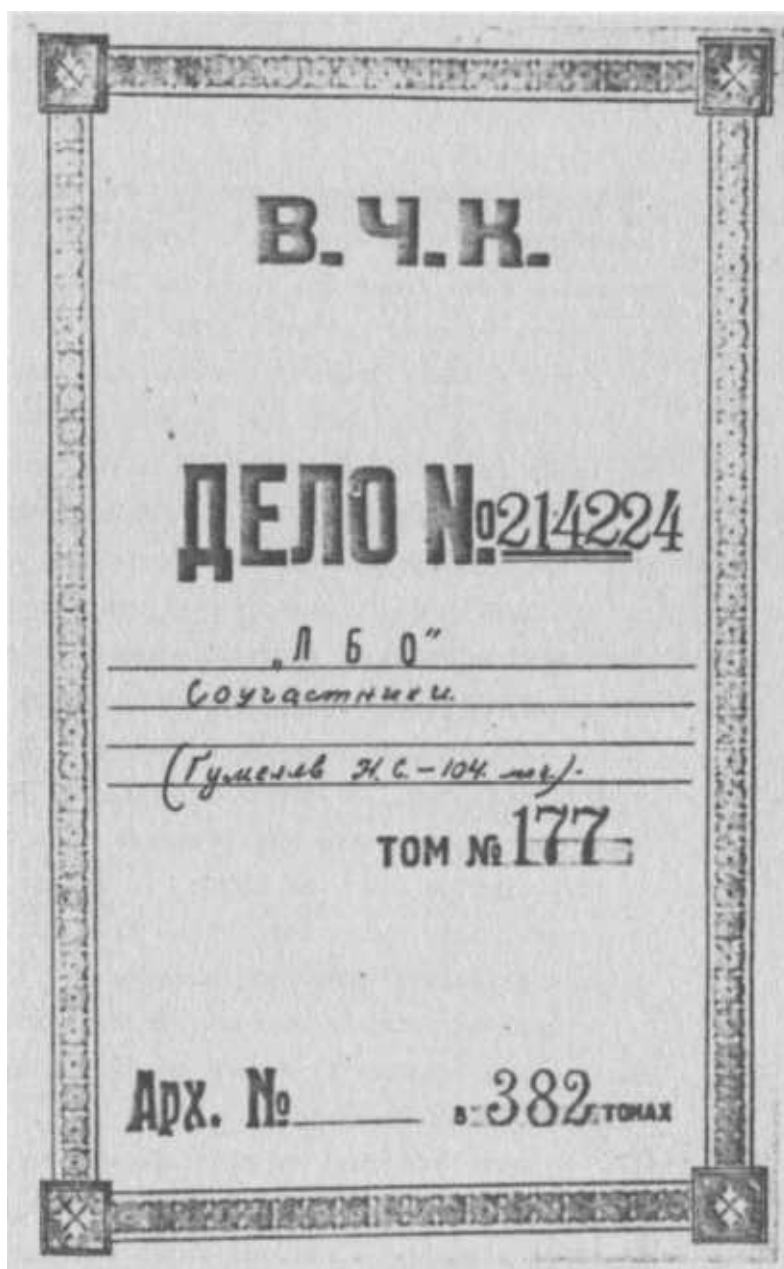
Anna Ajmátova y Borís Pasternak, 1946



Anna Ajmátova, 1959



Versos de Anna Ajmátova grabados por un preso sobre una corteza de abedul, 1937



DOCUMENTO I

Cubierta del *dossier* del KGB sobre Nikolái Gumiliov, fusilado el 21 de junio de 1921

16
3.-

пули советских палачей. Поэтому она ненавидит советскую действительность и советскую власть в целом. В знак открытого протеста против ВКП/б/ и Советского правительства АХМАТОВА отказалась вступить в члены Союза Советских Писателей. По этому вопросу АХМАТОВА Анна Андреевна резко высказывалась против политики ВКП/б/ и Советского правительства, заявляя, что в СССР отсутствует демократия, свобода личности и свобода слова. От АХМАТОВОЙ часто можно было слышать следующие слова - "если-бы была подлинная свобода я прежде всего крикнула-бы" долой Советскую власть, да здравствует свобода слова, личности и демократии для всех." В беседе со мной моя мать АХМАТОВА неоднократно мне говорила, что "если я хочу быть до конца ее сыном, то прежде всего я должен быть сыном моего отца ГУМИЛЕВА Николая - расстрелянного Советской властью."

Этим она хотела сказать, чтобы я все свои действия направлял на борьбу против ВКП/б/ и Советского правительства.

После убийства КИРОВА в беседе со мной об убийстве, она заявила, что его убийцы являются героями и вместе с тем учителями для идущего против Советской власти молодого поколения.

Кроме того, отдельные недостатки в области строительства, в стране и убийство КИРОВА я лично расценивал как несостоятельность и слабость Советской власти, которую по моему мнению ожидает

Гумилев

DOCUMENTO II

Hoja del protocolo del interrogatorio a Lev Gumiliov del 21 de junio de 1938

Por eso odia la realidad soviética y el poder soviético en su totalidad. En señal de protesta abierta contra el PCR(b) [Partido Comunista de Rusia (bolchevique)] y del gobierno soviético AJMÁTOVA se negó a ingresar como miembro en la Unión de Escritores Soviéticos. AJMÁTOVA, Anna Andréyevna, se pronunciaba duramente en

contra de la política del PCR(b) y del gobierno soviético, declarando que en la URSS no existe la democracia, ni la libertad de la persona ni de expresión. De AJMÁTOVA se podía escuchar a menudo las palabras siguientes: «Si existiera una auténtica libertad, lo primero que gritaría es “¡Fuera el poder soviético, viva la libertad de expresión, de la persona y democracia para todos!”». En sus conversaciones conmigo, mi madre AJMÁTOVA me decía que si quería ser hijo suyo hasta el final, ante todo debía ser hijo de mi padre GUMILIOV, Nikolái, fusilado por el poder soviético.

Con esto quería decir que yo debía dirigir todos mis actos hacia la lucha contra el PCR(b) y el gobierno soviético.

Tras el asesinato de KÍROV, en conversación conmigo sobre el crimen, *me declaraba que los asesinos eran unos héroes y además unos maestros para la joven generación que luchaba contra el poder soviético...*

Mis queridas conciudadanas, madres, esposas y hermanas de Leningrado:

Ya hace más de un mes que el enemigo amenaza con hacer prisionera nuestra ciudad y le infringe graves heridas. A la ciudad de Pedro I y de Lenin, a la ciudad de Pushkin, de Dostoyevski y de Blok, a una ciudad de una gran cultura y trabajo, el enemigo la amenaza con la muerte y el oprobio. Yo, como todos los leningradenses, me paralizó ante la sola idea de que nuestra ciudad, mi ciudad, se vea pisoteada. Toda mi vida está unida a Leningrado. En Leningrado me hice poeta, Leningrado se convirtió para mis versos en su respiración... Yo, como todas vosotras ahora, vivo con una sola e inquebrantable idea: estoy firmemente convencida de que Leningrado nunca será fascista. Esta fe se fortalece en mí cuando veo a las mujeres de mi ciudad que con sencillez y valor defienden Leningrado y mantienen su vida cotidiana y humana... Nuestros descendientes honrarán a cada madre de los tiempos de la Guerra Patria, pero su mirada se fijará de modo especial en las mujeres de Leningrado que en los días de bombardeo se yerguen sobre los techos de las casas para defender del fuego la ciudad, en las voluntarias de Leningrado que auxilian a los heridos entre las ruinas aún llameantes de los edificios... No, una ciudad que ha criado a semejantes mujeres no puede ser vencida. Nosotros, los leningradenses, estamos padeciendo unos tiempos aciagos, pero todos sabemos que a nuestro lado está todo nuestro país, todo su pueblo. Sentimos su alarma por nosotros, su amor y ayuda. Nos sentimos agradecidos y les prometemos que nos mantendremos firmes y valerosos.

DOCUMENTO V

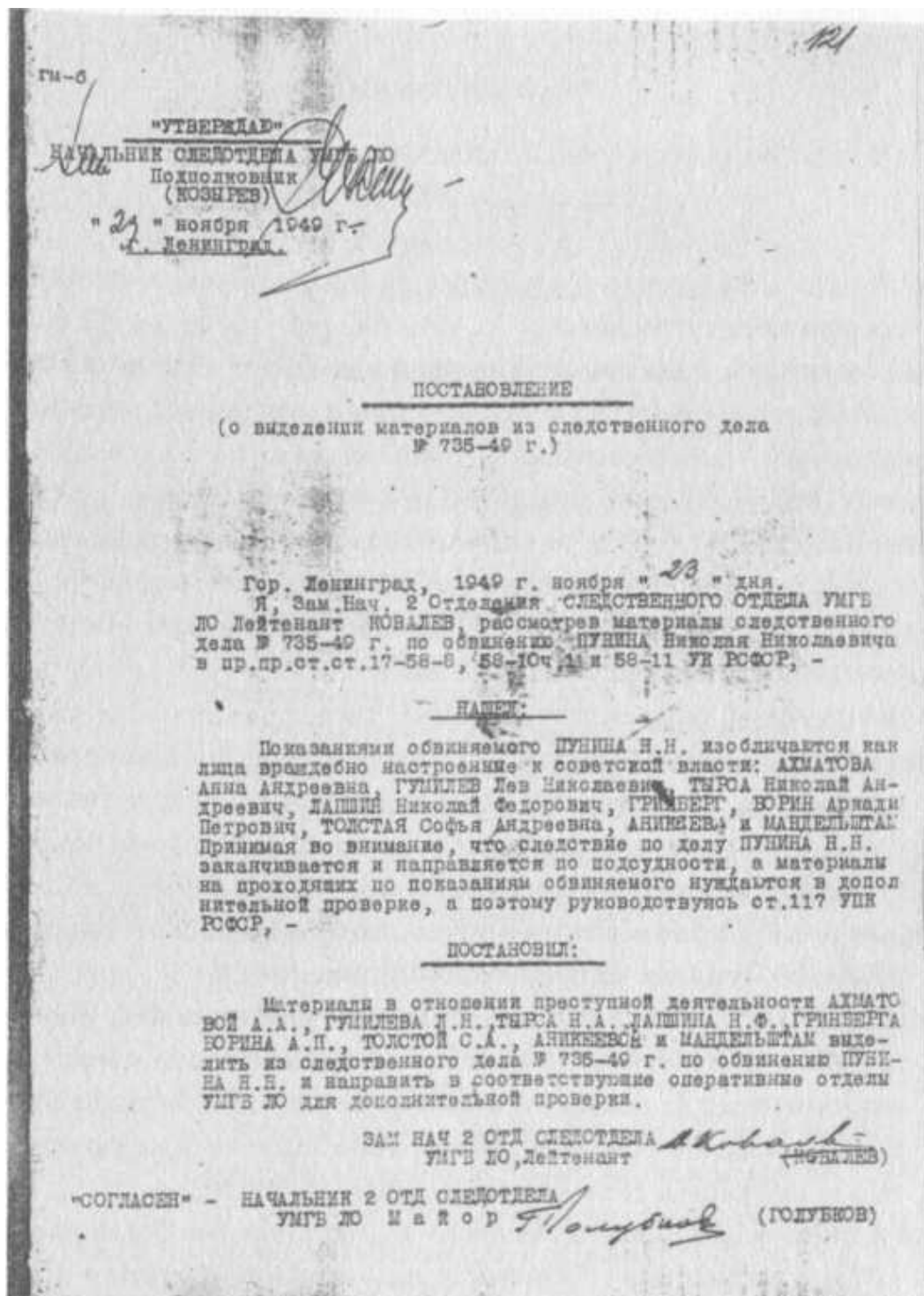
Fragmento del informe de A. A. Zhdánov sobre las revistas «Zvezdá» y «Leningrad»
(«Pravda», 21 de septiembre de 1946)

Anna Ajmátova es uno de los representantes de esta ciénaga literaria, reaccionaria y carente de ideas. Pertenece al así llamado grupo literario de los acmeístas, grupo que en su día salió de las filas del simbolismo, y es el portaestandarte de una poesía vacía, abstrusa, aristocrática y de salón [...] La temática de Ajmátova es por completo individualista. El diapasón de su poesía es miserablemente limitado: la poesía de una damita histérica que se agita entre el *boudoir* y la sacristía. Lo principal en ella son los temas amoroso-eróticos, entrelazados con los de la tristeza, la angustia, la muerte, el misticismo y la situación sin salida. Este sentimiento de estar condenado es comprensible para la conciencia social de un grupo agonizante: los tonos siniestros de la desesperación final, las experiencias místicas a medias con el erotismo: éste es el mundo espiritual de Ajmátova, uno de los añicos del mundo de la vieja cultura aristocrática que irremisiblemente se hunde en el pasado, el mundo de «de los buenos

viejos tiempos de Catalina II». No se sabe si es una monja o una mujer de la vida, aunque mejor sería decir mujer de la vida y monja, en la que el vicio se mezcla con la oración.

Mas te juro por el coro de ángeles,
lo juro por la imagen sagrada,
por el fuego ardiente de nuestras noches.
(Anno Domini)

Así es Ajmátova con su pequeña y estrecha vida íntima, con sus miserables vivencias y su erotismo místico-religioso.



DOCUMENTO VI

Resolución del Ministerio de la Seguridad del Estado del 23 de noviembre de 1949 relativo a la causa de N.N. Punin, marido de Ajmátova. En este informe el investigador constata que las declaraciones del detenido implican también a su esposa y amigos, por lo cual solicita que se abra una nueva causa a los sospechosos

DOCUMENTO VII

Extracto del protocolo del interrogatorio de Lev Gumiliov del 23 de diciembre de 1949

RESPUESTA: Mi madre —AJMÁTOVA, Anna Andréyevna— también era una persona religiosa.

PREGUNTA: ¿Se trata de la misma poeta AJMÁTOVA cuya obra antipatriótica fue criticada en 1946 por la opinión pública soviética?

RESPUESTA: Sí, es mi madre.

PREGUNTA: ¿Cuál es su origen social?

RESPUESTA: AJMÁTOVA, de soltera GORENKO, cuyos padres eran nobles, que residieron siempre en algún lugar de Ucrania.

PREGUNTA: ¿Y qué significa el seudónimo «Ajmátova»?

RESPUESTA: Es el apellido de mi abuela.

PREGUNTA: ¿Y quiénes eran los AJMÁTOV?

RESPUESTA: Eran unos tártaros mongoles o nagái. En casa se sabía que los príncipes AJMÁTOV proceden de Gengis Khan y que tras convertirse a la fe ortodoxa recibieron el apellido AJMÁTOV.

PREGUNTA: ¿Y quién era su padre?

RESPUESTA: El poeta prerrevolucionario GUMILIOV, Nikolái Stepánovich. También de origen social noble.

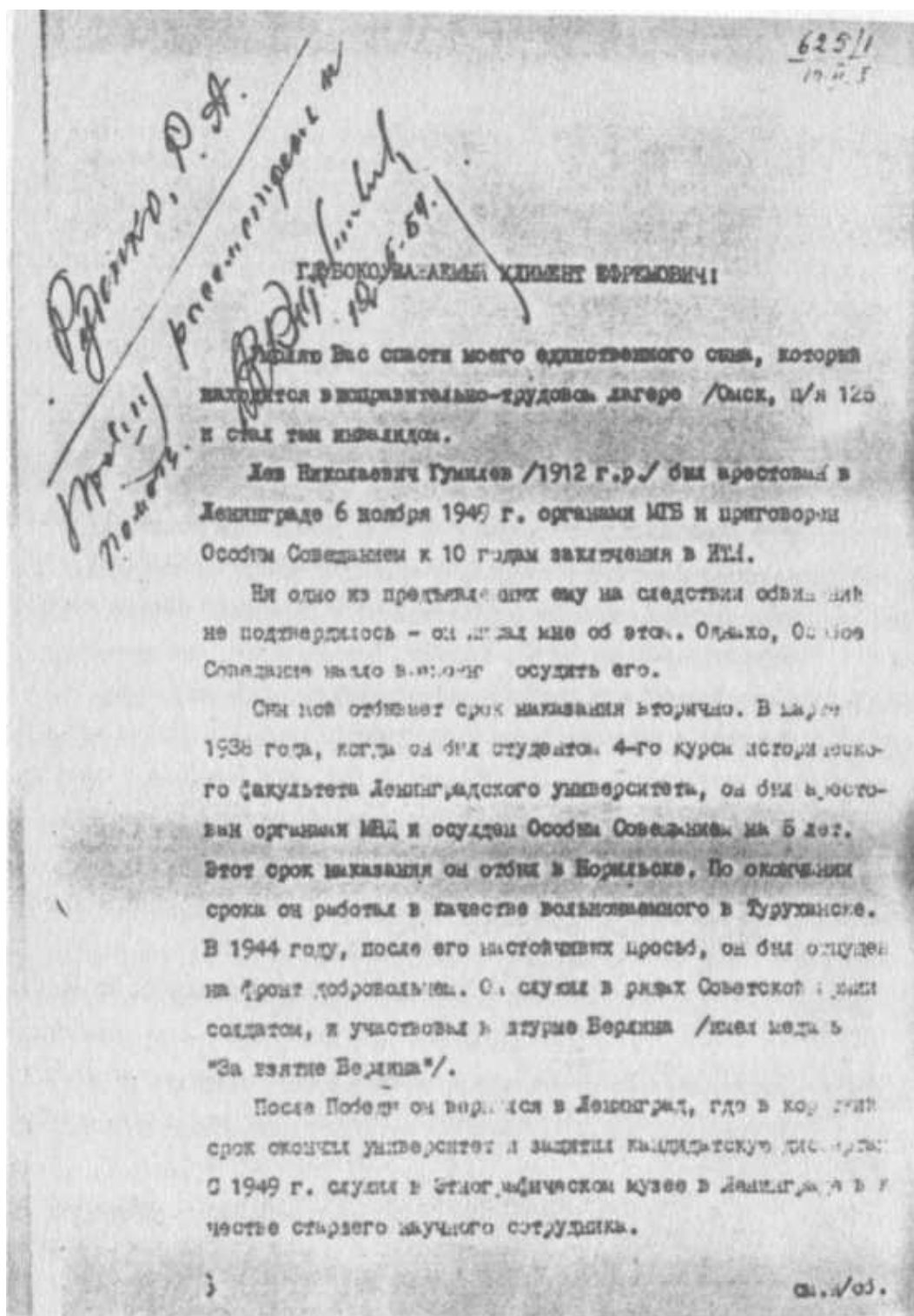
PREGUNTA: ¿Se trata del mismo GUMILIOV que antes de la Revolución de Octubre era uno de los dirigentes de una tendencia reaccionaria en la poesía y que más tarde participó de modo activo en la conspiración de la guardia blanca que tenía como objetivo el derrocamiento violento del poder soviético?

RESPUESTA: Sí, el que fue fusilado en 1921 por los órganos del poder soviético por su participación en una conspiración antisoviética. GUMILIOV n.s. era mi padre.

El interrogatorio se ha transcrito fielmente de mis palabras y ha sido leído por mí.
Gumiliov

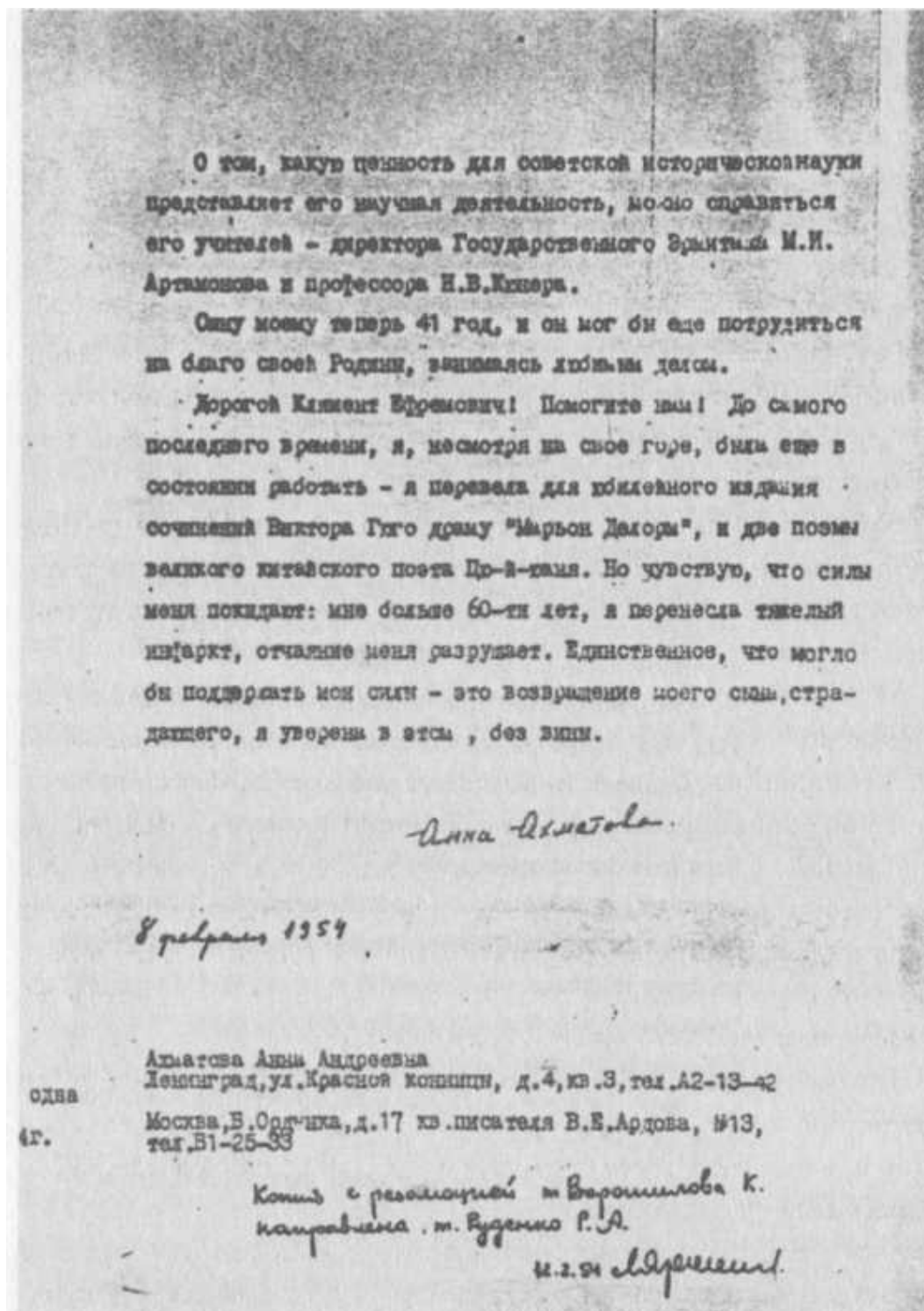
Ha realizado el interrogatorio el instructor mayor de la Unidad de Investigación sobre Asuntos Especiales, el capitán del MSS de la URSS.

Burdin



DOCUMENTO VIII

Carta de Ajmátova dirigida al presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, K.Ye. Voroshílov, del 8 de febrero de 1954, solicitando que su hijo Lev Gumiliov fuera libertado



Al presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS,
K.Ye. Voroshílov

Muy respetado Kliment Yefrémovich:

Le suplico que salve a mi único hijo, el cual se halla internado en el campo de trabajo correccional (Omsk, a/c 125), donde se ha convertido en un inválido.

Lev Nikoláyevich GUMILIOV (n. 1912) fue arrestado en Leningrado el 6 de noviembre de 1949 por los órganos del Ministerio de la Seguridad del Estado y condenado por la Junta Especial a 10 años de reclusión en un campo de trabajo

correcional.

Ninguna de las acusaciones presentadas contra él en la instrucción se ha visto confirmada por los hechos; él me ha escrito al respecto. Y, sin embargo, la Junta Especial consideró oportuno condenarlo.

Mi hijo cumple su segunda condena. En marzo de 1938, siendo estudiante de 4.º curso en la Facultad de Historia de la Universidad de Leningrado, fue detenido por los órganos del MSE y condenado por una Junta Especial a 5 años. Cumplió estos años de condena en Norilsk. Cumplida la condena, trabajó como contratado libre en Turujansk. En 1944, después de sus insistentes súplicas, se le permitió ir al frente de voluntario. Sirvió en las filas del Ejército Soviético como soldado y participó en la toma de Berlín (condecorado con la medalla «por la toma de Berlín»).

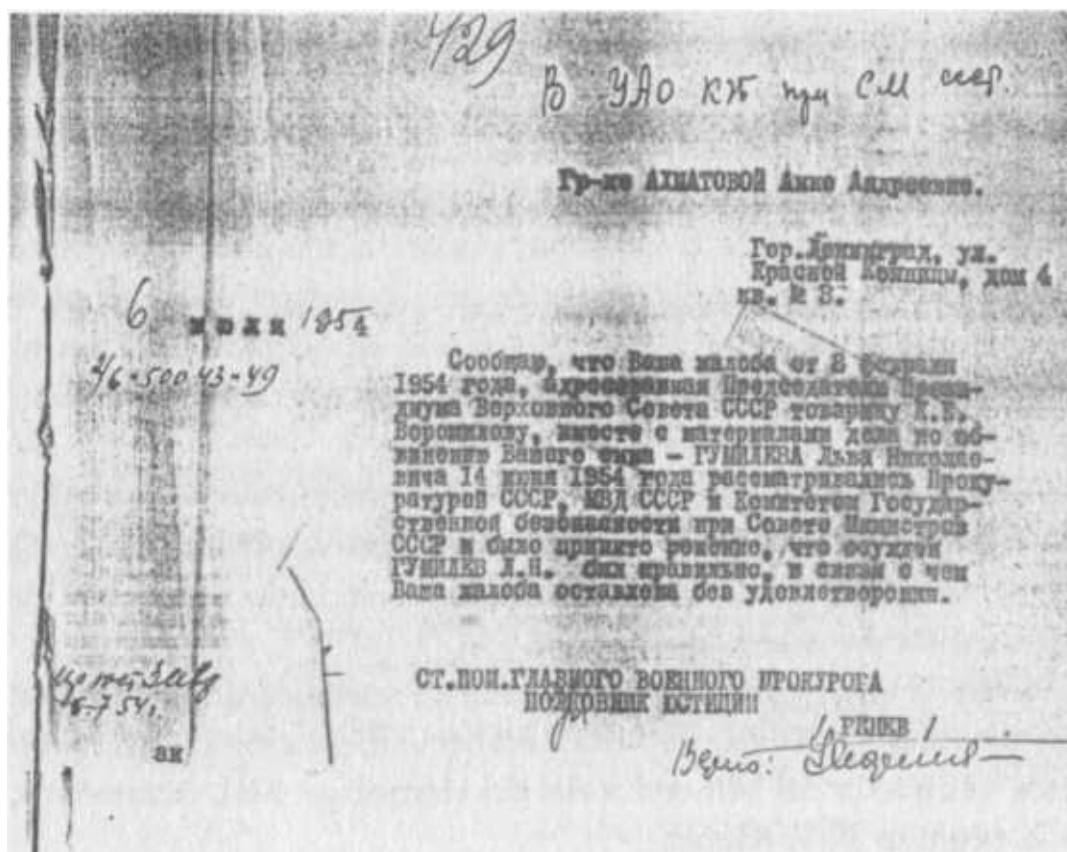
Tras la victoria regresó a Leningrado, donde en un breve plazo de tiempo acabó la carrera y defendió su tesis doctoral. En 1949 trabajaba en el Museo Etnográfico de Leningrado en calidad de especialista científico superior.

Sobre el valor para la ciencia histórica soviética que representa su actividad científica, se puede recabar información de sus maestros: el director del Museo Estatal del Hermitage, M.I. Artamónov, y el profesor N.V. Kiúner.

Mi hijo tiene ahora 41 años y su trabajo podría ser de gran provecho para su Patria, dedicándose a su labor más querida.

¡Querido Klimen Yefrémovich, ayúdenos! Hasta los últimos tiempos, yo, a pesar de mi desgracia, aún me hallaba en condiciones de trabajar: he traducido para la Edición Especial Conmemorativa de las obras de Victor Hugo el drama *Marión Delorm*, y dos poemas del gran poeta chino Tsiui-Yan. Pero noto que las fuerzas me abandonan: ya tengo más de 60 años, he padecido un grave infarto, la desesperación me está destruyendo. Lo único que podría ayudarme sería el regreso de mi hijo, un ser que sufre una pena, estoy convencida de ello, sin ser culpable.

Anna Ajmátova
8 de febrero de 1954



DOCUMENTO IX

Notificación entregada a Ajmátova por la Fiscalía Militar General el 6 de julio de 1954 por la que se le informaba que «su petición no se ha satisfecho»

NOTIFICACIÓN

entregada a A. A. Ajmátova por la Fiscalía Militar Central

A la ciud. AJMÁTOVA, Anna Andréyevna.

ciud. de Leningrado, c.

Krásnaya Kónnitsa, 4, ap. n.º 3

6 de julio de 1954

Le informo que su petición del 8 de febrero de 1954, dirigida al presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, camarada K. Ye. Varoshílov, junto con los materiales de la causa relativa a la acusación contra su hijo GUMILIOV I.n., el 14 de junio de 1954 fueron examinados por la Fiscalía de la URSS, el Ministerio del Interior de la URSS y el Comité de Seguridad Estatal adscrito al Consejo de Ministros de la URSS, y se ha tomado la decisión de que la condena de GUMILIOV I.n. fue correcta, debido a lo cual su petición no ha sido satisfecha.

*Primer ayud. del fiscal militar general
el coronel de Justicia
Rettiov*

DOCUMENTO X

Ejemplos de algunos de los «informes» de confidentes secretos sobre Ajmátova recogidos en el KGB y publicados por Oleg Kalugin. Según se sabe hoy, sobre Ajmátova se mantenía abierto desde los años veinte un «dossier informativo» que alcanzó tres tomos y no menos de novecientas páginas de materiales, que fueron destruidos el 24 de junio de 1991, como se informó en un documento sin fecha ni firma a V. Shentalinski. No obstante, gracias a Oleg Kalugin, antiguo funcionario del KGB, se han podido rescatar algunos de dichos informes, a los que sería más apropiado llamar simplemente denuncias.

(Ajmátova:) «La Unión de escritores es una casa de niños idiotas donde se ha zurrado a todos y todos están de cara a la pared. Y la niña Ania [Ajmátova] no quiere jugar con ellos y comer mermelada».

«El destino de la poesía rusa es pasar a una situación ilegal. Publican basura, a Símonov, pero no a Voloshin, Jodasévich o Mandelshtam».

«El cine es un teatro para pobres».

Uno de los informadores la describe de este modo:

«Tiene muchos conocidos. Pero no amigos íntimos. Es de natural bondadosa, manirrota cuando tiene dinero. Pero en lo hondo es fría, arrogante, infantilmente egoísta. En lo cotidiano, impotente. Coser un calcetín es para ella un problema irresoluble. Cocer patatas, toda una hazaña. A pesar de su fama, tímida [...] Le preocupa la limpieza de su imagen política, se jacta de que Stalin ha mostrado interés por ella. Es muy rusa. Y nunca ha variado en sus principios nacionales. No comercia con sus versos. Abomina de la Casa de los Escritores, que considera un nido de monstruos y correveidiles. Bebe tanto vino como vodka».

Después del informe de Zhdánov, en uno de los informes secretos se dice:

«Al objetivo, Ajmátova, le ha afectado mucho el informe. Ha estado largo tiempo enferma: neurosis, el corazón, forunculosis. Pero aparentemente se mantiene animada. Cuenta que unos desconocidos le mandan flores y fruta. Que nadie le ha dado la espalda. Ni la ha traicionado. “Sólo me ha dado más fama —ha comentado—. La fama del mártir. Una compasión general. Lástima. Incluso me leen aquellos que hasta ahora no habían oído hablar de mí”».

De otro informador:

«Ania no tiene ningún apego al dinero ni a las cosas. Recibe los regalos como algo natural, pero al momento los regala a otros. Pasa fácilmente, sin pesar alguno, a vivir de los amigos y allegados. Una vez dijo: “Incluso en el caso de que Europa fuera la de antes (se refiere a la anterior a la guerra), de todos modos tampoco me iría a ninguna parte. En casa se está mejor, incluso cuando te fastidian hasta los sábados [...] La gente que se dedica al arte de la palabra tiene que vivir donde esta palabra esté viva”».

Uno de los últimos informes data de finales de 1958:

«El objetivo se pasa la mayor parte de 1 tiempo en Moscú, pero en verano prefiere su dacha de Komarovo [...] Físicamente ha decaído mucho: obesidad enfermiza, vientre abultado, hinchazón de pies y manos, repetidos ataques cardíacos. Después del infarto no puede prescindir del validol, y en la dacha no hay teléfono. Pero su estado de ánimo es bastante bueno, sigue escribiendo. Quería escribir un libro sobre el París de 1910, cuando se encontraba con Modigliani; ha mencionado que le gustaría escribir unos recuerdos autobiográficos. De entre lo más desagradable y humillante que recuerda con amargura y que no olvida cita las palabras del Informe del Comité Central atribuidas a Zhdánov: “No se sabe si es una monja o una mujer de la vida”. Todo esto la desazona mucho. Sobre el gobierno de Jruschov habla bien, lo considera compasivo y justo. Va a menudo al cementerio, situado a kilómetro y medio de la dacha. Da la impresión de que se esté buscando un lugar».

DOCUMENTO XI

Carta en defensa de Brodsky firmada, entre otros, por Ajmátova, 19 de octubre de 1964

Al Fiscal General de la URSS e.f.
ca. Maliarov Mijaíl Petróvich

En Leningrado, de acuerdo con la Ley de Maleantes, ha sido condenado y deportado por cinco años el joven poeta-traductor Iósif Aleksándrovich Brodsky (n. 1940).

Nosotros, los abajo firmantes, escritores profesionales, solicitamos que sea liberado I.A. Brodsky de su residencia obligatoria en el lugar de deportación, limitando el tiempo de condena al tiempo transcurrido del día de la condena hasta hoy...

Quisiéramos que Brodsky regrese al trabajo que tanto ama, a su trabajo de poeta y

traductor.

Le prometemos que nos dedicaremos a educar a este joven poeta, y a lograr que Brodsky se afirme en el camino de un escritor soviético, entregando incasablemente sus fuerzas a una actividad en sintonía con su calificación (de acuerdo a los contratos con las editoriales o sobre la base de otros acuerdos legales). Estamos convencidos que I. A. Brodsky, dado su indudable talento y dedicándose de manera sistemática a una actividad laboral, indudablemente se proveerá del mínimo necesario para poder vivir.

Haciéndonos cargo por entero de nuestra responsabilidad, nos sentimos con fuerzas para poder cumplir con nuestra promesa:

*Chukovski, Kornéi Ivánovich,
miembro de la Unión de Escritores, Moscú
Paustovski, Konstantín Gueorguévich,
miembro de la Unión de Escritores, Moscú
Ajmátova, Anna Andréyevna,
miembro de la Unión de Escritores, Leningrado
Chukóvskaja, Lidia Kornéyevna,
miembro de la Unión de Escritores, crítico, Moscú
Vígdorova, Frida Abrámovna,
miembro de la Unión de Escritores, periodista, Moscú
(y ocho firmas más).*

CRONOLOGÍA

- 1889 Anna Andréyevna Gorenko nace el 2.3 de junio (11 de junio del viejo calendario) cerca de Odessa. Su padre, Andréi Antónovich Gorenko, era ingeniero naval y oficial de la marina.
- 1890 La familia se traslada a Tsárskoye Seló, no lejos de San Petersburgo. Infancia solitaria. Ingresas en el primer curso del Colegio femenino de Társkoye Seló. Veranos en Crimea. Muerte por tuberculosis de sus hermanas.
- 1905 Sus padres se divorcian. Vive con su madre en Yevpatoria (Crimea).
- 1906 Acaba la escuela en Kíev. Estudia derecho.
- 1907 Primera poesía publicada en París, gracias a Nikolái Gumiliov.
- 1908 En otoño ingresa en la facultad de derecho de los Cursos Superiores Femeninos en Kíev.
- 1910 En primavera se casa en Kíev con Nikolái Gumiliov. En mayo, viaje de novios a París. En junio lee por primera vez sus poesías en la célebre Torre de Viacheslav Ivánov, en San Petersburgo. Estudia en los Cursos Superiores de historia y literatura.
- 1911 Primeras publicaciones en Rusia: en la *Revista General de Literatura, Arte, Ciencia y Vida Social*, y en las revistas *Gande amus* y *Apollón*. Nuevo viaje a París. Amistad con Modigliani. Creación del acmeísta Taller de los Poetas, con Gumiliov, Mandelshtam, Ajmátova, entre otros.
- 1912 En marzo aparece su primer libro de poesías, *La tarde* (con prólogo de Mijaíl Kuzmín), que obtiene gran éxito.
En octubre nace su único hijo, Lev Gumiliov.
- 1914 En marzo se publica *Cuentas*, segundo libro de poesía que se reedita seis veces hasta 1922. En verano se produce la ruptura con su marido. Empieza la Primera Guerra Mundial. Nikolái se enrola en el ejército.
- 1917 En octubre aparece su tercer libro, *Bandada blanca*.
- 1918 Divorcio. Se casa con V.K. Shileiko.
- 1920 Divorcio de Shileiko. Desde entonces mantendrá una vida nómada, sin casa propia. Muchos de sus amigos emigran. Llegan el aislamiento, el hambre y la pobreza.
- 1921 En abril sale a luz su libro *El llantén*. Muere a los 41 años Aleksandr Blok. Nikolái Gumiliov es fusilado por su presunta participación en un complot antibolchevique.
- 1922 Aparece *Anno Domini MCMXXI*, que se reeditará en Berlín en 1924, su última publicación no censurada.
- 1924 Se le cierran todas las puertas de las editoriales hasta 1940. Enfermedad. Se dedica a la investigación literaria, estudia en especial la figura y la obra de

Pushkin. Relación con Mandelshtam.

- 1926 Convive con el historiador del arte Nikolái Punin. Primeras investigaciones sobre Pushkin.
- 1933 Primer arresto de su hijo, Lev Gumiliov (que pasaría un total de trece años de su vida en reclusión). El artículo «El último cuento de Pushkin» se publica en la revista *Zvezdá* (Leningrado).
- 1934 Primer arresto de Ósip Mandelshtam. Ola de represiones contra la cultura.
- 1935 Arresto de Lev Gumiliov y Nikolái Punin, puestos en libertad a los pocos días, gracias a Pasternak.
- 1936 Visita a Mandelshtam, deportado en Vorónezh.
- 1938 Nuevo arresto de Gumiliov y Punin. Mandelshtam desaparece en los campos. Ajmátova, madre y compañera de detenidos, empieza a escribir *Réquiem* (publicado en Rusia en 1988). Lo recita a unas pocas amigas, que lo guardarán en su memoria.
- 1939 En la NKVD de Leningrado se abre un *dossier* sobre Ajmátova. Hasta hoy se conserva en los archivos del KGB un legajo de novecientos folios de informes «operativos» (denuncias, informes, etc.)
- 1940 Aparece publicada una selección de su poesía, *De seis libros*. Al cabo de unos meses el libro será retirado de las librerías por orden del partido. Miembro de la Unión de Escritores. Primeros esbozos de *Poema sin héroe* (concluido en 1962).
- 1941 Alemania invade la URSS. Poesía cívica que se difunde por radio y se publica. Junto a otros escritores, es evacuada del sitiado Leningrado a Tashkent (Uzbekistán, Asia Central).
- 1944 Lev marcha al frente. En mayo Ajmátova regresa a Leningrado. Publica en las revistas *Neva* y *Leningrad* su primera prosa: *Tres lilas, De visita con la muerte*.
- 1945 Encuentro con Isaiah Berlin en su casa de Leningrado.
- 1946 Resolución del comité central; discurso de A. Zhdánov contra las revistas que han publicado obras de Ajmátova y Zóschenko, iniciándose una nueva campaña de «afirmación ideológica» y de persecución. Expulsión de la Unión de Escritores. De nuevo el silencio y el ostracismo. Traduce.
- 1949 Nuevo arresto de Punin y Lev Gumiliov.
- 1950 Publicación de *Gloria a la paz*, obra con la que intentaba salvar a su hijo.
- 1952 N. Punin muere en un campo de trabajo.
- 1956 Después del XX Congreso del Partido, es liberado Lev Gumiliov por «establecerse que su condena no estaba justificada».
- 1958 Aparece en Moscú una antología de su poesía: *Versos*.
- 1962 Concluye su *Poema sin héroe*. Aparición, censurada, de algunas de sus obras. De nuevo miembro de la Unión de Escritores, recibe una pequeña dacha en Komarovo, no lejos de Leningrado. Rodeada de jóvenes poetas

(como Brodsky).

- 1963 En Munich aparece en un libro, en ruso, sin el consentimiento y conocimiento de la poeta, *Réquiem*.
- 1964 Viaja a Italia (Taormina), donde recibe el Premio Internacional de Poesía.
- 1965 Doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford. Viaja a Gran Bretaña con escala en París. Se publica en Moscú *El correr del tiempo (1909-1965)*, balance incompleto (y censurado) de su obra. Octubre: última lectura pública en Moscú.
- 1966 Muere de un infarto en un sanatorio de las afueras de Moscú. Es enterrada en Komarovo. Su obra, traducida a un sinnúmero de lenguas, sólo aparecerá íntegra en Rusia en 1990.



Anna Andréyevna Ajmátova (ruso: Анна Андреевна Ахматова), de soltera Górenko (Bolshói Fontán, cerca de Odesa, 11 de junio^{jul.}/ 23 de junio de 1889^{greg.} - Domodédovo, cerca de Moscú, 5 de marzo de 1966), fue una destacada poeta rusa. Junto con Nikolái Gumiliov y Ósip Mandelshtam, fue una de las figuras más representativas de la poesía acmeísta de la Edad de Plata de la literatura rusa.

Notas

[1] En esta sección, «Algunas palabras sobre mi persona» es la única obra autobiográfica que Ajmátova preparó para su publicación. Los demás textos que ofrecemos son material para un libro autobiográfico que Ajmátova no llegó a terminar. En la presente edición estos textos se presentan agrupados por afinidad temática y no por orden cronológico, ya que en la mayoría de los casos resulta difícil establecer la fecha exacta en que fueron escritos. Se conservan los años señalados por la autora. Entre paréntesis se señalan los textos fechados por los redactores rusos. <<

[2] En 1918 el calendario ruso se adaptó al del resto de Europa, adelantándose doce días. <<

[3] Poeta e historiador simbolista. <<

[4] Al empezar la guerra de 1914 se cambió el nombre germanizado de Petersburgo por el eslavo Petrogrado. <<

[5] *versta*: medida rusa, algo más de un kilómetro. <<

[6] Proyecto de Ajmátova que nunca se llegó a realizar. <<

[7] Escritor satírico, amigo de Ajmátova y represaliado junto con ella en 1949. <<

[8] Historiador ruso del siglo XIX. <<

[9] Personaje de *Anna Karénina*, de Tolstói. <<

[10] Personaje de *El idiota*, de Dostoyevski. <<

[11] Iraida Poletika fue una de las personas de la corte del zar Nicolás I que tomó parte activa en el acoso de Pushkin. Las calumnias y rumores de los cortesanos obligaron a Pushkin a batirse en duelo, por el que perdió la vida. <<

[12] Hacienda de Anna Ivánovna Gumiliova, suegra de Ajmátova. <<

[13] Barón Brambeus es el seudónimo del escritor ruso Ósip Senkovski. <<

[14] María y Olga Kuzmín-Karaváyev, hermanas, vecinas de los Gumiliov. <<

[15] Natán Altman (1889-1970), pintor, autor de un conocido retrato de Ajmátova. <<

[16] Célebre actriz dramática rusa. <<

[17] Famosos cantantes de ópera. <<

[18] Directores teatrales y escenaristas rusos. <<

[19] Poeta ruso contemporáneo de Ajmátova. <<

[20] Revista que a comienzos del siglo xx editaba Serguéi Diáguilev. <<

[21] «Apuntes de un viejo petersburgués», *Zvezdá*, 6 (1957). <<

[22] Emperatriz rusa, madre de Nicolás II. <<

[23] Libros autobiográficos de Borís Pasternak y Ósip Mandelshtam, respectivamente.

<<

[24] Como recuerda Ajmátova, Viacheslav Ivánov, poeta simbolista ruso, cuando le escuchó recitar el poema «Vinieron y dijeron: “Murió tu hermano”», dijo con una sonrisa acre: «Qué romanticismo tan denso», lo que por aquel entonces difícilmente era un cumplido. <<

[25] Se refiere al prólogo que escribió Di Sarra para una recopilación de poemas de Ajmátova en italiano (Florencia, 1951). <<

[26] Poeta ruso, ignorado por el poder soviético; pero en su tiempo abrió las puertas de las revistas literarias a la joven Ajmátova. <<

[27] Se refiere a l'île Saint-Louis. <<

[28] Se refiere a una conocida artista de circo de la época. <<

[29] Poeta parnasiano y novelista francés. <<

[30] Revistas, una literaria con ilustraciones y la otra pictórica, de tendencia esteticista. <<

[31] Literalmente, Nueva Política Económica, que en los años veinte permitió un tímido retorno al capitalismo. <<

[32] Poeta soviético. <<

[33] Émile Verhaeren, poeta belga (1855-1916). <<

[34] Cursos Femeninos de Enseñanza Superior. <<

[35] Clara referencia a una poesía de Blok. <<

[36] Nadezhda Mandelshtam, esposa del poeta. <<

[37] Conde Alekséi Nikoláyevich Tolstói, escritor ruso y más tarde soviético. <<

[38] Poeta ruso del siglo XVIII. <<

[39] Poetas de los siglos XVIII y XIX. <<

[40] Alekséi Rémizov, poeta y escritor ruso, una de cuyas bromas fue la creación de la Cámara de los Simios, y la entrega a sus amigos de una orden o medalla. <<

[41] «El lobo» es el nombre con el que se conocía un poema de Mandelstham contra Stalin, tal vez la primera causa de su detención. <<

[42] Yelena Serguéyevna Bulgákov, mujer de Mijáil Bulgákov. <<

[43] Se refiere a Stalin. <<

[44] Poeta soviético que gozaba del favor de Stalin. <<

[45] El *Cheliuskin* fue un barco que quedó varado en los hielos del océano Ártico, cuya tripulación fue heroicamente rescatada. <<

[46] Véase nota 11. <<

[47] Estas conversaciones tuvieron lugar a lo largo de cinco años, desde 1981 hasta 1986, y fueron publicadas por primera vez en ruso como *Vospominaia Ajmatobu. Iosif Brodski. Salomón Volkov dialogui* (Moscú, Niezavísimaya gazeta, 199Z). Es ésta la edición que hemos traducido aquí, aunque editándola para los fines de La Tragedia de la Cultura. Una versión posterior de la misma entrevista fue incluida en el libro de Vólkov *Conversations with Joseph Brodsky* (Nueva York, Free Press, 1998), y en ella se corrigen algunos errores, en su mayoría fechas y lugares, que se deslizaron en la primera versión. Por ello hemos confrontado también este texto con la versión inglesa y corregido los detalles cuando correspondía. (N. del E.) <<

[48] Verso del *Réquiem*, que habla sobre el tormento de Ajmátova en las largas filas de madres que iban a ver a sus hijos a la prisión de Las Cruces. <<

[49] *KVCHDinka*: durante la construcción del Ferrocarril Transiberiano, una parte de éste, que pasaba por China, estuvo bajo la administración zarista. Luego el Estado bolchevique repatrió a los trabajadores de esa zona (llamados *kavechdinkos* por las siglas Cuerpo del Ferrocarril del Extremo Oriente, KVCHD) y los encarceló. <<

[50] Siglas de Gosudarstvennaya Literatura, la editora oficial del gobierno soviético.

<<